



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

El intento de habitar en la ciudad contemporánea: espacios domésticos compartidos

Tesis que para obtener el título de Licenciada en Geografía
presenta:

Erandi Gabriela Sosa Heredia

Asesora: Mtra. Lorena Villanueva Carmona



Ciudad de México

2021



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Con sincera admiración a mis padres, Gabriela y Vinicio, quienes me transmitieron su curiosidad por conocer y tratar de comprender los mundos que habitamos. Estoy muy agradecida con ellos por enseñarme y brindarme tanto, por construir un espacio de amor y solidaridad para mi hermana y para mí.

A mi hermana y a toda mi familia por estar siempre cerca.

A todos mis amigos que escucharon mil veces de mi boca “ya voy a acabar la tesis” y parecía que me seguían creyendo.

Con amor a René por acompañarme y animarme en el camino.

A Xun, Andy, Vic, Jim, Juan P., Alex, Rodrigo, Miguel, Juana M. y Mar por su amable colaboración y confianza.

Índice

Introducción.....	4
Capítulo 1. La Geografía y el sujeto.....	12
1.1. Geografía humanística. El espacio a través del sujeto.....	12
1.2. Espacios domésticos y las Geografías de la vida cotidiana.....	22
1.3. El lugar, la territorialidad y el simbolismo del espacio.....	27
Capítulo 2. El habitar ontológico y las representaciones simbólicas del espacio	39
2.1. Habitar como acción ontológica.....	40
2.2. Representaciones simbólicas de la casa y el hogar.....	43
2.3. Cuidado, pertenencia y apropiación del espacio doméstico.....	58
2.4. <i>Homeworld</i> y <i>Allienworld</i> . Tensiones del espacio doméstico.....	67
Capítulo 3. Los espacios domésticos compartidos y el intento de habitar en la CDMX	75
3.1. Los espacios domésticos compartidos en la Ciudad de México y sus inquilinos.....	75
3.2. Uso y apropiación en los espacios domésticos compartidos.....	89
3.3. La dificultad de corresidir: los otros y el intento de habitar.....	101
Conclusiones.....	123
Bibliografía.....	130

Introducción

Este trabajo de investigación pretende explorar, desde la visión de la geografía humanística, el mundo de los espacios domésticos compartidos, para ampliar el conocimiento sobre la significación de los lugares de la vida cotidiana contemporánea. Para ello presto atención en tres puntos de abordaje: desde la simbolización que existe de lo doméstico; desde la acción de habitar, en tanto acción que se espera inherente a los espacios domésticos y desde la convivencia con los otros.

Para lo cual, entrevisté a diez personas que comparten departamento con *roomies*, como comúnmente se le llama a los corresidentes que no son familia ni pareja. Los entrevistados pertenecen al sector de la población que más está recurriendo a esta manera de habitar. Se trata de estudiantes, trabajadores y profesionistas, en un rango de edad entre los 22 y los 35 años, que debido a que quieren independizarse, vivir cerca de sus trabajos o escuelas, u otras razones, contemplan compartir vivienda como una solución inmediata y provisional, ya que no tienen ingresos suficientes para pagar una renta completa.

Las entrevistas que realicé fueron abiertas, a manera de historias de vida, donde ellos pudieran relatar lo que consideraran más importante sobre los lugares donde han vivido hasta llegar al lugar donde residen actualmente. Teniendo en cuenta que, lo que interesa en esta investigación es la subjetividad que compone al espacio, se presta atención a sus experiencias espaciales: sus percepciones, representaciones, concepciones, simbolizaciones, anhelos y desagrados en torno a los espacios domésticos. Para así tener una idea cercana de los sentimientos de afloran dentro y en torno a estos lugares.

Los espacios domésticos son lugares que tienen como función albergar la vida cotidiana, proporcionar protección y los medios adecuados para llevar a cabo ciertas actividades básicas. Pero además de cubrir estas necesidades, los espacios domésticos, con toda su variedad, contienen un simbolismo heredado de la caverna, la fogata, el vientre materno, la familia, la casa y el hogar. Dicho simbolismo, que en realidad es más complejo que todas estas ideas, está incrustado en el imaginario de las personas e influye en la forma como

perciben los espacios domésticos donde residen, aún cuando estos espacios no coincidan con el consenso de lo que debería de ser o se esperaría de un lugar *habitable*.

Esto ocurre en el caso de los espacios que explora la presente investigación: departamentos en la Ciudad de México que comparten más de dos personas para aminorar los gastos de la renta y los servicios. En algunos casos estas personas son conocidos y en otros desconocidos, pero en ningún caso comparten el espacio porque deseen vivir juntos en primera instancia, sino para facilitarse una vivienda en la ciudad. Esta iniciativa se ha popularizado como consecuencia de los altos precios de las rentas en la ciudad que no corresponden al nivel de ingresos de sus habitantes: una persona con un salario de 7 mil pesos (salario promedio de la población ocupada en CDMX en el 2019) no puede cubrir sola una renta de 19, 000 pesos (precio promedio de las rentas de departamentos en CDMX en 2019).

Para problematizar el caso, utilizo el concepto de *habitar* de Heidegger, apoyado por otros autores (Agamben, Illich, Bachelard, Dardel), como punto de comparación con esta forma de vivir moderna. *Habitar*, para estos autores y en este trabajo de investigación, se entenderá como una acción ontológica que por ende está directamente relacionada con el *arte de vivir* y que es también, una acción geográfica, pues comprende el vínculo perpetuo del humano con el lugar donde vive, y sin embargo ha sido escasamente abordado por la disciplina. *Habitar* implica lo que Eric Dardel denominó *geograficidad*, una relación entre el hombre y la Tierra propia de su existencia y de su destino, que no puede ser estudiada mediante una mirada superficial. El *habitar* no solo implica dónde vives, sino cómo vives, de qué manera el humano es un *ser-en-el-mundo*.

De acuerdo con los autores citados *habitar* no es simplemente estar depositado o alojado en un lugar. Tiene una connotación existencial que se define por un vínculo donde el humano pertenece al lugar en la medida que este le pertenece, un vínculo en el que la Tierra y el hombre se transforman mutua y constantemente permitiendo y nutriendo la expresión de la libertad de su ser.

Entonces, el problema es cuando este *habitar*, con toda su composición romántica y poética, pero no por ello imposible, la confrontamos con las formas de vida urbanas actuales. De esta comparación perversa se trata el presente trabajo: confrontar el *habitar* ontológico con el

habitar que ofrece la Ciudad de México a este grupo de personas que se encuentra en la necesidad de compartir vivienda.

En el primer capítulo, explicaré porqué el problema se aborda desde la perspectiva humanística, para lo cual veremos cómo surgió esta rama de la geografía y cuáles son sus pilares teóricos. Ya que la geografía humanística se centra en conocer la subjetividad espacial, esta utiliza todos los recursos necesarios para entender al sujeto y su percepción del espacio. Utiliza, por ejemplo, narraciones, fotografías, videos, películas, recursos literarios o cualquier otro elemento donde se manifiesten emociones y sentimientos. Cuando el sujeto simboliza y significa el espacio, este último toma la figura de *lugar*, esta es la principal categoría de la geografía humanística. Para describir y entender el lugar no sirve recurrir a unidades de medida ni características físicas de este, sino a la relación que tienen los sujetos con ese lugar y como lo significan. En el caso de los espacios domésticos, ocurre que su simbolismo está asociado con experiencias pasadas en otros espacios domésticos, con un consenso simbólico de lo que se espera de dichos espacios y con las experiencias en el transcurso de la vida cotidiana. Entonces también veremos que, al ser escenario de la vida cotidiana de las personas, el factor de la rutina es un componente que determina este tipo de espacios y el valor que condensan, es decir, aunque alguien pueda concebir el departamento donde vive como un lugar provisional con el que no merece la pena involucrarse o encariñarse de más, en ningún caso le es indiferente, ya que es el espacio de su día a día.

También en el primer capítulo abordaré el concepto de territorialidad, como relación cambiante que el sujeto o colectivo construye con el espacio (Guy Di Meo, 2014) y que puede ser estudiada poniendo atención a la defensa, a la apropiación (concreta o simbólica) o a la relación con la alteridad en un territorio (Raffestin, 1997). Observando estos dos últimos procesos en los espacios domésticos compartidos, se pretende rescatar el simbolismo de una posible territorialidad, que en primera instancia se presenta ambigua y vaga por no tratarse de un espacio que se defiende ni sobre el cual se vea interés alguno de apropiación por parte de los inquilinos. Pero incluso en medio de este desapego espacial existen simbolizaciones.

En las sociedades contemporáneas existe una diversificación de territorialidades o territorialidades reticuladas (Fourny, 2002, Lindón 2006) que corresponden a la forma de vida de los sujetos con alta movilidad, que frecuentan varios lugares en un mismo día y han

vivido en un alto número de domicilios donde difícilmente echan raíces, ya que los perciben como lugares temporales.

Por lo tanto, a lo largo del trabajo veremos que el habitar de la ciudad contemporánea no coincide en varios puntos con lo que Heidegger definió como *habitar*. En el segundo capítulo comienzo explicando la relación de este concepto con el de *geograficidad* de Eric Dardel, quien consideraba el habitar como la acción que moldea la vida del ser humano en y con la Tierra. Tanto para Heidegger como para Dardel, habitar es un acto permanente que requiere de un involucramiento total del ser, ya que implica que en dicha acción el sujeto pueda desarrollarse y manifestar sus hábitos libremente, para lo cual requiere tener total libertad sobre el uso del espacio en el cual desea habitar. Al habitar el sujeto construye y transforma el espacio y en la misma medida el espacio lo moldea a él como individuo o como grupo social, y en el transcurso de este proceso constante se erige y fortalece su identidad. En toda edificación o espacio que se pretende doméstico se percibe algo de esta intención descrita del habitar, y se puede identificar en los valores que se le han atribuido a estos espacios en el imaginario colectivo desde culturas antiguas.

Para tener un panorama completo de la simbolización del espacio doméstico, enuncio las ideas y representaciones que los seres humanos han asociado con la casa, ya que esta es la construcción arquetípica de lo doméstico y de la acción de habitar. De ella se desglosan conceptos como hogar y refugio que traen consigo emociones como protección, seguridad, pertenecer, orientación, etc. Si rastreamos los orígenes de la casa y sus motivos, estos están asociados con la transición del hombre nómada a sedentario. Y a algunos les sorprenderá saber que una de las principales razones que le alentó a establecerse fue la necesidad de un lugar que, al asentarse, resolviera una necesidad espiritual, que, según Mumford (1960), comenzó con el apego al lugar donde enterraban a sus muertos. Las casas, así como otrora las cavernas, exaltan la espiritualidad de sus habitantes, no solo en un sentido religioso como lo hace el templo, sino en el sentido de la identidad de quien la habita al generarle un sentimiento de ubicación y de presencia en el mundo, un espacio donde se hace presente y que condensa el significado que, desde las antiguas culturas, se le asigna al asentamiento como punto donde nace el universo y de conexión con este.

Todo esto es parte de un simbolismo colectivo, de un mundo simbólico a través del cual interpretamos el mundo en tanto individuos que pertenecen a un grupo social. Pero también existe otro filtro que depende de las circunstancias y experiencias de cada individuo, que le brindan a cada sujeto una percepción única. Por ejemplo, es común encontrar que los modelos o ideales de casa que tienen las personas están relacionados con las experiencias que tuvieron de niños en las casas que habitaron. Por ello también, en el segundo capítulo, hablo de la infancia, ya que en este periodo se construyen y cristalizan gran parte de los significados que le atribuimos a los espacios domésticos y de la cotidianidad. De este simbolismo y significación dependerá qué tanto una persona consigue identificarse con un espacio, qué tanto un espacio le representará algo valioso o algo indiferente. El valor simbólico que una persona le atribuya a su vivienda lo llevará a cuidarla o a percibirla como un espacio que simbólicamente no le pertenece.

En esto también influye la convivencia con los otros, la relación que se establece con las personas con quien se comparte la vivienda. Cuando se trata de compartir vivienda para aminorar los gastos, como en el caso que se estudia en esta investigación, los coresidentes traen cada uno un universo subjetivo de lo que han aprendido y construido desde la infancia, en sus casas y con sus familias, el cual Husserl llamó *homeworld*; y otro universo derivado de su confrontación con lo ajeno a ellos, lo extraño, lo externo, con el mundo de los otros que son desconocidos y diferentes: el *allienworld*. Una característica peculiar de los espacios domésticos compartidos es que contienen estos dos mundos. Mientras que en un hogar familiar, la casa es el *homeworld*, donde todos son parte del mismo núcleo familiar y comparten reglas y valores que son casi incuestionables, donde la línea divisoria con el *allienworld* (la calle, el vecino, todo aquel que no pertenece a esa casa) es muy clara; en los espacios domésticos compartidos entre *roomies*, la cocina y la sala se comparte con personas en muchos casos desconocidas o con quienes no se tiene el nivel de confianza suficiente para compartir un lugar tan íntimo. Entonces ese espacio que en el imaginario se espera íntimo en la realidad contiene algo de público también.

En el tercer capítulo abordo el caso de los espacios domésticos compartidos basándome en las narraciones de los entrevistados. Primero presento una breve descripción del contexto en el cual se sitúan estos espacios y la oferta de vivienda de la ciudad, así como del perfil del

grupo poblacional al cual pertenecen los entrevistados. Los entrevistados son una muestra del grupo generacional más interesado en compartir vivienda. Esta generación, llamada *millennial*, abarca personas que actualmente tienen entre 25 y 39 años, sus expectativas ante el futuro no son tan claras como las de generaciones anteriores debido a que la oferta laboral y la estabilidad económica no se les ha presentado como algo seguro ni accesible, están sometidos a mayor competencia en todos los rubros. Por ello, y por otras razones culturales, tardan más en establecerse, deciden no casarse, ni vivir con sus parejas o tener hijos y los que lo hacen, lo hacen casi diez años después de la edad en que sus padres lo hicieron.

Comprar una casa o departamento ya no está en los planes inmediatos de esta generación, debido a que lo perciben como algo muy complejo de conseguir, por un lado, las propiedades en la CDMX se han encarecido significativamente y por otro lado no son candidatos a créditos de vivienda. De manera que resuelven la necesidad del alojamiento de manera más inmediata y provisional: rentando un lugar con más personas para poder cubrir los gastos. Aunque ello suponga algunas incomodidades en el día a día, quienes deciden vivir de esta manera priorizan otras actividades de su vida como estudiar, trabajar o la recreación, y al lugar en donde viven lo conciben más como un medio que cubre una necesidad, en muchos casos la de un lugar donde dormir.

La mayoría de los espacios domésticos compartidos que tienen como finalidad una facilidad económica son departamentos o casas que se rentan bajo el típico contrato de vivienda que le concede al arrendador los derechos del inmueble con ciertas restricciones de uso. Otro formato común son las habitaciones en un departamento acondicionado para dormitorios, es decir, un lugar donde una persona renta una habitación y el dueño administra y conserva el derecho al acceso de todo el lugar rentándole a quien guste el resto de las habitaciones.

De las experiencias vividas en estos espacios por los entrevistados, resalta la falta de apropiación simbólica del lugar, derivada de las limitaciones del uso de la vivienda. Agamben utiliza el concepto de *museificación* para referirse al uso controlado, definido y limitado de todo lo que produce la ciudad, el espacio no es la excepción, por el contrario, los espacios públicos y privados son un blanco importante del dispositivo de control de la ciudad. El control y orden que la ciudad ejerce sobre las formas de vida lo podemos ver reflejado en

la limitante arquitectura de la vivienda, un departamento de la ciudad trae escrito en sus paredes, sus esquinas, y en sus dimensiones cómo debe ser usado ese espacio.

Cuando encima el departamento no es propiedad del inquilino y/o además solo dispone de una habitación como si viviera en un hotel, no existe la posibilidad legal de transformar ese lugar, pero tampoco el interés de hacerlo, ante tantas limitaciones y lineamientos de cómo vivir, los sujetos no pueden desarrollar un vínculo con el espacio, ya que no existe un proceso libre o natural que desencadene algún tipo de apropiación simbólica.

Además de no sentirse parte de ese espacio donde viven, ni sentirse representados por él, tampoco existe un sentimiento de identificación con el grupo de personas con quienes comparten el espacio. La apropiación simbólica del espacio también se deriva del involucramiento con aquellos que se convive, el territorio fortalece los lazos sociales, así como los lazos sociales fortalecen el significado y el vínculo con el territorio. En el caso de un espacio doméstico compartido no existe ninguno de estos dos procesos ya que los inquilinos al saberse de paso y en un lugar tan despersonalizado, no se preocupan por crear o fortalecer los lazos con sus corresidentes.

Para Illich estas formas de vivir que se desprenden de las ciudades no pueden ser consideradas como un *habitar*. Para él los ciudadanos que viven bajo todas estas limitantes, son alojados y no habitantes, donde el vínculo con su vivienda se reduce a estar colocados o protegidos en un lugar. Alojados como aquel que se hospeda en un hotel o que recibe abrigo en un albergue, una forma de vida donde el ser humano no inscribe su huella en el territorio.

Pero a pesar de vivir como alojados, aquellos que comparten un espacio doméstico compartido, conservan la intención de habitar y se puede leer en actos sutiles donde intervienen mínimamente el espacio: colgando un cuadro, cambiando los muebles de lugar, o compartiendo momentos con sus corresidentes. Esta intención también se puede percibir en sus deseos y desagradados, como por ejemplo cuando hablan de sus planes de vivir de otra forma en algún momento futuro porque no se sienten cómodos actualmente.

El objetivo de este trabajo es reconocer estos rasgos donde el sujeto contemporáneo sigue simbolizando el espacio, aún cuando se trate de espacios homogéneos y despersonalizados.

Y así reconocer cómo, en ciertas acciones e interpretaciones de los sujetos respecto al espacio, surge una nueva forma de habitar, que, aunque se acerque más a la forma de los alojados, conserva algo del instinto natural por habitar. Como curiosidad geográfica, este tema, me lleva a comprender mejor los vínculos entre el sujeto y los espacios en las ciudades contemporáneas, y más concretamente, conocer los nuevos significados del lugar y el valor que adquiere en la vida cotidiana. Además de rescatar la importancia del espacio doméstico como un semillero y arquitecto de identidades, como el punto nuclear de la percepción y relación del sujeto con el espacio.

Capítulo 1. La Geografía y el sujeto

En este primer capítulo veremos cómo se abordará el problema de investigación, desde qué perspectiva geográfica y con qué herramientas, por lo cual servirá para contextualizar teórica y conceptualmente el tema. Dado que queremos conocer cómo los inquilinos perciben el espacio doméstico compartido que habitan o habitaron, las entrevistas realizadas están orientadas a descubrir las emociones, gustos, disgustos, miedos, sueños, relaciones y experiencias que tienen respecto a estas viviendas compartidas, pero también en torno a los espacios domésticos en general, como por ejemplo, la casa de su infancia u otros espacios que hayan habitado y que influyen en la forma como experimentan el compartir un espacio doméstico.

Todo este material subjetivo, del cual dependen conceptos como *el lugar y la territorialidad*, y que, sobre todo en el ámbito de lo doméstico, está estrechamente ligado a la vida cotidiana y la rutina, es el objeto de estudio de la geografía humanística, la cual, de la mano de las sociologías de la vida cotidiana de corte fenomenológico, busca comprender el espacio a través del sujeto.

A continuación, empezaremos por conocer como surgieron y en qué consisten los principales conceptos teóricos de dicha perspectiva geográfica.

1.1. Geografía humanística. El espacio a través del sujeto

Entre los diversos enfoques de la geografía, la geografía humanística resalta por su interés en conocer y comprender las experiencias espaciales del sujeto, es decir, cómo percibe, qué emociones experimenta, qué piensa, qué representaciones construye o adopta en torno a los espacios que frecuenta y habita.

La geografía humanística surge en respuesta al predominante positivismo en la ciencia en la última mitad del siglo XX. Su origen fue impulsado gracias a un conjunto de transformaciones teóricas, epistemológicas y metodológicas que tuvieron lugar en las humanidades y en las ciencias sociales, los cuales de manera genérica se han denominado

“giros” (Lindón, 2010: 23), siendo el giro lingüístico el más trascendental, principalmente dentro de la filosofía, donde tuvo su origen.

En el caso de la geografía el giro estuvo dirigido, principalmente, hacia la consideración de la fenomenología como herramienta para estudiar el espacio (Lindón e Hiernaux, 2006:9). El espacio, como herencia de la geografía clásica, se consideraba como algo ya dado, un receptáculo de fenómenos visibles y por lo tanto descriptibles, monografiables. Fue en las últimas tres décadas del siglo pasado que eso que se consideraba estrictamente establecido -el espacio- se percibió como algo más complejo a discutir y redefinir.

En torno a este replanteamiento categórico que suscitaron los giros geográficos, destaca en la geografía humana el redescubrimiento del sujeto/actor/individuo como vía para entender el espacio, con ello “se replantea –implícita o explícitamente- el concepto de espacio que da sustento a las diversas aproximaciones en el sentido de incluir lo no material” (Lindón, 2010:8), dando lugar a diferentes geografías, entre ellas la geografía humanística.

Así, en respuesta al empleo indiscriminado de abstracciones que caracterizan al análisis positivista en geografía, la propuesta humanística defiende al sujeto como el protagonista en el espacio y afirma que la forma como se relaciona y se identifica con él, e incluso lo construye, es también creyendo, imaginando y recordando (Santis y Gangas, 2004). Para poder abordar esta relación compleja entre el sujeto y el espacio la geografía humanística se apoya de otras disciplinas como la psicología y la antropología; e incorpora varios enfoques filosóficos como la fenomenología, el existencialismo, el idealismo, el pragmatismo, la teoría fundamentada y el interaccionismo simbólico (Ley y Samuels, 1978 en Seamon, 2017).

Esta rama de la geografía encuentra sus antecedentes en las intenciones humanistas de geógrafos del siglo XIX como Alexander Von Humboldt (1769-1859) quien proponía una comprensión del mundo como una unidad que, para su mejor entendimiento, requería de una combinación de arte y ciencia que considerara “el sentido y las impresiones que se obtienen de la contemplación de la naturaleza” (Villanueva, 2009: 47), su aportación a la geografía fue un *holismo estético*, el cual dejó plasmado a través de su prosa, donde describe paisajes de tal manera que parecen una obra de arte escrita, sin olvidar su interés en las pinturas de paisajes como medios para hacer del conocimiento público las regiones naturales de la Tierra (Seamon y Lundberg, 2017:1); también en Vidal de la Blache (1845-1918) y su idea de *genre*

de vie, así como en la obra titulada *La Géographie psychologique* que publicó Georges Hardy en 1939. A mediados del siglo XX están las valiosas aportaciones de Eric Dardel (1899-1963), quien propone el concepto de *geograficidad* para nombrar la relación concreta que se establece entre el hombre y la Tierra, desde una perspectiva ontológica, como algo propio de su existencia y de su destino (Dardel, 1952). De igual manera los esfuerzos de J.K. Wright (1891-1969) y William Kirk fueron significativos para el nacimiento de la geografía humanística porque ambos geógrafos, de manera independiente, hicieron un llamado hacia la necesidad de una perspectiva más humanista en la disciplina que expandiera sus horizontes para incorporar la forma como los individuos y los grupos sociales percibían y daban sentido a su entorno (Seamon y Lumberg, 2017); Wrigth aportó el concepto de *geosofía*, en tanto conocimiento geográfico subjetivo de las personas, y Kirk el concepto de *behavioral environment*, que definió como el entorno, no físico, sino percibido por los individuos.

Fue hasta la década de los 70s en que se publican las primeras obras con un declarado enfoque humanístico (Estébanez, 1982), de geógrafos como D. Ley, Yi-Fu Tuan, Anne Buttimer, Edward Relph, David Lowenthal, Robert David Sack, Douglas C.D. Pocock y David Seamon. Yi-Fu Tuan fue el primer geógrafo en declarar a la geografía humanística como un subcampo y definirla como un estudio geográfico de las experiencias y entendimientos que los seres humanos tienen en torno al espacio, el lugar y el mundo natural (Tuan, 1976, cit Seamon, 2017:5).

Según su enfoque y metodología, podemos encontrar dos modelos de trabajos en la geografía humanística: por un lado, están las *explicaciones de experiencias* y por otro las *interpretaciones de mundos sociales* (Seamon y Lundberg, 2017). Donde las primeras consisten en “estudios de lugares” y están apoyadas principalmente en la fenomenología, ésta destaca las vivencias personales y le da importancia a la subjetividad, requiriendo que las cosas se describan como se experimentan cotidianamente (Delgado, 2003). Por lo cual, para sus interpretaciones del lugar, hace uso de diferentes fuentes descriptivas que incluyen desde experiencias en primera persona hasta literatura, fotografía y otro tipo de medios artísticos.

Como ejemplo de lo anterior se puede consultar el trabajo de David Seamon (2012), *Finding One's Place: Environmental and Human Risk in American Filmmaker John Sayles's Limbo*, ponencia preparada para la mesa titulada “Naturaleza y la imaginación popular” en la 5ta

conferencia internacional de la *Sociedad Internacional para el estudio de Religión, Naturaleza y Cultura* en la Universidad de Pepperdine; donde desarrolla una interpretación de la relación entre el lugar (una isla remota de Alaska) y los personajes de la película *Limbo*. O el ensayo del mismo autor, *Edmund Husserl's Homeworld y Alienworld in Alan Ball's HBO Television series, Six Feet Under* (2013), donde describe las experiencias espaciales en torno a la casa donde habitan los personajes de la serie *Six Feet Under*. O entre la variada bibliografía de Yi Fu Tuan (2012) está su libro *Humanistic Geography: an individual's search for meaning*, este es una recopilación de sus propios recuerdos a manera de autobiografía en busca del significado de sus lugares de vida; así como su libro *Place, art and self* (2004), donde explica la relación del arte y el lugar, cómo influye uno en el otro en tanto que ambos contienen recursos de naturaleza y de identidad. Y acompaña el texto con imágenes de 5 fotografías que complementan las ideas de Tuan. También trabajos de la geógrafa irlandesa Anne Buttimer como *Home–Reach–Journey* (2001a) o *Life experience as catalyst for disciplinary communication* (1986) que proponen utilizar el recurso de la biografía como metodología para la investigación cualitativa en geografía. O también se puede consultar el libro de Edward Relph (1976), *Place and placelessness*, para un análisis con tintes más filosóficos del concepto de lugar basado en la experiencia de los sujetos.

El segundo modelo, *las interpretaciones de mundos sociales*, va más allá de las explicaciones en torno a la experiencia de sujetos. Incorpora teorías sociales como el postestructuralismo y perspectivas marxistas, interpreta el lugar y los fenómenos relacionados al espacio como una construcción social. Aquí figuran trabajos como los de David Ley (1993, 1996) sobre gentrificación o el trabajo sobre el impacto del apartheid en Ciudad del Cabo, Sudáfrica de John Western (1984).

Aunque el primer modelo parece prestar demasiada atención al sujeto no significa que lo aborde como un ente aislado o único elemento en la relación hombre-espacio/lugar/naturaleza, por el contrario, de la misma manera que ocurre en el enfoque del segundo modelo, toda perspectiva de la geografía humanística entiende que no hay acción o práctica espacial individual que no se sitúe en el marco de un contexto político-económico-socio-cultural. La insistencia en la subjetividad no excluye lo social, simplemente está

sugiriendo incluir una parte de un todo que hasta el momento había sido completamente ignorada.

Se entiende, como lo define Manuel Martínez (2005), que la subjetividad es la “expresión individualizada de las posibilidades culturales”, es decir que ésta está atravesada por una variedad de circunstancias independientes al sujeto y su individualidad, pero que no por independientes le resultan ajenas, sino, como el mismo autor plantea:

Las categorías de lo individual y lo social no remiten a objetos con existencias separadas, más bien ambas se juegan conjuntamente en los distintos procesos estructurales donde intervienen. Sería absurdo pensar en la subjetividad como fuera de la sociedad y a la sociedad como algo ajeno a las subjetividades. Aquello que denominamos sociedad no es una abstracción del conjunto de individualidades que la constituyen. Así mismo, el individuo deviene como tal en la interacción social; empero, ni la subjetividad es mera síntesis de lo social ni lo social es una simple suma de individualidades, lo cual hace que todo esfuerzo comprensivo en ciencias sociales pase por reconocer lo individual y lo social en su particular y compleja interacción (Martínez, 2005:62).

Resumiendo, los principales puntos a recordar sobre la geografía humanística son:

1. Una forma de entender, interpretar o describir el espacio es a través de la experiencia de los seres humanos. Para la geografía humanística es de mayor interés cómo las personas viven, piensan, experimentan y significan el espacio. Más allá de las distancias y medidas físicas, el interés está en las dimensiones subjetivas. Las palabras, los sentimientos, los pensamientos son tan reales como toda la materialidad del espacio, y no sólo eso, representan una parte importantísima en la constitución del ser y su relación con el mundo cotidiano.
2. De manera que, la geografía humanística estudia el entramado de condiciones no materiales que constituyen al espacio. Este espacio de significados, simbolismos y valores adjudicados por el hombre es su objeto de estudio y se denomina *lugar*.
3. Seamon explica que los geógrafos humanísticos entienden que la vida y experiencia humana son una estructura dinámica y multivalente que se compone de dimensiones corpóreas, sensoriales, emocionales, actitudinales, cognitivas y transpersonales,

razón por la cual deben considerar todos estos aspectos al estudiar la experiencia espacial y hacer uso de la multidisciplinariedad.

4. Debido a lo anterior esta perspectiva geográfica se apoya en el método fenomenológico que entiende que “el mundo es el conjunto total de la experiencia y del conocimiento empírico posible, de los objetos que sobre la base de experiencias actuales son conocibles en un pensar teórico justo” (Husserl, 1949:18).
5. Por último, la geografía humanística es resultado del giro lingüístico, el cual le requirió focalizarse en aspectos que la geografía tradicional había ignorado, entre ellos el tema de la escala geográfica:

La escala *macro*, es decir, la que otorga legibilidad a los objetos pequeños, ha sido escasamente asumida por los geógrafos: si bien algunos y algunas han demostrado la necesidad de penetrar en la esfera de la vida cotidiana y de la casa, su quehacer es considerado por la mayoría de los colegas como un trabajo etnográfico o psicosocial más que como una empresa auténticamente geográfica (Hiernaux, 2010).

Supone Hiernaux que esto se debe a que antes del siglo XIX el ser humano realizaba todas sus actividades en el espacio público; y después, con la dominación creciente de la burguesía sobre la vida social y económica del mundo capitalista avanzado, se fue separando el espacio privado e íntimo del público. Siendo la base de la geografía moderna el pensamiento decimonónico, y como el mismo autor lo menciona, teniendo en cuenta que la geografía humana es una construcción hecha antes que nada por burgueses, esta no se ha permitido “traspasar el umbral de la casa y a lo más se limita a realizar tipologías de sus aspectos exteriores o analizar la morfología de su concentración” (Hiernaux, 2010: 49).

Así, al posar la mirada en los lugares donde se mueve la vida cotidiana, la geografía humanística comenzó a interesarse por estudiar la *espacialidad* en áreas que nunca había considerado como accesibles ni posibles de su campo. Un ejemplo de ello fue la apertura hacia los espacios sagrados, los domésticos, los espacios de intimidad e incluso el cuerpo mismo.

Por lo cual, podemos considerar que la geografía humanística se consolida como una alternativa de conocimiento dentro del pensamiento geográfico, hasta el momento enfrascado en una larga tradición positivista y racionalista, y dada la amplitud de su campo, puede

considerarse casi como una nueva ciencia hija de la geografía tradicional enfocada en el vínculo humano-espacio. Lo que le interesa a la geografía humanística sobre este vínculo ya no es el aspecto más material y evidente de la explotación de los recursos naturales, la distribución y los flujos poblacionales o el determinismo climático, sino la vida misma del ser humano en tanto sujeto que se encuentra siempre en un espacio con sus sueños, sus miedos y todo tipo de emociones, se trata ahora de reconocer la complejidad que implica ser un ser humano para entender más sobre el vínculo entre éste y la Tierra.

Para poder acceder a la profundidad del mundo humano, la geografía humanística se apoyó en perspectivas humanistas como el existencialismo, la fenomenología y la hermenéutica. La premisa del existencialismo es que la existencia antecede a la esencia, Jean Paul Sartre explicaba esto bajo la idea de que el hombre primero existe y luego se define. Pero además en dicha existencia el hombre existe en el mundo, primero aparece en él y luego lo define, “el mundo no existe aparte de los hombres, ya que en él viven, y dada la diversidad de intereses, se puede afirmar que existen múltiples mundos” (Barinas, 2014 :245).

Para Sartre la conciencia está en una permanente dialéctica con el mundo, hay conciencia de sí cuando hay conciencia del mundo. Adentrada en esta idea de estar conscientes del mundo, de que algo nos rodea, la geografía humanística se pregunta sobre el habitar. Si como decía Heidegger el habitar es la forma en que el hombre es en el mundo, el mundo como espacio ¿qué significado alcanza para el hombre? O ¿qué significado espacial alcanza la vida del hombre? Si en la existencia se define el sujeto, y la existencia está definida por el tiempo y el espacio, cabe preguntarse ¿qué significado les da el hombre a determinados lugares en determinados momentos?, ¿qué valor tienen para él?, ¿cómo habitamos estos lugares?, y ¿cómo estos influyen en la construcción de nuestra identidad? Estos son algunos de los cuestionamientos que guían la curiosidad de la geografía humanística y particularmente el presente trabajo.

La fenomenología es un buen respaldo metodológico para la geografía humanística cuando ésta intenta entender cómo los sujetos experimentan el espacio. Husserl consideraba que el error de los filósofos era aceptar toda suerte de hipótesis con prejuicios, por eso el método fenomenológico se conforma con describir, pues cuando se lanza una hipótesis en ella radica una especulación, la cual puede estar influenciada por el juicio del investigador, sobre todo

en el caso de las ciencias sociales, por lo cual el fenomenólogo prefiere prescindir de supuestos.

Esta postura en el investigador es importante ya que debe fijarse en detalles de la vida cotidiana que requieren de singular parcialidad en su observación pues se trata de acercarse a las apreciaciones personales de los individuos. La fenomenología busca *ir a las cosas mismas*; esto quiere decir entender las cosas, el mundo desde la experiencia del sujeto, por lo tanto “la vuelta a las cosas mismas implica la necesidad de despojar al conocimiento de la carga de los sistemas de ideas y de interpretaciones” (Delgado, 2003:104). Así esta carga subjetiva, para el geógrafo implica conocer el espacio a través de vivencias de los sujetos, que radican en el mundo simbólico, por ello como dice Alfredo Esteve, “no se trata de conocer objetos, sino de comprender nexos de significación, nexos expresivos, nexos de sentido” (Esteve, 2013:152).

En relación con esto último, influenciada por estas dos vertientes filosóficas, la geografía humanística, se interesa por el o los significados del espacio. Para Yi-Fu Tuan: “La geografía es, desde este punto de vista, experiencia, vivencia y conciencia intencional de espacio y de lugar; y como ciencia, es un estudio fenomenológico, una hermenéutica del espacio y del lugar vividos cotidianamente por los seres humanos” (Tuan, 1977 en Delgado, 2003: 105).

Señala David Seamon que los geógrafos humanísticos han advertido que las conclusiones de cualquier estudio humanístico no pretenden más que exponer *posibilidades interpretativas* abiertas al escrutinio público de otras partes interesadas. Una investigación guiada por este enfoque generalmente ocupa un vasto rango de fuentes interpretativas que incluyen reportes de observación participativa, notas de campo, descripciones autobiográficas, literatura, así como material no textual como fotografías, películas, edificios y paisajes (Seamon y Lundberg, 2017:8).

Por ello la metodología que sustenta a la geografía humanística y por ende a este trabajo, es la investigación cualitativa. Esta se apoya de los fundamentos teóricos y metodológicos de la fenomenología. A diferencia de la perspectiva positivista que, como explica Taylor “busca los hechos o causas de los fenómenos sociales con independencia de los estados subjetivos de los individuos”, para la perspectiva fenomenológica “la realidad que importa es lo que las personas perciben como importante” (Taylor y Bogdan, 1984:15-16). Y esto no se encuentra

en la superficie, es necesario indagar minuciosamente en el complejo mundo de cada persona, en sus relatos. Para ello se utilizan entrevistas que se distinguen por ser abiertas y no estructuradas, ni directivas.

La herramienta metodológica a utilizar en este trabajo será la *entrevista en profundidad*, la cual pretende, mediante conversaciones, poder acceder al universo subjetivo de cada persona; a la pulpa de sus emociones, sentimientos y significaciones:

Por entrevistas cualitativas en profundidad entendemos reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros éstos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras. Las entrevistas en profundidad siguen el modelo de una conversación entre iguales, y no de un intercambio formal de preguntas y respuestas (Taylor y Bogdan, 1984:16).

En este caso, ya que se pretende examinar el plano subjetivo de la vida de las personas en relación con su experiencia espacial, es necesario obtener suficiente información que provenga de la narración biográfica de los involucrados sobre los escenarios de sus vidas. No será estrictamente necesario que los sujetos relaten toda su vida, sino momentos importantes que están relacionados con los espacios domésticos que han habitado, hasta llegar a ahondar en el escenario que nos interesa.

He optado por la entrevista a profundidad, porque al ser el objeto de estudio un espacio íntimo, privado y que adquiere sentido en la vida cotidiana, no es posible acceder a él y a su dinámica directamente sino sólo a partir de narraciones detalladas de sus habitantes. Además de que no es el espacio físico en sí lo que se va a estudiar, sino el espacio desde la interpretación de quien lo habita, es decir, el espacio desde los sujetos, a través de sus ojos, de sus palabras y sus experiencias recientes y pasadas. Esto con el objetivo de conocer cómo este grupo de jóvenes, habitan un espacio doméstico compartido y comparar su experiencia con la propuesta del *habitar como acción ontológica* de geógrafos y filósofos como Eric Dardel, Martin Heidegger, Gastón Bachelard, Ivan Illich y Giorgio Agamben, quienes, como veremos en el siguiente capítulo, coinciden en que al habitar el hombre está definiendo su identidad y su vínculo con el mundo. Entonces las entrevistas tienen la intención de indagar

en los detalles que puedan darnos pistas sobre este modo de habitar ciudadano contemporáneo, y en caso de que se aleje del *habitar ontológico*, hallar los motivos.

Por ello, las entrevistas que se llevaron a cabo para este trabajo posibilitan al narrador una elaboración libre de sus relatos, donde ellos naturalmente seleccionaran o resaltarán sus vivencias significativas. Para esto, las conversaciones que mantuve con los voluntarios iniciaron con el enunciado siguiente “plátame sobre los lugares donde has vivido y compartido casa”. Dada la buena disposición de los voluntarios para narrar sus experiencias, en la mayoría de los casos no fue necesario hacer muchas preguntas más, pero se direccionaron las conversaciones con preguntas como ¿cómo es la convivencia cotidiana con tus *roomies*?, ¿cómo se organizan para los deberes del departamento?, ¿cuáles han sido los principales motivos de conflicto?, ¿cuál ha sido la vivienda donde te has sentido más cómodo y por qué?, ¿sientes que el espacio que habitas es tuyo?, entre otras. Otro detalle es que todas las entrevistas se llevaron a cabo fuera de sus casas para hablar con más libertad, dado que el tema a tratar era sobre ese espacio y las personas con las que vivían en ese momento.

Teniendo en cuenta la complejidad de analizar material cualitativo sin caer en juicios de valor o ambigüedades, parto de la idea de *habitus* de Bourdieu la cual recuerda la importancia de considerar todas las escalas desde las cuales el entrevistado dice lo que dice. Explica Angela Giglia que aparentemente, las técnicas cualitativas son difíciles de manejar “ya que pretenden al mismo tiempo hacer hablar al actor, haciendo emerger su subjetividad, y decir algo objetivo sobre su condición y su realidad” (Giglia, 2002), para superar la antinomia del subjetivismo y del objetivismo, Bourdieu sugiere tener presente la vinculación entre los conceptos de *habitus* y de *campo*. Utiliza *habitus* para referirse a “lo social de nuestra subjetividad y lo subjetivo de nuestra actuación como sujetos sociales” (Giglia, 2002: 29). Este concepto sugiere que los sujetos se componen de una subjetividad formada de una compleja red de experiencias y modos de entender el mundo, meramente personales, pero que corresponden o están determinados por un conjunto de situaciones sociales, determinadas por el *campo* o espacio social con sus propias reglas, dentro del cual se mueven (campo religioso, artístico, académico, etc). De acuerdo con Giglia el *habitus* abarca la práctica y la visión de los sujetos, sin ser completamente subjetivo ni completamente reflejo de condiciones externas, el *habitus* expresa la “síntesis original de lo subjetivo y lo social,

inextricablemente vinculados” (Giglia, 2002: 30). Por lo tanto, de acuerdo con Giglia, lo que ella propone como *habitus* socio- espacial se define por los gestos mediante los cuales nos desenvolvemos en el espacio, de manera automática, no reflexiva y la noción de este concepto nos ayuda a entender que al mismo tiempo que los seres humanos modifican el espacio, el espacio también los modifica a ellos, los ordena, los “pone en su lugar”, enseñándoles los gestos apropiados para estar en él e indicándoles su posición con respecto a la de los demás (Giglia, 2012:16).

Al revisar las narraciones de los entrevistados, se tiene presente que sus experiencias provienen de su propia visión del mundo y de todo su aparato sensorial e histórico individual, pero también desde una particular posición social y situación colectiva espacio-temporal en la que están inmersos. Por lo tanto, éste tipo de material cualitativo es una muestra representativa de un grupo social que comparte un determinado tiempo y espacio.

Algo importante a destacar sobre las entrevistas, es que los sentimientos, impresiones y el conjunto de sus experiencias llevan la marca de la cotidianidad, esto debido a que los espacios domésticos obtienen su significado en el transcurso de la vida cotidiana. Veamos a continuación, como esta característica espacio-temporal es estudiada por una rama importante de la geografía humanística.

1.2. Espacios domésticos y las Geografías de la vida cotidiana

Un campo de estudio con un vasto material subjetivo para la Geografía humanística es el de la vida cotidiana, ya que ésta se desarrolla en lugares que se significan en el día a día de los sujetos, como es el caso de los espacios domésticos.

Para entender esta relación con lo cotidiano, empecemos por recordar el significado de *doméstico*. Doméstico deriva de *domus*, palabra latina que corresponde a casa. Por lo tanto, el *espacio doméstico* es aquel espacio al cual se le da un uso reiterado llevando a cabo actividades relativas a la casa o el hogar, como pueden ser dormir, cocinar, descansar, el aseo personal y el resguardo o almacenamiento de pertenencias. Angela Giglia propone que en este caso lo doméstico también se deriva de la intensión de domesticar nuestro entorno, “si por domesticado entendemos algo que no sólo nos es familiar y bien conocido, sino que nos

sirve, que nos resulta útil y que por lo tanto es utilizable”, la utilidad que se espera de estos espacios es tal debido a que en ellos se efectúan las funciones más importantes de la reproducción, pero además es desde el espacio doméstico que el ser humano simboliza cierta porción de su entorno, ordenándolo y personalizándolo.

Es principalmente a partir de las rutinas de la vida cotidiana que estos espacios adquieren sentido. Retomando a Giglia, la antropóloga comenta que “el conjunto de prácticas repetitivas y automáticas con las cuales habitamos el espacio configura una dimensión de la experiencia que podemos denominar como de *construcción y reproducción de la domesticidad*. La relación reiterada con cierto espacio lo transforma en algo familiar, utilizable, provisto de sentido, en una palabra, domesticado” (Giglia, 2012:16).

Así, las actividades, sus ritmos y repeticiones con que nos desarrollamos durante el día, la semana, el mes, impregnan de significados y valores los lugares que funcionan como escenarios de lo cotidiano y viceversa, las experiencias cotidianas de las personas están determinadas por los lugares. Del estudio de estas experiencias se encargan las geografías de la vida cotidiana (de ahora en adelante GVC).

Hay muchos factores y elementos dentro de lo cotidiano que por cotidianos son considerados como parte de la naturaleza de lo obvio, y por obvios son ignorados, o calificados como carentes de valor, siendo que en lo obvio se concentra gran parte del misterio que da sentido a la vida, de su poética.

Estas obviedades del día a día, en su expresión espacial, son el objeto de estudio de las GVC, su reto es construir una mirada geográfica particular para comprender el mundo de la vida cotidiana o *Lebenswelt* (Lindón, 2006). El concepto de *Lebenswelt* fue acuñado por Husserl para referirse a “nuestro mundo natural, el mundo en el que vivimos y en el que estamos imbuidos en nuestras actividades cotidianas” (Follesdal, 1990: 66), este concepto, puede traducirse como *mundo de la vida*, y es nuclear tanto para la fenomenología como para las GVC. Un concepto paralelo y más usado por la geografía es el de *espacio vivido*.

Este concepto fue desarrollado por las GVC francófonas en los años setentas y se trata prácticamente del mismo contenido que el concepto de lugar en la geografía anglosajona, en tanto espacio subjetivo, complejo y con una fuerte carga simbólica; pero con la importante

distinción de que el espacio vivido implica en todos los casos el elemento de la cotidianidad. Se trata del espacio donde se lleva a cabo la vida de los sujetos y sus percepciones, Chevalier destaca que:

La propuesta del espacio vivido no se limita a reconocer lugares frecuentados, definir itinerarios, situar al hombre-habitante en su cuadro familiar de existencia [...] sino focalizar la mirada en la relación con las representaciones [...], es decir superar el espacio extensión (o espacio-soporte), para abordar la noción de representación (imagen) del espacio, planteando una nueva pregunta: ¿cómo ven los hombres el espacio? [...] El espacio vivido es reivindicado como un espacio cargado de valores (Chevalier, 1974:68 en Lindón 2006: 385).

Guy Di Meo hizo la distinción entre el *espacio de vida*, que se refiere a los lugares que las personas frecuentan cotidianamente, y al *espacio vivido* lo define como la “pulpa de los intercambios sociales, [...] de las cargas emotivas, de las imágenes y de los conceptos individuales, aunque de esencia social, que forjan nuestra representación del mundo sensible y contribuyen a conferirle sentido” (Guy Di Meo 1991a: 127 en Lindón, 2006:382).

Sin embargo, si bien existe esta distinción, no significa que estén separados *espacio de vida* de *espacio vivido*, ya que es imposible que cualquier espacio visitado o frecuentado por un sujeto este exento de significado o de valor: el sujeto siempre tendrá una percepción de lo que le rodea. Así, de acuerdo con Ortega, cuando hablamos de *espacio vivido* nos referimos a “las representaciones espaciales vinculadas con nuestra experiencia, práctica y mental, con el espacio como dimensión social” y aclara que “ni se opone ni sustituye al espacio como realidad empírica y como continente” (Ortega, 2000:344).

Teniendo en cuenta esta última definición de Ortega, es prudente que tengamos en cuenta que *experiencia* se entiende como *vivencia*, la cual implica una conciencia. *Vivencia* y vivir se interpretan de manera distinta: “Hay una discontinuidad entre el ciego empuje de la vida, que se autogenera, que emerge a partir de sí misma, y la conciencia que de ella tomamos, en una temporalidad de retrospectión, más allá de cuan inmediata resulte” (Cassin, 2004:434). El espacio vivido implica esta toma de conciencia de lo que nos rodea, un espacio traducido en emociones, percepciones y significaciones. Por ello Ortega considera que, al *espacio vivido*, también se le puede llamar *espacio vivencial*.

Como podremos notar, existe un paralelismo entre *Lebenswelt* y *espacio vivido*. En el *Diccionario de los intraducibles*, señalan que el *Lebenswelt* “simultáneamente corresponde a un mundo natural de los seres vivos, sensible, inmanente y práctico, situado en estrecha proximidad con la actitud natural prereflexiva, y un mundo comunitario vivido, ya atravesado por la reflexividad común que es propia de la experiencia intersubjetiva del ser-junto” (Cassin, 2004:437); esta peculiaridad descrita es totalmente aplicable al *espacio vivido*. Estos dos conceptos, lo mismo que *lugar*, que ya veremos más adelante, son ejemplos de diferentes versiones de una misma idea que conjunta espacio, experiencia, percepción, representación, cotidianidad, individuo y sociedad; su interpretación y categorización depende de la época, la escuela, el país y la disciplina.

Las GVC se interesan por la rutina, los ciclos, la repetición de ciertos eventos que están obligadamente ligados a un escenario, porque esta relación periódica con el lugar tiene repercusiones trascendentales en la conciencia. Por ejemplo, tomar el mismo camino durante seis años para ir a la escuela, puede tener más significado y causar mayor impacto en la vida de una persona que un evento particular en el transcurso del tiempo.

Hägerstrand, geógrafo representante de las GVC que criticó a las ciencias sociales por estudiar a los seres humanos como grupos y no considerar a las personas y sus identidades, recuerda su infancia viviendo en el segundo piso de una escuela y cuenta cómo por ello su vida privada familiar se veía afectada por los horarios de salidas, entradas, clases y recreos. A partir de esto reflexiona sobre cómo “los territorios del ser humano son tributarios del tiempo y de fenómenos cíclicos” (Hägerstrand, 2000:110 en Lindón 2006:357), lo cual confirma que el *Lebenswelt* o *mundo vivido* consiste en una relación tiempo- espacio.

Las GVC tienen como precursores más destacados a Eric Dardel, Jonh K. Wright, David Lowenthal y Renée Rocherfort; estos autores hicieron importantes aportaciones. Para empezar, fueron los primeros en vincular de manera metodológica a la geografía con la fenomenología y el existencialismo, para comprender la existencia del ser humano y su destino irremediamente ligado a la tierra. Para una mejor interpretación de la relación hombre-Tierra incorporaron también el estudio del mito y el imaginario; y destacaron el papel del lenguaje en las experiencias y percepciones espaciales; particularmente Dardel y Lowenthal propusieron el estudio de la Tierra a partir del estudio de la vida del hombre en

todas sus dimensiones. Por su parte, Wright puntualizó la importancia de estudiar el conocimiento geográfico del sentido común, ya que lo consideraba tan importante como el conocimiento geográfico científico, porque éste es la forma como las personas actúan en su vida cotidiana (Lindón, 2006: 360).

Estos geógrafos de principios del siglo XX dieron las pautas necesarias para que las GVC se consolidaran bajo el sello de las geografías humanísticas en los años ochenta, con la premisa de que los modelos cuantitativos sólo estaban representando una parte de los comportamientos humanos en el espacio y faltaba considerar otro aspecto importante, indisociable de las prácticas espaciales que es la subjetividad.

Teniendo en cuenta lo anterior, fueron David Seamon y David Ley quienes definieron dos importantes ámbitos de estudio de las GVC: las prácticas y los sentidos. Las prácticas se refieren al aspecto objetivo de todas las acciones que el hombre realiza en un espacio, y los sentidos son los porqués de esas acciones, sus motivos y significados; así sean porqués profundos o banales, conforman a las prácticas en el presente y las condicionan en el futuro. Una prima de la GVC es que no existen prácticas espaciales carentes de sentido, y que, aunque para su análisis se separen prácticas de sentidos, son una unidad.

Las GVC hacen distinción entre cuatro tipos de prácticas: los desplazamientos, los cuales se refieren a los flujos de la movilidad cotidiana de las personas; las prácticas ancladas a un lugar; las prácticas ligadas a escenarios, los cuales son puntos de encuentro de las personas y los patrones o rutinas espaciales que implican lo instituido socialmente.

En cuanto a las prácticas ancladas a un lugar, son las que se relacionan con el permanecer o quedarse, ya sea en una ciudad, un barrio, un café, la escuela o como es el caso del lugar que se estudia en esta investigación: un departamento compartido. En estos casos los estudios de las GVC son más afines a perspectivas culturales que en el caso de los desplazamientos (Lindón, 2006). Esto se debe a que los segundos tienden a utilizar análisis cuantitativos, mientras que los primeros, tratándose de una relación directa y de permanencia en un lugar, es decir en las acciones que realiza o lo que experimenta en el lugar (la persona *está ahí*), tendrán que ser descritas cualitativamente. Estas prácticas están definidas por la subjetividad espacial, sería imposible contar el porcentaje de identidad, de arraigo o de empatía.

Por lo tanto, el estudio de la cotidianidad juega un papel primordial en esta investigación, ya que en el acto cotidiano de residir un espacio doméstico los sujetos proyectamos hábitos, emociones, percepciones y llevamos a cabo prácticas que suponen un vasto material cultural a ser analizado para conocer más sobre cómo el espacio influye en nosotros y viceversa.

1.3. El lugar, la territorialidad y el simbolismo del espacio

La categoría central de la geografía humanística que describe al espacio subjetivo es *el lugar*. Así el espacio doméstico compartido, en tanto punto de partida de la vida cotidiana, donde se conjuntan, emociones, prácticas, imaginaciones, atracciones y repulsiones, así como la disposición perceptiva de los sujetos, es un *lugar*. A continuación veremos cómo desde la geografía se ha llegado a la distinción entre este concepto y el de espacio.

Al igual que el tiempo, el espacio es una categoría de la realidad que determina nuestra experiencia en el mundo en todo momento y a pesar de que estos dos conceptos no dependen más que del sentido común para percibirlos, es una tarea compleja definirlos. Recordemos la famosa frase de San Agustín “¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé”. Algo parecido ocurre con el espacio.

Parece que en occidente para dar explicación de algo, lo más común es recurrir a la medición; para constatar su existencia, ese algo debe tornarse tangible y cuantificable, esto le proporciona materialidad. Así ocurre con el espacio, para el pensamiento occidental dominante y para la ciencia de carácter nomotética, este es ante todo algo mensurable y separado del humano, quien simplemente lo ocupa. Esto tiene sentido si recordamos que en el pensamiento occidental moderno (no en su totalidad, ya que siempre han existido tensiones y posturas opuestas) predomina un dualismo cartesiano que separa al sujeto del objeto, y siguiendo este patrón, su universo se compone de dicotomías (adentro/afuera, lleno/vacío, fantasía/realidad, materia/espíritu).

El mismo humano se concibe separado en cuerpo y razón, o en cuerpo y alma, el cuerpo es visto como un estuche, una materialidad separada de su esencia.

No es un desvío detenerse a reflexionar sobre esta concepción del cuerpo, ya que este también representa un espacio, y entender la manera como el hombre se percibe a sí mismo es

entender cómo percibe su mundo. Para Le Breton el cuerpo moderno implica “la ruptura del sujeto con los otros, con el cosmos y consigo mismo”, (Le Breton en Muñiz, 2010) el sujeto se separa de la naturaleza al entrar en el papel de ser social, mientras que el cuerpo es el lado físico y natural, la razón representa a la cultura que domina a la naturaleza. Su identidad está separada, se simplifica y se atomiza, ya no sólo el sujeto está dividido, también está separado del mundo y de los otros.

En contraste, para el pensamiento oriental cuerpo, razón y espíritu funcionan como una unidad. Esto también ocurre entre humano y naturaleza, esta relación no es de dominación pues son parte de lo mismo. De igual modo que el espacio no se concibe como un vacío que se va llenando, o como una simple superficie, no puede ser vacío pues se configura de todo, incluso los espacios sin nada tienen una función:

Treinta radios convergen en el buje de una rueda,
y es ese espacio vacío lo que permite al carro cumplir su función.

Los cuencos están hechos de barro hueco
y gracias a esta nada cumplen su función.

Puertas y ventanas se abren en las paredes de una casa,
y es el espacio vacío lo que permite que la casa pueda ser habitada.

Así, lo que es, sirve para ser poseído
y lo que no es, para cumplir su función. (Lao Tse, Tao Te Ching)

En occidente los primeros en desarrollar una filosofía explícita sobre el espacio fueron Platón y Aristóteles. Para Platón era una especie de contenedor: para que las cosas existieran tenían que ser diferenciadas del vacío. Por su lado Aristóteles entendía al espacio más que como un contenedor, como una primacía ontológica, para que algo existiera tenía primero que estar en un lugar, “lo que no es no está en ningún lugar” (Aristóteles en Casey, 1998), este filósofo griego sugería que el espacio proveía la base para la existencia.

La construcción del concepto de lugar, que a finales del siglo XX construiría la geografía humanística, contempla al espacio en tanto sustento físico donde se desarrolla la vida, pero se interesa por el valor agregado de la subjetividad. Se inspiró principalmente en los aportes de Heidegger, quien rompió con el pensamiento idealista (Descartes, Kant, Hegel) de separar al objeto del sujeto, de manera que su forma de abordar el espacio fue desde la experiencia del hombre. Su concepto de *Dasein* (ser-ahí) es el hombre existencial, existe en un lugar que es el mundo, lo cual implica que el espacio no sólo es un contenedor de paisajes y de objetos y personas como pensaban los geógrafos de la tradición regional y de la incipiente “Nueva Geografía” de principios de los años 60 (Delgado, 2001), sino que se mantiene una relación más profunda con el ser.

La idea del ser-en-el-mundo habla de una existencia determinada por una experiencia espacial, esto resultaría clave para el desarrollo del concepto de lugar que años más tarde desarrollaría la geografía humanística. Por este camino, Edward Relph encontró en la obra de Heidegger muchas conexiones importantes entre el ser y el lugar, apoyándose en la idea de intencionalidad de la fenomenología, la cual explica que no podemos ser conscientes sin ser conscientes de *algo*, y puntualizó que no se trata sólo de la conciencia de algo sino de la conciencia de algo en el lugar (Relph en Cresswell, 2015).

Edward Relph y Yi Fu Tuan son probablemente los geógrafos con la bibliografía más extensa en torno al concepto de lugar. Relph, considera que los lugares no pueden definirse de manera simple en términos de su localización y apariencia, ya que estos son percibidos en un “claroscuro” de composición, paisaje, rutina, otras personas, experiencias personales, cuidado del hogar y en torno al contexto de otros lugares (Relph, 1976:29). De manera que la principal característica de los lugares es que entrañan un aglomerado de sentidos conferidos por los sujetos, por lo tanto, son, en palabras de Gumuchian, “una acumulación de significados” (Gumuchian en Lindón, 2006).

Esta significación, de la que se nutre la subjetividad que se busca extraer de los lugares, estriba en experiencias personales, colectivas, prácticas, usos, tradiciones, vivencias, lo mismo que en elementos ajenos a los sujetos como la arquitectura, la accesibilidad, cuestiones estéticas, paisaje, políticas, etc.; el lugar es un diálogo constante entre el espacio, los sujetos y la

sociedad. De ahí que Jeff Malpas (2010) lo considere el concepto clave para los estudios multidisciplinares en las artes, humanidades y ciencias sociales en el siglo XXI y que Relph lo defina como “un antídoto contra el conocimiento abstracto y generalizado” (Relph, 1993:25).

Según Yi-Fu Tuan, un estudio fenomenológico del lugar tendrá que preguntarse por la esencia de un lugar, ¿qué es lo que lo hace ser un lugar?, ¿qué constituye su esencia? Enseguida surge otra pregunta, ¿cómo resolver esto?, ¿mediante qué medios o herramientas?

Retomando las transformaciones epistemológicas que se suscitaron a finales del siglo pasado, el giro lingüístico fue particularmente relevante para las ciencias sociales. En el caso de la geografía, contribuyó al hallazgo del lenguaje, las narrativas y los relatos como herramientas elementales en la construcción de los lugares:

Los sujetos no sólo construyen los lugares cuando levantan viviendas, edificios, talan bosques, abren caminos, cultivan tierras. También se construyen los lugares al hablar y hacerlo de cierta forma, enfatizando algo, omitiendo otro rasgo, asociando ciertos fenómenos con otros [...] los lugares también son construidos por los sentidos y significados que se les atribuyen. Por su parte, esas tramas de significados adquieren vida, se configuran, en el lenguaje, en los actos del habla. Y estos juegos del lenguaje, para usar la célebre expresión de Wittgenstein, nunca son ajenos a la vida práctica, son parte del mundo del hacer: la relación entre las palabras y el hacer es indisoluble, aun cuando no es lineal ni directa. (Lindón, 2010: 32)

De esta cita de Lindón, cabe resaltar que en los relatos de la gente no sólo encontramos la evidencia de hechos que sucedieron, sino principalmente una versión de lo ocurrido, es decir el valor de las narraciones como fuente para descubrir la esencia de un lugar, radica en los sentidos que el narrador le otorga. Los lugares están en las palabras, en el hablar cotidiano y también en la escritura, así como en las narraciones de las personas sobre sus vivencias, sus sueños, sus recuerdos o sus anhelos. Así esta investigación se desarrolla a partir de las narraciones de las personas entrevistadas.

Por último, Yi-Fu-Tuan para definir el lugar lo compara con el espacio. Para él el espacio está abierto a la acción y al movimiento, igual que a las abstracciones de las ciencias espaciales; mientras que el lugar se trata de detenerse, de descansar, estar e involucrarse y

por lo tanto descifrarlo requiere también un grado de intuición. Además, está atravesado por la temporalidad, este es otro elemento clave del lugar; sus significados están inscritos, transformados y modificados en el tiempo, por ello el lugar es también recuerdo, “se inscribe en la duración; es memoria y tiempo cristalizados” (Clerc, 2019).

Los espacios domésticos son lugares con suficiente contenido para ser estudiado por la geografía puesto que son el entorno de la experiencia espacial más cotidiana. A pesar de tratarse de espacios sumamente reducidos en comparación a las extensiones que se acostumbra en las investigaciones de nuestra disciplina, estos espacios albergan un universo infinito de significados y simbolismos, es decir que la dimensión es relativa; basta un metro cuadrado para que exista una relación entre el hombre y el espacio.

En esta relación entre los sujetos y los espacios existe un complejo conjunto de prácticas, emociones y significados que crean un vínculo entre estos dos, entendido como *territorialidad*.

Este es un concepto que ha adquirido diferentes interpretaciones y ha sido estudiado desde distintas perspectivas dentro de las ciencias sociales. A continuación, explico a *grosso modo* algunas de las opiniones que han surgido desde la geografía sobre la territorialidad y que sirven de guía en esta investigación.

Las GVC adoptan este concepto como un vínculo entre el hombre y su entorno, que incluye las prácticas y la subjetividad espacial. Lo definen como “el conjunto de relaciones tejidas por el individuo, en tanto que miembro de una sociedad, con su entorno” (Lindón, 2006: 384), por lo tanto, para la geografía humanística la territorialidad es lo que une al sujeto con un lugar, teniendo en cuenta que dicha unión supone también un componente emocional (Malmberg, 1984). Para el geógrafo Guy Di Meo la territorialidad “es una estructura o esquema mental, una representación particular: es multiescalar” (Guy Di Meo, 2000 en Lindón, 2006), según este autor una primera dimensión del vínculo del hombre y su espacio sería lo que él denomina nuestro ser en el mundo, en la Tierra. Una segunda es la red territorial integrada por los lugares vividos, es decir, los lugares que se frecuentan en la vida cotidiana. La tercera dimensión es el conjunto de referentes mentales de múltiples escalas a los cuales remiten las prácticas y los imaginarios (Di Meo, 2000 en Lindón, 2006). Como podemos notar en nuestra propia experiencia, la idea de Guy Di Meo de la territorialidad

multiescalar, implica que dichas escalas no se sustituyen unas a las otras, sino que funcionan a manera de capas, con sus matices, pues hacemos conciencia de ellas en diferente medida.

Por ello Guy Di Meo propone entender la territorialidad como una triada: A-B-C. Donde A y B son territorios, (A) “agrupa los territorios políticos y administrativos legítimos, encajados o en red, que rigen una parte relevante de las prácticas y movilidades cotidianas de todo individuo y estructuran la esfera simbólica de sus relaciones espaciales.” Ejemplo de esto sería desde una pequeña área urbana como una unidad habitacional, una colonia o barrio; o una delegación o espacio demarcado políticamente pero que obedece también a una delimitación cultural, como decir “el pueblo de Xochimilco”, que si bien se refiere a un territorio delimitado es también un espacio que representa una historia y una identidad en común para sus habitantes, y por lo tanto una cultura particular que engloba ciertas tradiciones y valores que determinan lo que Guy Di Meo llama *esfera simbólica de sus relaciones espaciales*. Aclara que, “también se trata, por supuesto del territorio nacional: espacio simbólico dominante, altamente identitario, espacio real del poder, espacio de las principales elecciones económicas y sociales, de una historia común” (Di Meo, 2014) que en nuestro caso sería el territorio mexicano con todas sus implicaciones económicas, políticas y sociales.

En el caso de esta investigación, (B) es la espacialidad de las prácticas cotidianas de los individuos. En esta escala, estos espacios “reúnen sin ningún tipo de exclusividad lo esencial de los lugares de residencia, de trabajo, de ocio común, de servicios, de ejercicio de la ciudadanía de base” (Di Meo, 2014).

Y (C) es el individuo: actor, agente o habitante. Explica Di Meo que entre estos tres existen tensiones que componen la territorialidad, (C) arbitra los tres posibles grupos de tensiones, y además “su vínculo territorial integra representaciones, vivencias, imaginarios propios de la intimidad de su persona que no se vinculan forzosamente con las disposiciones permanentes del orden cotidiano productivo, administrativo y político que emana de (A) y (B)” (Debarbieux, 2015 en Di Meo, 2014).

Debido a esta característica multiescalar, que nos sugiere que la territorialidad se nutre de diversas circunstancias que influyen sobre un mismo espacio, existen varias teorías, visiones y propuestas de su abordaje y análisis. Por ejemplo, según Raffestin (1997) las formas de

abordar la territorialidad son tres: como defensa de un territorio, como apropiación y como relación con la alteridad. Esta última se entiende como el proceso de territorialidad en un individuo que se forja por el diálogo con todo lo externo a él, que puede ser desde un lugar hasta otro individuo. En la dinámica de un espacio doméstico este diálogo es constante y determinante en la experiencia de sus habitantes.

La territorialidad es también pieza clave en la construcción de identidades. Así ha sido estudiada en Latinoamérica por unos cuantos geógrafos haciendo énfasis en la desterritorialización y reterritorialización. También desde su relación con el poder, como lo ha hecho Michel Roux (1994) o Robert Sack (1983), que consideran la territorialidad como “una conducta que intenta influir, afectar o controlar, con ciertas acciones un territorio particular” (Lindón, 2006:384).

En relación a las sociedades contemporáneas se habla de una diversificación de territorialidades, esto es evidente en las diferencias que encontramos en cuanto al anclaje que una persona mayor o de baja movilidad puede tener con sus espacios de vida, en este caso con su casa, en comparación a una persona joven que desarrolla su rutina en un constante traslado de un lugar a otro, permaneciendo poco tiempo en su casa, y que posiblemente ha radicado en diferentes casas debido al hecho de que cada vez es más difícil tener una casa propia o mantenerse en un lugar por un largo tiempo. En sus investigaciones sobre los ámbitos metropolitanos, Marie Christine Fourny (2002) recalca la alta movilidad espacial, que caracteriza a los individuos de las ciudades contemporáneas, así como sus vidas crecientemente individualizadas y multipolares espacialmente, por lo que sugiere que en estos casos se hable de territorialidades reticulares (Lindón,2006).

La experiencia espacial del sujeto, por individual que parezca, está determinada o contextualizada por la sociedad a la cual pertenece, y por lo tanto se inscribe también en un componente temporal, la territorialidad se lleva a cabo en un espacio y tiempo determinado.

Dos puntos clave para entender la territorialidad serían:

1. Es el vínculo cambiante entre el sujeto y el espacio, en el cual intervienen prácticas, emociones y significados.

2. Tanto el sujeto colectivo (grupo social) como individual, obtienen a partir de la territorialidad “sentimientos y argumentos que forjan su identidad” (Guy Di Meo).

Resumiendo todo lo anterior, Guy Di Meo define la territorialidad como “la relación evolutiva y cambiante y por ende temporal, a la vez existencial, afectiva, ciudadana, económica y cultural, que un individuo o un colectivo construye con el/los territorio/s del/de cual/es se apropia, concretamente y/o simbólicamente.”¹ Durante mucho tiempo la definición de territorialidad dentro de la geografía sólo reconocía grupos sociales; actualmente, Di Meo comenta que acorde a la mayor consideración del individuo en la disciplina, se refiere frecuentemente a una relación personal con el espacio.

Por lo tanto, la territorialidad es también un vínculo simbólico con el espacio, en el que este último adquiere significados y valores que dependerán y modelarán la manera como nos involucramos con el espacio. Caeríamos en un reduccionismo si pensamos que el espacio que habitamos es únicamente físico y no tiene infinitos significados en un universo simbólico, que finalmente es el mundo humano.

Aunque la visión de la teoría social deja atrás el concepto de territorialidad de la etología, hay un aporte de la biología que resulta útil para entender el paso que se da en este comportamiento desde los organismos más simples hasta su expresión humana. El biólogo Jakob Johann von Uexküll, quien sostenía que no existe una sola realidad sino múltiples según los diferentes organismos, desarrolló un esquema en el cual explica que cada organismo posee, a tenor de su estructura anatómica, un determinado sistema receptor, por el cual una especie biológica recibe los estímulos externos, y un determinado sistema efector por el cual reacciona ante los mismos. Se trata de un *círculo funcional* que explica la lógica del comportamiento de los organismos en relación con su entorno (Uexküll,1938).

Ernest Cassirer utiliza esta aportación de Uexküll para explicar lo que él considera la clave de la distinción de la naturaleza humana. Este autor explica que, siendo que este círculo funcional existe por igual en todos los organismos, el humano no es la excepción, pero este ha desarrollado un nuevo método para adaptarse a su ambiente: entre el sistema receptor y el efector “hallamos en él como eslabón intermedio algo que podemos señalar como *sistema*

¹ Tomado de la definición de Territorialidad por Guy Di Meo en la enciclopedia electrónica *Hypergeo*.
<http://www.hypergeo.eu/spip.php?article717>

simbólico.” (Cassirer, 1963: 47). Este sistema es una construcción meramente humana, se trata del sistema de valores y significados que constituyen la experiencia humana, y que como dice Cassirer representan una realidad nueva, propia del humano y más allá del universo físico. La complejidad del universo simbólico es tal, y el hombre se encuentra tan profundamente determinado por éste “que no puede ver o conocer nada sino a través de la interposición de este medio artificial” (Cassirer, 1943: 48).

Agrega Cassirer al respecto que para el hombre “la realidad física parece retroceder en la misma proporción que avanza su actividad simbólica. En lugar de tratar con las cosas mismas, en cierto sentido conversa constantemente consigo mismo” (Cassirer, 1943:48). De manera que, el hecho de que el hombre sea un *animal simbólico* supone que todas sus experiencias están marcadas por el sesgo de su identidad, su personalidad, su historia, su cultura y todo lo que lo constituye como individuo y como sociedad. Lo simbólico además funciona y se reafirma en el consenso, en todo caso, en los grupos sociales sirve para interpretar la realidad; y por lo tanto, conferirle sentido al espacio que les rodea y que habitan.

El simbolismo que, en este caso, condensa un espacio doméstico, está supeditado a variables dadas por la situación social, económica y de vivencias personales que componen la subjetividad de cada habitante en combinación con las características de toda índole del espacio en cuestión. Pero en ello también participa el simbolismo colectivo que se tiene alrededor de este tipo de espacios como la idea de hogar, de familia o de propiedad privada.

Entonces podemos hablar de dos esferas que se entremezclan en la dimensión simbólica del espacio, que rápidamente podemos visualizar como lo interno y lo externo al sujeto, que aunque para él son uno mismo, son dos formas de entender desde dónde las personas significamos y percibimos los espacios.

Por un lado, existe el mundo simbólico ancestralmente reforzado por la sociedad y su cultura, es ahí donde se asienta el imaginario colectivo con todas las concepciones que construimos y aprendemos del grupo social al que pertenecemos y que estructuran nuestra realidad común. Podemos decir que se trata de un sistema bastante sólido de ideas difíciles de derribar, como es el caso de una religión donde, por ejemplo, sus practicantes conciben ciertos lugares como sagrados y por lo tanto se conviene en que sólo cierto tipo de prácticas son aceptadas ahí. Y no sólo se conviene en prácticas sino también en representaciones; se concibe, por ejemplo,

una iglesia como un lugar de paz, de confesión, de perdón, de ayuda, de salvación, de meditación, etc. Ahora, la religión es un buen ejemplo, pero no implica que libres de religiones estamos exentos de un sistema simbólico, la cultura lo es también, el hombre está siempre navegando en un mundo simbólico. El mundo de las percepciones de cada individuo se sostiene del filtro simbólico que le da un sentido a todo lo que le rodea, decía Epícteto que lo que perturba y alarma al hombre no son las cosas sino sus opiniones y figuraciones sobre las cosas.

Por otro lado, aunado y jamás independiente a esta superestructura simbólica, encontramos el mundo simbólico de cada persona. Por ejemplo, pensemos en los integrantes de una familia que habitan una casa, cada espacio de esta puede representar algo diferente para cada uno según sus necesidades, sus vivencias o sus acuerdos de uso del espacio.

Entonces la forma como las personas perciben el espacio depende de estas dos esferas, que involucran el campo social, político y económico en el cual están inmersos y su propia visión del mundo, como individuos. Así entender el simbolismo del espacio desde una determinada persona no es una tarea fácil, menos cuando pertenece a un mundo que parece estar perdiendo profundidad en cosmovisión.

Sabemos que la vida cotidiana de las sociedades primitivas -lo mismo que las tradicionales que persisten- se desenvolvía entre la dualidad de lo sacro y lo profano. Cualquier espacio u objeto profano podía tornarse en hierofanía si ocurría una ruptura a nivel ontológico, por ejemplo, un árbol que por algún suceso especial o “señal” se convertía en receptáculo de lo “divino” o de “mal augurio”, entonces daba lugar a una realidad completamente nueva; (Gómez en Villaverde, 1997) ya no era más un objeto o un espacio cualquiera, se le había adjudicado un significado que cambiaría por completo la relación de los sujetos con éste.

Para Eliade el simbolismo espacial más concientizado y manifestado es el que el hombre religioso les atribuye a los *espacios sagrados*. Donde lo sagrado fundamenta ontológicamente el mundo y por lo tanto le *brinda* una orientación. Mientras que, el espacio del hombre moderno, o profano como lo llama Eliade, se percibe homogéneo y neutro, “ninguna ruptura diferencia cualitativamente las diversas partes de su masa” (Eliade, 1998). Pero esto sólo puede afirmarse a primera vista, si bien existe una diferencia abismal entre las formas de significar el espacio (comparado con los espacios sagrados o construcciones

vernáculos de culturas antiguas o religiosas), lo que interesa conocer con la presente investigación, son esos rasgos sutiles donde el hombre contemporáneo demuestra que sigue simbolizando el espacio, aún cuando éste, independientemente de sus gustos, decisiones o necesidades, se le presente cada vez más homogéneo e insípido.

En cualquier tipo de espacio, sea el campo, la ciudad, una casa o una unidad de departamentos uniformes, las personas privilegian unos lugares sobre otros, dependiendo de las experiencias que tengan en ellos, lo cual los vuelve - a los lugares- cualitativamente distintos entre si. No es lo mismo la casa del vecino que la casa propia, ni una calle alumbrada que una oscura y despoblada. De hecho, Eliade reconoce que “todos estos lugares conservan, incluso para el hombre más declaradamente no-religioso, una cualidad excepcional, *única*: son los *lugares santos* de su Universo privado, tal como si este ser no-religioso hubiera tenido la revelación de otra *realidad* distinta de la que participa su existencia cotidiana” (Eliade, 1998). No debemos malinterpretar a Eliade y pensar que en su comparación entre lo religioso y lo no-religioso está restándole totalmente la capacidad de significar el espacio al no religioso diciendo que experimenta lo cotidiano como algo automático. La comparación que realiza es intencionalmente muy contrastante, pues él quiere resaltar el excesivo simbolismo del espacio religioso (el cual es el objetivo de su exposición), sin embargo, lo que nosotros queremos rescatar de esta cita es que en la cotidianidad de toda persona existen siempre *cualidades excepcionales* del espacio que lo vuelven particular, especial, diferente.

En la vida cotidiana, los sujetos no perciben y experimentan el espacio de modo uniforme, si bien no se trata de un deambular entre lo sacro y lo profano, ocurre en un nivel de valores entre lo indiferente y lo significativo, lo común y lo particular. Un parque que en algún momento nos resultó indiferente se convierte en un lugar especial si ahí aprendimos a andar en bicicleta; la casa donde crecimos adquiere un valor particular al albergar todos los recuerdos de la infancia, una estación de metro no será lo mismo para alguien que haya sido asaltado ahí, que para alguien que la frecuenta todos los días y nunca le ha pasado nada o ha tenido una experiencia agradable. En este sentido, vemos que los lugares adquieren valores a partir de las experiencias y vivencias de las personas; así como de asociaciones muy personales que influyen en la forma como se percibe el entorno.

Por ejemplo, Yi Fu Tuan (1999: 94) cuenta que él tiene un sentimiento de empatía por el desierto, mientras que la selva tropical le genera una sensación de desagrado. En un ejercicio de autoanálisis topológico reflexiona que esto se debe a que, para él, la selva tropical “invita a la desorientación”, por el contrario, el desierto le resulta un mapa abierto, con un relieve bruscamente grabado que muestra todo el tiempo la clara silueta de su sombra y el camino del sol como referencia del este y el oeste, que inevitablemente rebela su ubicación a los visitantes. Este agrado y desagrado lo relaciona con una obsesión de sentirse orientado que tiene desde que era niño. Además, dice Tuan, que prefiere las extensas áreas inhabitadas del desierto donde cada ser viviente tiene su espacio “para ser orgullosamente sí mismo, separado de cualquier otra cosa viviente”, esto le genera “una sensación de orden y pureza”, lo cual el relaciona como sinónimo de vida, y explica que se deriva de sus propias dudas e interpretaciones sobre la vida y la muerte; mientras que en la selva tropical debido a su superdensidad, para él existe una especie de hacinamiento y de competencia entre cada planta, animal o ser humano por sobrevivir. Entre tanta vida, en la selva tropical, considera que existe una permanente descomposición y un olor a putrefacción que él relaciona con la muerte. Con este ejemplo autobiográfico Tuan explica lo variadas y particulares, así como complejas, que pueden ser las percepciones e interpretaciones de un mismo lugar para distintos sujetos, y la siempre presente carga simbólica que cualquier espacio guarda cuando pasa por el filtro humano.

Ahora que se ha explicado el valor subjetivo del espacio y entendemos que un mismo lugar puede tener variados significados según el sujeto que lo vive, lo percibe y lo interpreta, queda más claro desde qué perspectiva se analizará el espacio doméstico y porque representa un sustancioso objeto de estudio para la geografía humanística. A continuación, nos enfocaremos en desglosar las características de los temas que nos competen: el significado de *habitar* y las representaciones del espacio doméstico.

Capítulo 2. El habitar ontológico y las representaciones simbólicas del espacio

En este capítulo veremos algunas de las principales representaciones del espacio doméstico, como su sentido de *centro y de mundo*, de protección, de cuidado y el papel de la infancia en su simbolismo. También abordare cuestiones como la apropiación simbólica y la tensión que existe entre el mundo familiar construido en la casa y el mundo exterior de lo desconocido y lo ajeno. Para ello integro fracciones de las narraciones obtenidas en las 10 entrevistas realizadas para este trabajo de investigación, que atestiguan experiencias compartiendo vivienda con desconocidos y en algunos casos conocidos que no son su familia ni su pareja.

Son relatos de sus vidas personales, en torno a los lugares que han habitado, que dejan ver cómo perciben el mundo y cómo se desarrollan en él. Se sitúan en el momento presente, pues profundizan en la experiencia del espacio doméstico que comparten en el momento en que se lleva a cabo la entrevista, pero están permeadas por experiencias pasadas que han forjado su identidad y que los han llevado a estar ahí.

De dichas conversaciones es interesante rescatar las coincidencias y las diferencias; las diferencias, más que tratarse de diferencias son experiencias y percepciones muy particulares de cada persona, descripciones subjetivas que provienen de su individualidad. Y las coincidencias, reflejan una situación social, económica y cultural que comparten. A grandes rasgos todos se encuentran en el marco de una generación entre los 24 y los 37 años, que se topa con una situación mundial de sobrepoblación en las ciudades grandes, en este caso la Ciudad de México, con competencia laboral más calificada, sueldos bajos y rentas altas. Todos los entrevistados pertenecen a una clase social capaz de pagar entre 3,000 y 5,000 pesos mensuales de renta, todos tienen estudios universitarios, los están terminando, están estudiando una maestría o trabajan o están en proceso de encontrar trabajo. Iremos conociendo sus experiencias en la segunda parte de este capítulo.

En la primer parte, nos vamos a familiarizar con el concepto de *habitar*. Esta acción que todos, aparentemente de manera automática, llevamos a cabo desde que tenemos memoria, en realidad, como veremos a continuación, conforma una parte fundamental en la vida de las personas y no es tan simple de conseguir.

2.1. Habitar como acción ontológica

Vimos anteriormente que la territorialidad es el vínculo afectivo y simbólico entre el sujeto y el espacio; ahora veremos que una acción que acompaña y moldea permanentemente este vínculo es el *habitar*. El *habitar* por simple y obvio que parezca, o quizá por eso mismo, ha sido objeto de diversas interpretaciones entre filósofos, sociólogos y geógrafos. Aquí nos basaremos en el sentido heideggeriano y las aportaciones que otros teóricos han dado en torno a este término desde la geografía.

Heidegger definía el *habitar* como “la manera en que los mortales son en la tierra” (Heidegger, 1951:2), como una acción que no simplemente ocurre, sino que es parte del ser humano, ya que inevitablemente su vida se desarrolla en un plano espacial, “la vida reside, habita, mora, se aloja, no puede prescindir de lugar” (Serres, 1994, en Najmanovich), y en este nexo obligado del hombre y su entorno, naturalmente lo que ocurre es *el habitar*.

En primera instancia el hombre es un habitante de la Tierra, pero esto no significa que simplemente está depositado en ella, sino que, si como Heidegger afirma: *habitar es la manera en que el hombre es en la tierra*, entonces implica una forma, un modo de ser en el mundo; esto sugiere que es una cuestión cultural, pero no cualquiera, antes de cualquier acción aprendida ya se encuentra habitando. Para Alicia Lindón *habitar* es un fenómeno cultural, que representa una de las actividades más elementales y universales, enmarcada por el tiempo en las condiciones de cierto momento y al mismo tiempo incesante e inagotable ya que se reproduce y se recrea continuamente (Lindón, 2012).

Eric Dardel, siguiendo los pasos de Heidegger, consideraba que el sujeto de la geografía debía ser el *hombre que habita*. Para este geógrafo “entre el Hombre y la Tierra se anuda y permanece una especie de complicidad en el ser” (Dardel, 1952:50), a esta “complicidad” le dio el nombre de *geograficidad*, la cual se refiere a la relación irrevocable del hombre con la Tierra, propia de su existencia y de su destino. Y dicha relación entre el hombre y la Tierra, para Dardel, radica en el *habitar*.

Según Heidegger y Dardel, *habitar* es la acción que define el “*estar en el mundo*” del hombre y su vínculo con el planeta, para estos dos autores el *habitar* resalta, todavía más que por lo cultural, por su carácter ontológico. Es el quehacer del hombre en el mundo en un sentido

tanto cotidiano como existencial. Parte de la relación entre el hombre y la Tierra ha sido un diálogo constante, que también podría llamarse un acuerdo, en el que de alguna manera el hombre “se hace espacio” en el espacio. La forma última y más desarrollada de hacer esto es mediante las construcciones.

Rastreando el sentido de *habitar* en el lenguaje, Heidegger encuentra que la antigua palabra del alemán *buan* que corresponde a construir significa habitar, permanecer, residir. De esta manera el filósofo introduce la idea de que habitar y construir no son dos actividades separadas, construir ya es, en sí mismo, habitar; construimos en la medida que habitamos (Heidegger, 1951:1). Encuentra Heidegger que en dicha palabra está también la raíz *bin*: soy, de modo que la palabra alemana *construir* designa que el hombre *es* en la medida en que habita. En una relectura, Agamben agrega que el verbo latino *habitare* significa “tener establemente o a menudo, tener el *habitus* o la costumbre de algo”, entendiendo el *habitus*, como el vocabulario monástico lo indica: como un cierto modo de ser y de vivir con respecto a sí mismos, un cierto uso de sí (Agamben, 2018). Nuevamente aparece el verbo *ser*, que Agamben sugiere que en su significado contiene al verbo *tener*, dice: “como si tener significara en primer lugar *tener un cierto modo de ser*, estar dispuesto de cierto modo” y explica que “el hombre es, por lo tanto, un viviente que transforma el ser en un tener: en habilidades, técnicas, hábitos y costumbres. Existe una reciprocidad y un continuo intercambio entre ser y tener” (Agamben, 2018:7). Seguido de lo anterior Agamben sugiere como definición de habitar: “crear, conservar e intensificar hábitos y costumbres, es decir, modos de ser”. Visto de esta forma, el mismo autor resalta que *el habitar* es entonces una categoría ontológica.

Podemos concluir que, para los autores anteriores, la acción de *habitar* entraña el desarrollo del ser, la manifestación de sus costumbres, sus decisiones, sus modos de desenvolverse en un espacio, en el mundo; de ahí su relevancia. Entonces, de las construcciones se esperaría que facilitarían todo lo que implica el habitar. Cito nuevamente a Agamben para terminar con esta idea: “Por esto el hombre necesita no sólo una madriguera o un nido, sino una casa, es decir, un lugar en el cual *habitar*, en el cual construir, conocer y ejercer intensamente sus *hábitos*” (Agamben, 2018:7).

La conferencia de Heidegger, titulada Construir, Habitar, Pensar, fue pronunciada por él en 1951 a propósito de la destrucción y reconstrucción de Alemania tras la Segunda Guerra Mundial. Sorprendido por la nueva propuesta de vivienda que consistía en departamentos pequeños, apilados unos sobre otros, hace una comparación con una casa en la Selva Negra, inmersa en la naturaleza y con una edificación pensada para sostenerse en armonía con ella. Un habitar todavía rural “ha emplazado la casa en la ladera de la montaña que está a resguardo del viento, entre las praderas, en la cercanía de la fuente. Le ha dejado el tejado de tejas de gran alero, el cual, con la inclinación adecuada, sostiene el peso de la nieve y, llegando hasta muy abajo, protege las habitaciones contra las tormentas de las largas noches de invierno” (Heidegger, 1951:5).

Lo que Heidegger quiere exponer con este ejemplo es que esta casa en el interior alberga la intención de los habitantes de mantener vivo y cuidado ese lugar que es suyo, sólo por habitarlo: “a la casa de campo la ha construido un oficio que surgió, él mismo, del habitar” (ibid). Parece, a partir de esta referencia, que lo que le alarma a Heidegger es el camino que se estaba tomando con la construcción de las nuevas viviendas: ajenas a la naturaleza, lejos de la tierra, pequeñas y hacinadas, donde un verdadero habitar se entorpece.

Pero cabe también preguntarse si toda vivienda proporciona un *habitar*, y si toda vivienda es un hogar y todo hogar es una vivienda. Para dejar más claro esto, conviene hacer la distinción entre vivienda, casa y hogar. Vivienda es la forma más técnica de referirnos a la infraestructura del espacio doméstico. Representa el espacio concreto diseñado supuestamente para que en ella las personas lleven a cabo su vida. Cuando se habla de vivienda es para referirse a una estructura con ciertas medidas y servicios, acotada arquitectónicamente, se utiliza, por ejemplo, cuando se habla de planes de vivienda. La palabra no contiene connotación afectiva alguna ni ningún tipo de subjetividad, no contiene la vida que se desarrolla en ella, sino solo la carcasa. Mientras que casa y hogar en muchos casos son sinónimos, se pueden utilizar indistintamente, pero casa hace referencia a una construcción donde las personas viven, incluye cierta apropiación y vida en su interior. Las personas dicen “mi casa” y nunca “mi vivienda”, para hablar del lugar que habitan; y en algunos casos, como cuando coloquialmente se dice “siéntete como en tu casa”, existe una connotación similar a hogar, que específicamente se refiere a un lugar de seguridad y comodidad donde se habita. *Hogar* en todos los casos tiene una connotación positiva,

referente al lugar donde se vive bien y protegido, la palabra deriva del latín *fogar*, *focus*, haciendo referencia al fuego o a la hoguera, alrededor de la cual, desde las más antiguas culturas, se han congregado y asentado los grupos humanos, brindándoles calor, luz, comida y cercanía. Cuando se piensa en el hogar, la imaginación recurre más en un estado emocional que en una edificación.

2.2. La casa y sus representaciones simbólicas

“En la casa que ha dejado de ser nos gusta vivir todavía porque en ella revivimos, muchas veces sin darnos bien cuenta, una dinámica de confortación”.

Gastón Bachelard²

La idea de *espacio doméstico* se utiliza para designar un grupo de espacios que sirven a manera de vivienda pero que pueden tener características muy diversas. Puede ser un departamento, una casa, una cabaña, una tienda de campaña, un albergue, un rancho; puede ser alquilado, puede ser provisional, puede compartirse con familia o con extraños, etc. Pero, en cualquier caso, el lugar más representativo de espacio doméstico y de vivienda, en el imaginario colectivo es la idea de *la casa*, entendida ésta en su acepción más cercana a *hogar*.

Para Bachelard:

Todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa. [...] la imaginación trabaja en este sentido cuando el ser ha encontrado el menor albergue: veremos a la imaginación construir “muros” con sombras impalpables, confortarse con ilusiones de protección o, a la inversa, temblar tras unos muros gruesos y dudar de las más sólidas atalayas. En resumen, en la más interminable de sus dialécticas, el ser amparado sensibiliza los límites de su albergue.” (Bachelard, 2014)

Veamos de dónde vienen y cuáles son los principales referentes dentro de esta carga simbólica que menciona Bachelard sobre la casa en tanto espacio doméstico.

² Bachelard, Gastón. 2014. La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayos sobre las imágenes de la intimidad. FCE. México.p 138

Estamos de acuerdo en que la casa representa un espacio de importante valor para las personas, y vemos que su vínculo con este lugar dependerá de consensos colectivos sobre lo que debe de ser la casa u hogar y lo que realmente es en la vida de cada sujeto.

El valor que se le adjudica a la casa surge de las necesidades que este espacio ha podido cubrir, como la necesidad de proteger la integridad física de los posibles peligros del mundo exterior, así como la necesidad de disponer de un espacio destinado al curso de la vida. Pero también existen necesidades no tan inmediatas de descifrar; como dice Bachelard: hay algo en el ser humano que busca crear muros y fronteras que cubran y delimiten su mera existencia. En la casa, el sujeto busca albergar también otras necesidades más relacionadas con su ser y difíciles de clasificar, indagemos a continuación cuáles son éstas.

Cuando en un principio el ser humano se descubre en la tierra, ésta se le revela como un lugar inhóspito lleno de adversidades de las cuales necesita protegerse. Así empezó por resguardarse en las alturas de los árboles o en espacios cavernosos que la misma naturaleza le brindaba, después comenzaría a montar estructuras que le aseguraran más protección y, sobre todo con el paso del nomadismo al sedentarismo, terminaría por construir casas, cabañas, chozas o palapas: recintos en los cuales desempeñar la vida cotidiana.

Por lo tanto, podemos pensar que el fin principal de la casa es el de la protección. Sin embargo, la historia sobre el origen de la casa le concede otros atributos que revelarnos, y que podrían contradecir lo que por consenso llamamos las necesidades primarias del hombre en relación con la casa.

Dice Lewis Mumford³ que la vida humana se mueve entre dos polos: movimiento y asentamiento, es decir, nomadismo y sedentarismo; y existe un comportamiento que siempre le ha acompañado: su disposición, o mejor dicho, su necesidad de socializar, de formar grupos: “antes de la ciudad estuvieron el caserío, el santuario y la aldea; antes de la aldea, el campamento, el escondrijo, la caverna y el montículo; y antes de todo esto ya existía la tendencia a la vida social” (Mumford, 1960:12). El ser humano, es un ser gregario, siempre

³ En *La ciudad en la Historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, Lewis Mumford realizó una extensa investigación sobre la historia de la ciudad, para la cual comienza rastreando los orígenes de la casa.

le ha dado un valor preponderante a los otros con los que se relaciona, a la familia, a sus antecesores y descendientes, creando lazos que permanecen aún después de la vida.

El valor que se le otorga al cadáver de un ser querido ha sido uno de los primeros motivos para permanecer o regresar a un lugar. Menciona Mumford que los vestigios más antiguos del hombre muestran lo que él llama una “preocupación ceremonial” por sus muertos. Comenta Mumford, que “en el penoso vagabundeo del hombre paleolítico, los muertos fueron los primeros que contaron con morada permanente, en una caverna, en un montículo señalado por unas cuantas piedras o bien en un túmulo colectivo. Se trataba de mojones a los que los vivos volvían a intervalos, para comunicarse con los espíritus ancestrales o para aplacarlos.” (Mumford, 1960: 15). Entonces, mientras unos iban enterrando y dejando a sus muertos en el camino, otros comenzaron a crear un vínculo con ese lugar donde habían sido enterrados y volvían a él, hasta que en algún momento los muertos se volvieron un motivo para asentarse; “la recolección de alimentos y la caza no fomentaban la ocupación permanente de un solo lugar, los muertos, al menos, exigen ese privilegio” (Mumford, 1960:15). Un sentimiento de pertenencia hacia los muertos les invitaba a quedarse.

Los motivos que llevaron al hombre, acostumbrado a un permanente andar -guiado por los recursos naturales, las estaciones del año y el clima- a establecerse en un lugar fijo, son variados y, como se suele suponer, responden a un proceso de facilitación de sus actividades cotidianas. Sin embargo, como se muestra con el caso de los muertos, el asentamiento no fue sólo una decisión de practicidad, sino que la creación del espacio simbólico juega un papel que no se puede pasar por alto.

Prueba de ello está en la antigua ocupación o visita de la caverna, la cual explica Mumford, no destaca únicamente por su uso con fines domésticos, sino todavía más por la función que desempeñó en el arte y en el ritual. Es decir, que en la forma protectora de la caverna el hombre halló un espacio que se prestaba para nicho perfecto de la hierofanía y lo espiritual, “la caverna le dio al hombre primitivo su primera concepción del espacio arquitectónico, su primer atisbo de poder de un recinto amurallado como medio para intensificar la receptividad espiritual y la exaltación emotiva” (Mumford, 1960). Podemos suponer, como este historiador propone, que fueron tres causas principales que propiciaron el sedentarismo: el apego a los muertos, la propiedad del espacio amurallado que intensifica la receptividad

espiritual y la exaltación emotiva, y las necesidades prácticas, de protección, seguridad, abrigo, alimento. Vemos que dos de estas causas se relacionan con construcciones simbólicas y no solo con las necesidades físicas básicas. Lo cual nos introduce a la idea de que una cueva, una guarida o una casa no sólo protegen al hombre de las adversidades del medio ambiente, sino que también en un plano simbólico, emocional, espiritual, protegen y exaltan lo que el hombre considera valioso.

Tengamos en cuenta que no es condición de la casa ser un lugar fijo, si bien el sedentarismo fomentó el mayor desarrollo y afinamiento de las construcciones, aún siendo nómadas tenían espacios que fungían como viviendas o construcciones como tiendas que podían montarse y desmontarse. Hoy en día aún existen, o sería más propio decir, resisten, pueblos que se desplazan con sus viviendas, cambiando el paisaje exterior, pero manteniendo la atmósfera interior de éstas.

Un espacio así adquiere también significados que se comparten con los atribuidos a una casa fija, y aunque se desmantelan las viviendas, el valor simbólico de su edificación y estabilidad permanece. La geógrafa Beatrice Collignon (2010), por ejemplo, realizó un estudio de los inuits de la zona norte de Canadá, en el que profundiza sobre su vida doméstica en el espacio de sus tiendas e iglús y de las dificultades que este pueblo ha afrontado por la presión que ha recibido por parte del gobierno para ubicarlos en casas convencionales.

Entonces el valor de estabilidad y permanencia que brinda la casa no está obligadamente ligado al hecho de que la casa se mantenga fija en un lugar o a su estructura física. Lo que sus habitantes construyen en ella (no sólo materialmente), lo que perciben, imaginan, esperan, las decisiones que toman en su día a día, lo que simbólicamente edifican será lo que le otorgue un valor de firmeza, permanencia, estabilidad y seguridad. La adaptación o construcción de un espacio lo concretiza; acordonarlo, delimitarlo, separarlo, ordenarlo, conglomerarlo, facilita que se lleve a cabo un habitar. Eso que naturalmente busca y brota del ser humano, tan natural como se muestra en los juegos de la infancia:

“Existe un juego al que muchos de nosotros hemos jugado en alguna ocasión cuando éramos niños, el de construir una casita y meterse dentro. [...] el juego consiste en utilizar los materiales más a mano para acorralar un espacio y tomar posesión de él. El truco está en generar un espacio de aparición, en hacer que surja un lugar dentro del cual nuestro yo

niña o niño se inserta con la ilusión de estar en una dimensión diferente; un espacio feliz, confortable y propio sobre el que tenemos certeza de que dentro de sus límites la vida no es igual que fuera [...] un lugar que, a pesar de tener una estructura muy simple y constituir un ámbito reducido, reúne las condiciones para hacer que la vida se anude y condense con especial intensidad” (González, 2013:107).

La cita anterior describe con mucha sensibilidad un efecto de la casa sobre los humanos, en tanto espacio amurallado y delimitado; y en tanto espacio apropiable. Quiero resaltar cuando se refiere a un lugar que “reúne las condiciones para hacer que la vida se anude y condense con especial intensidad” pues considero que este es uno de los factores más difíciles de explicar y sistematizar sobre el vínculo entre el sujeto y la casa, y que siempre está presente. La idea de “un espacio de aparición” es una característica importante que el sujeto busca en los lugares que habita, que es la capacidad que estos últimos tienen de condensar, y que de esta manera brindan una sensación de acogimiento; pero que además ese condensar se traduce en algo más profundo: una sensación de que el lugar sirve para darle sentido a lo que en él se lleva a cabo. La casa entonces exalta y da sentido a la vida cotidiana y todo lo que en ella se desarrolla, es un lugar en principio pensado para facilitar el habitar, es decir, un lugar que nos permita *ser*.

La tradición de enterrar a los muertos o guardar sus cenizas en construcciones pequeñas (a veces singularmente grandes) que asemejan casas, es ejemplo de lo que la casa representa en el imaginario. Estas casitas no tienen un propósito utilitario, o la emergencia de cubrir una necesidad, son un mero símbolo, son un altar. ¿Por qué las cenizas de un muerto o el cadáver enterrado metros bajo tierra necesitaría de una casa?, por su valor simbólico, esta construcción para los muertos es una seguridad para los vivos, son ellos los que se sienten tranquilos pensando que su difunto tiene un lugar donde está seguro, cuidado e incluso presente, pues de alguna manera protege el recuerdo de lo que fue, “vive” en esa casita.

En el acto fundacional como en el de residir, existe la necesidad de encontrar algo a partir de lo cual erigir la vivienda o establecerse, algo que le quite la condición de desconocido y ajeno al lugar. Dice Eliade que las sociedades tradicionales evocan fuerzas que les sirven como señales y que rompen la homogeneidad del espacio: “se pide un *signo* para poner fin a la

tensión provocada por la relatividad y a la ansiedad que alimenta la desorientación; en una palabra: para encontrar *un punto de apoyo* absoluto” (Eliade, 1998: 31).

Aunque menos ritualístico y devocional, el hombre moderno se sirve de sus propias formas para confrontar esta sensación de lo desconocido y de lo nuevo. Como se puede leer en el acto de colgar una foto o un cuadro en la pared de la casa nueva, o en la ceremonia de inaugurar un espacio: mediante ciertas acciones encontramos la manera de convertir el espacio que habitamos en un lugar de identificación, que nos dé un sentido de orientación, un punto de partida.

Volviendo a la relación lingüística que Heidegger hace entre el construir y el habitar, hay una connotación en habitar que evidentemente refiere a la palabra *habitual*, que implica “lo que se conoce”; no es casualidad que tengan la misma raíz hábito (*habitus*) y hábitat. Dice Schulz que esto significa que el hombre conoce lo que se ha vuelto accesible para él a través de habitar. Por lo tanto, si construimos para habitar, Schulz concluye que habitar significa también reunir el mundo en una construcción o cosa de concreto, entonces el acto arquetípico de construir es cercar o encerrar; y el hombre habita cuando es capaz de concretizar el mundo, su mundo, en construcciones (Schulz, 1979). Esto nos lleva a la palabra *concretizar*, si algo es habitual significa que es parte de lo cotidiano, del *lebenswelt*. Lo habitual o lo que se conoce está reunido en la experiencia de habitar, lo cotidiano se convierte en el mundo habitual de cada persona, es decir una concretización del mundo⁴.

La casa es una construcción que con sus paredes encierra al hombre para protegerlo del mundo exterior, pero no sólo le ofrece una protección, sino que sus fronteras le aseguran una unión con el mundo, al concretizarlo. Heidegger pensaba como los griegos, que las fronteras no son aquello ante lo cual algo se detiene, sino aquello a partir de lo cual comienza la presencia (el ser) de ese algo (Schulz, 1979).

Esta idea de la *concretización del mundo*, refuerza el sentido ontológico del habitar, pues propone que en la relación entre la construcción, el habitar y el sujeto se está creando un

⁴ En este texto es muy claro Schulz: tratándose de un teórico de la arquitectura, hace hincapié en que concretizar es lo que el arte tiene como tarea, a diferencia, o en contraposición con la ciencia que se ocupa de “abstraer”. El arte concretiza lo que yace entre los “objetos puros de la ciencia” (“Work of art concretize what remains “between” the pure objects of science”).

universo, el del sujeto. Eliade observa esto como la fundación de un mundo: “Cuando la instalación ya no es provisional, como entre los nómadas, sino permanente, como entre los sedentarios, implica una decisión vital que compromete la existencia de la comunidad por entero. *Situarse* en un lugar, organizarlo, habitarlo son acciones que presuponen una elección existencial: la elección del Universo que se está dispuesto a asumir al *crearlo*” (Eliade, 1998). Y, por si fuera poco, reafirma la trascendencia de esta actividad al sostener que “la instalación en un territorio equivale a la fundación de un mundo” (Eliade, 1998).

Para Bachelard, la casa es “nuestro rincón del mundo”, el primer lugar que conocemos, que nuestro cuerpo experimenta al tiempo que desarrolla su motricidad. Antes de conocer cualquier otro lugar a la perfección, está la casa, es “nuestro primer universo, es realmente un cosmos” (Bachelard, 1987:34).

Si bien es del conocimiento de todos que habitamos un planeta, este no es un hecho que tengamos presente todo el tiempo, no vivimos en permanente conciencia de estar en un cuerpo celeste que orbita alrededor de una estrella. Lo que en cambio se percibe y se mantiene presente es el mundo de la vida cotidiana, los lugares de la vida cotidiana se convierten en el referente del mundo de cada persona y son su conexión más inmediata con la Tierra. En este sentido el lugar de partida de la vida cotidiana es la casa.

La casa es el centro de la red de lugares y desplazamientos que forman el mundo cotidiano de cada persona, es decir en el día a día un sujeto se desplaza de su casa a distintos lugares retornando siempre a su vivienda; de la casa al trabajo, a la escuela, o a algún otro lugar donde realice alguna otra actividad y siempre de regreso a la casa. La casa es el centro del mapa mental de su vida cotidiana. La casa u hogar es también un centro en un sentido existencial, es el punto desde el cual se origina el universo de los sujetos, y que simbólicamente representa el espacio que propicia un nacimiento, lo hace como lugar matriz, análogo al vientre materno: “la casa, el vientre, la caverna, por ejemplo, llevan en si la gran marca del retorno a la madre” (Bachelard, 2006). Y no solo existe una homologación con el vientre materno en tanto origen, sino con todo el cuerpo humano.

En culturas arcaicas resalta la relación entre cuerpo, templo, casa y cosmos, en tanto sistema de condicionamientos que se asume (Eliade, 1957: 150). Es decir, que existe una correspondencia en el orden que el hombre premoderno instaure e interprete de ellos:

“El hombre religioso de las sociedades tradicionales ordena su casa y su templo como un cosmos, que figura y se configura con el cuerpo [...] La casa y el templo reproducen el cosmos a escala humana y el cuerpo humano es el primer cosmos, su postura vertical es la de un *axis* [...] pero también es un principio existencial, condición de presencia en el mundo, agente de las simbolizaciones y espacio donde experimenta la unidad con lo otro” (Villanueva, 2014: 49).

Por ejemplo, en la cosmovisión indo-budista se piensa en el cuerpo (microcosmos), como un reflejo del universo (macrocosmos), para ellos la columna vertebral es el eje central del cuerpo y representa el Monte Meru, símbolo del “centro del mundo”. Y el cuerpo humano (al igual que la casa y el territorio habitado), al ser equiparado con el cosmos, se asimila también a una casa: en el antiguo texto yoguico *Goraksha Shataka*, se lee una descripción del cuerpo como “una casa con una columna y nueve puertas” (Eliade, 1957:152).

La relación más inmediata entre cuerpo y casa viene de la idea de caparazón, “se habita en el cuerpo de la misma manera que se habita en una casa o en el Cosmos que se ha creado uno a sí mismo” (Eliade, 1957: 108). Eliade opina que el cuerpo del hombre moderno está privado de toda significación religiosa y espiritual y que de igual forma su morada ha perdido sus valores cosmológicos. Sin embargo, sí existen formas, que, si bien no son religiosas, demuestran que seguimos relacionando estas ideas. El cuidado y acceso que las personas le damos a nuestra casa es similar al de nuestro cuerpo, ya que los percibimos como lugares íntimos y vitales. El templo, la casa y el cuerpo se conciben como envolturas de algo que no debe ser transgredido.

Así como en el interior de un templo o recinto sagrado queda transcendido el mundo profano, algo similar ocurre con el umbral o la puerta de las habitaciones y de las moradas (Eliade, 1957: 17), la casa tiene un valor similar al de un templo cuando al cerrar la puerta o entrar en ella se experimenta la distinción de dos mundos, donde uno es el mundo de la calle, de lo ajeno, de lo carente de significado y el otro es el mundo propio, de identificación y que por lo tanto merece un cuidado especial.

Dice Eliade sobre las sociedades religiosas: “instalarse en cualquier parte, construir un pueblo o simplemente una casa, presenta una grave decisión, pues la existencia misma del hombre se compromete con ello: se trata, en suma, de crearse su propio *mundo* y de asumir

la responsabilidad de mantenerlo y renovarlo. No se cambia de morada con ligereza, porque no es fácil abandonar el propio *mundo* y de asumir la responsabilidad de mantenerlo y renovarlo” (Eliade, 1998. p.46). En las sociedades modernas se conserva algo de esto: cuando se proyecta una casa como la casa que se habitará en el futuro, o como la casa que alberga el pasado, se está instaurando un mundo, un mundo que se busca construir o preservar. Podemos observar este rasgo en la indecisión de vender una casa por el valor sentimental que puede tener para la familia o en la emoción y esperanza que le genera a alguien toda la planeación alrededor de su futuro hogar.

Por ser el espacio arquetípico de la fundación; cada vez que alguien se cambia de casa implica un nuevo comienzo. De hecho, en las sociedades tradicionales cada ritual fundacional consistía en fijar el primer poste, piedra, fuego o ladrillo que sería el punto central desde el cual se va a erigir el asentamiento y el cual proporciona el báculo de seguridad para un buen nuevo inicio. Así, dice Eliade que “toda construcción y toda inauguración equivale a un nuevo comienzo, a una nueva vida”, de lo cual todavía quedan rastros en las sociedades modernas cuando se da la instalación de una nueva morada. Existe un consenso sobre la sensación de *nuevo comienzo* que genera mudarse o habitar una casa nueva.

Vicente es estudiante de maestría en la UNAM, tiene 30 años. En la conversación que tuvimos me platicó que a lo largo de su vida él se ha cambiado de casa más de 7 veces, con su familia y solo. Por lo cual mudarse parecía algo a lo que él estaba muy acostumbrado:

“Sí, no lo había pensado, a lo mejor, pero fijate que a mí me gusta un chingo porque siempre que llegas a un nuevo lugar como que vuelves a nacer, no sé. Y esa sensación de cambio de casa tiene muy poca comparación con otras experiencias. Sí, yo siempre que me cambio de casa vuelvo a agarrar un chingo de optimismo, por más que no me sienta cómodo al principio, todo es nuevo, tu barrio es nuevo.”

Relacionado con esto, también existe en la sociedad moderna la creencia o idea de que cuando construyes o adquieres una casa has cumplido con uno de los objetivos más relevantes de tu vida, es el momento en que “echas raíces”, estás por fin haciéndote de un patrimonio, lo cual es lo mismo que adquirir un espacio en el mundo, delimitar tu pedazo de universo. Alicia Lindón, en su trabajo sobre este imaginario colectivo de la adquisición de la casa, al que llama “el mito de la casa propia”, imagen que refleja el valor de la casa en la conexión

del sujeto con el mundo dice: “La casa propia en tanto mito, se constituye en una verdad (a veces fantasiosa) de alto contenido emotivo, que goza de extraordinaria estima o valoración social y que construye una forma de vínculo con el mundo y con el territorio periférico en particular”(Lindón, 2005).

Los espacios domésticos como la casa no sólo adquieren su particularidad con recuerdos y experiencias pasadas, sino también por el habitar cotidiano, por la relación del día a día de sus inquilinos con ese espacio y sus repeticiones. “Un lugar habitado por la misma persona durante un cierto periodo dibuja un retrato que se le parece, a partir de los objetos (presentes o ausentes) y de los usos que suponen” (De Certeau, 2010), la casa personifica a sus habitantes, tal vez sea el lugar que mejor refleja al sujeto, adquiriendo una especie de vida, convirtiéndose en un ser en permanente diálogo con quien la habita y en dicho proceso, la casa, se va moldeando una “personalidad” propia.

En la antigua Roma existía la creencia de que cada lugar tenía una suerte de espíritu o aura conocido como *genius loci*. La arquitectura fenomenológica ha retomado este concepto para referirse a la atmósfera o esencia de los lugares que se construye a partir de sus particularidades como los colores, la temperatura, las actividades que se llevan a cabo, sus olores, su historia, etc. Por ejemplo, la atmósfera de un hospital es muy diferente a la de un museo, ambos lugares hacen que el visitante se coloque en distintos estados de ánimo que incluso el mismo ya reconoce con solo mencionarlos.

Las casas tienen su *genius loci* que también depende de todas estas particularidades y sobre todo de la convivencia y el rastro que sus habitantes van dejando en ella en el día a día. Ya que esta personalidad de las casas se nutre de las experiencias vividas en ellas, y de la esencia de las personas que la han habitado, el *genius loci* es parte del valor simbólico de las casas.

María de 32 años llegó de Puebla a estudiar a la Ciudad de México hace ocho años, los primeros meses se instaló en casa de sus abuelos. Para tener más privacidad, la familia le sugirió que se instalara en la casa de al lado que era de su tío, quien había fallecido cuatro años atrás. Hasta ese momento nadie de la familia había querido entrar a esa casa a mover objeto alguno, porque, dice María, que la casa les revivía recuerdos.

María: lo que pasa es que, como desde niña viví en Puebla con mis papás, a mí me tocó convivir muy poco con mi tío, entonces para mí no era tan fuerte entrar a esa casa, no

representaba lo mismo que para el resto de la familia, porque además los recuerdos que yo tengo de mi tío son de cuando él vivía en otra casa. Entonces, como yo sí quería tener más privacidad...y pues esa era una casa completa para mi solita, no lo pensé mucho y obviamente me mudé ahí. Entonces, te digo que yo realmente no relacionaba mucho esa casa con mi tío... hasta que... ¡fíjate qué loco!, cuando empecé a vivir ahí si empecé a tener como... pues como una convivencia extraña con mi tío...difunto no?... o sea y no porque yo crea en fantasmas o algo así...si no que su “persona” estaba impregnada en toda la casa. Yo terminé de conocer a mi tío por esa casa, o más que conocer, me creé un personaje de él a partir de todo lo que había ahí. Para mí fue muy padre, a veces si era extraño, pero casi siempre disfrute la experiencia, veía sus libros, sus películas... había una repisa con casetes y una casetera, entonces ahí me ponía a escucharlos...seguro ese hubiera sido un buen punto de encuentro entre los dos... así conocí a Rockdrigo, escuché mil veces un casete que tenía en su cuarto... y pues es chistoso no?, esa conexión que tuve con mi tío...cómo esa última convivencia que tuve con él, fue a través de la casa.

Y fue chistoso porque a partir de que yo estuve habitando la casa como que para los ojos de mis familiares la casa fue perdiendo ese como estigma por llamarle de alguna manera... ese estigma de lugar prohibido al que no se atrevían a entrar, y entonces una tía que ella tiene su casa aquí en la Ciudad de México, pero con el pretexto de estar cerca de mis abuelos empezó a ir, y se quedaba conmigo ahí en la casa de mi tío, y cada vez iba más seguido hasta que terminó por quedarse ahí... yo cada vez veía más y más cosas suyas en la casa. Entonces fue cuando decidí cambiarme de casa y empecé a compartir con roomies.

Ya tiene casi diez años que mi tía vive ahí y que toda la familia hace uso de la casa cuando lo requieren, pero para mí la casa sigue teniendo toda la marca de mi tío porque ahí siguen sus cosas, ah bueno y aparte creo que el construyó esa casa... bueno...ya no es como la primera vez que entré ahí, pero digamos que sí tiene su vibra muy particular.

Esta historia que nos narra María es un claro ejemplo del *genius loci* de una casa, construido por el habitar de alguien que vivió en ella varios años, y que acomodó las cosas de cierta manera. Sus objetos pasaron a formar parte de ella, como los órganos de un cuerpo. Quizá para sus familiares no sólo la casa les traía recuerdos, sino que franquear el umbral significaba romper un orden que alguien había establecido ahí, y aunque esa persona ya no

estaba, la casa le representaba, mover los objetos o sacarlos de ahí podía resultarles irrespetuoso, como desajustar una pieza de algo que nadie quería perturbar.

José Antonio de 28 años, cuenta que nació y creció en Tulancingo, Hidalgo en un rancho donde estaba la casa de sus abuelos, la cual sigue ahí intacta:

La casa donde vivíamos era también la casa de mis abuelos, y pues es algo interesante porque no es la única casa donde vivimos ni la última, fue una casa, que, pues sí querían mucho y que tenía como toda su huella, entonces yo conviví básicamente con todo ese mundo pasado. Y de alguna forma, aunque ya no vivieran mis abuelos era una especie de vínculo muy estrecho con ellos. Y en la misma casa incluso algunos objetos de ellos quedaban, objetos personales, no sólo los muebles sino cosas más genéricas. También ropa, cosas así, muy loco, había me acuerdo un armario, que estaba lleno de cosas... uno de mis deportes de niño era buscar qué había. La casa tenía no sé cuántos armarios, pero ese particularmente era el más grande. Más que un armario era un closet, pero un closet enorme, entonces tenía hasta lo que no te imaginas...

Como vemos en estos dos casos, parece que en las casas las personas podemos llegar a sentir a alguien que no está ahí, incluso si esa persona está de vacaciones o por la razón que sea no se encuentra en su casa, ese lugar tiene su huella que el día a día ha ido grabando, al habitarla ha dejado su esencia ahí impregnada.

El armario en la casa de la familia de José Antonio era como una máquina del tiempo, donde él podía viajar al pasado e imaginarse cómo era la vida cotidiana de sus abuelos en esa habitación, y en toda la casa. El habitar de las tres generaciones en esa casa ha resultado en que la casa sea una extensión de la personalidad de la familia, es un lugar con un alto valor simbólico. No sería tan fácil para la familia, como menciona Eliade, vender la casa y abandonar ese mundo que es suyo y que los representa a ellos y a su historia; y que además para José Antonio es el lugar que concretiza el mundo de su infancia.

En las narraciones de los entrevistados encontré que los recuerdos de la infancia sobresalen por tener imágenes muy claras de las casas que habitaron en esa época, y coinciden en que

las recuerdan como el espacio doméstico con mayor valor afectivo, como su referente de *hogar*.

Las vivencias de la infancia figuran entre las memorias que los humanos más atesoran. Existe algo en esos momentos de sus vidas que al relatarlos pareciera como si sus mentes se trasladaran a un lugar acogedor, nostálgico y un tanto idílico. La casa de la infancia es el escenario de muchos de estos recuerdos, un espacio de seguridad y paz en la memoria, en nuestro más antiguo recuerdo, ese lugar donde nacimos y crecimos era un refugio familiar, un lugar que nos resguardaba de los posibles peligros del exterior. El valor de este lugar del pasado lo describe Gastón Bachelard cuando dice: “sólo debo decir de la casa de mi infancia lo necesario para ponerme yo mismo en situación onírica, para situarme en el umbral de un ensueño donde voy a descansar en mi pasado” (Bachelard, 1956:43).

Xavier, de 32 años, platica que vivió sus primeros años en San Cristóbal de las casas, sus papás todavía estaban juntos y tenían una casa estilo colonial con jardín en el centro. Dice Xavier que de todos los lugares donde ha vivido, esa casa en Chiapas es la que ha sentido como más hogareña y de todas las habitaciones que ha tenido en la vida, el cuarto de esa casa es el que ha sentido más suyo:

Sí, ese cuarto...pero tiene que ver con las memorias, aunque ya no existan. Ese cuarto es el que más he sentido como mío, mío, dónde crecí, donde diario la cosa que veía al día siguiente ahí estaba.

La experiencia de haber crecido ahí, en un espacio que le brindaba libertades, estabilidad y entretenimientos suficientes para un niño, además de haber sido el espacio que sostuvo la época en que vivió con sus papás y su hermana, es decir, que seguramente ese espacio tenía un valor importante en tanto seno familiar; de ahí que en su memoria se conserve como el referente de *hogar* en su pasado.

Sí, tiene que ver con dos cosas: el espacio era amplio, los espacios eran determinados a ciertas acciones de la casa, y dos había mucha vida en esa casa, no solo vegetación. La vendieron cuando se separaron. [...] Era una casa de esas antiguas con patio central. Cuartos con techos altísimos, amplia, cada cuarto era del tamaño de este departamento, eran cuatro cuartos, todo así una herradura y en el centro un jardín gigante cuadrado, mi

hermana tenía cuatro gatos, dos tortugas enterradas. Cuando llovía veías cómo las tortugas salían con la planta encima y la dejaban en otro lado... neta así era, en navidad era el patio donde tirabas cuetes, entonces ya sabías que al lado de la bardita donde estaba el árbol de la guayaba ibas a prender los cuetes y corrías. O sea, está llena de tantos recuerdos, no sólo de infancia, sino tantos recuerdos, como los espacios eran tan agradables, tan amplios, tan bonitos, tan llenos de vida, eran... son recuerdos muy bonitos.

También Ana y Jacinto, de 22 y 31 años respectivamente, cuando les pregunté sobre el lugar en el que se han sentido más cómodos e identificados, los dos hicieron referencia a la habitación de la casa familiar de su infancia. Ana explicó que es debido a que esa habitación, en Teotihuacán, donde ella creció y todavía viven sus padres, sí es suya totalmente, a diferencia de las habitaciones que ha tenido que compartir desde que decidió rentar cerca de la universidad. Y la misma razón da Jacinto, a pesar de que él, desde que se salió de casa de sus padres, ha rentado en espacios donde tiene un cuarto para el sólo, cuando le pedí que me dijera qué lugar le viene a la mente como referente de *hogar* me contestó: *me viene mi cuarto, de la casa... excasa de mis papás. Ese cuarto...sí, ese espacio era mío.*

Pareciera que en la infancia el sentimiento de apropiación se deriva de otros sentimientos como el de bienestar o el de familiaridad, pues en los primeros años de la vida, en muchos casos, no se percibe la situación legal bajo la cual se está habitando una casa, y simplemente se sabe que existe un refugio al que siempre puedes llegar, donde tú y tu familia habitan, y esto lo convierte en tuyo. Con el paso del tiempo el sentimiento va cambiando, de acuerdo con Bachelard “nuestra vida adulta se halla tan despojada de los bienes primeros, los lazos antropocósmicos están tan relajados que no se siente su primer apego en el universo de la casa” (Bachelard, 1965). Sin embargo, algo en el pensamiento siempre vuelve al recuerdo de ese primer universo que es la casa de la infancia, quizá a veces no de manera consciente, a veces, como dice Bachelard, en los sueños: “la infancia es ciertamente más grande que la realidad. Para comprobar a través de todos nuestros años, nuestra adhesión a la casa natal, el sueño es más poderoso que los pensamientos” (Bachelard, 1965: 46).

La casa resulta una edificación del cobijo que la familia representa para el niño, la casa garantiza esta protección a su habitante: “contra el frío, contra el calor, contra la tempestad,

contra la lluvia, la casa es para nosotros un abrigo” (Bachelard, 1965). Pero esto no significa que siempre lo familiar conlleve sentimientos de protección y de resguardo, muchas personas han tenido experiencias no gratas en la infancia y en el seno familiar, que pudieran llevarles a sentir cierta aversión hacia los lugares de su infancia o por lo menos a no tener en su recuerdo esta idealización de la casa de la infancia.

Pero también los espacios se transforman sutilmente con el corto paso del tiempo, en cuestión de horas un lugar se puede percibir totalmente diferente. Dice Reinaldo Arenas: “no me cansaré de descubrir que el árbol de las seis de la mañana no es este de las doce del día, ni aquél, cuyo halo nos consuela al anochecer. Y ese aire que en la noche avanza, ¿puede ser el mismo de la mañana? Y esas aguas marinas que el nadador del atardecer surca cortándolas como un pastel, ¿son acaso las de las doce del día?” (Arenas, 1997).

El factor de la rutina y lo cíclico, le da cierta personalidad a la casa, la de un lugar que se mantiene, permanece intacto y al mismo tiempo se transforma. El espacio de la casa se ve personalizado por una variedad de “estados de ánimo” según la luz, los colores, las sombras, el frío o el calor; cada rincón cambia de temperamento conforme avanzan el día y la noche. Ese ciclo, esa rutina son también el soporte del paso del tiempo, su edificación es desde alguna perspectiva un desafío al tiempo, permanece a pesar de este.

Podemos palpar en las ruinas la cualidad que tiene una casa de permanecer y al mismo tiempo de transformarse, éstas constatan un momento vivido. Las ruinas pareciera que defienden ese momento casi con cierto orgullo callado, y la atmósfera que les rodea atestigua silenciosamente lo ocurrido, sellando en el espectador un sentimiento de que lo que está presenciando es algo que tuvo vida en un tiempo pasado, pero que no está completamente muerto.

Las ruinas de una casa son la evidencia de la fortaleza con la que su estructura alguna vez albergó a alguien. Toda casa alguna vez sostuvo el momento presente, la historia del pasado y las proyecciones del futuro: “el pasado, el presente y el porvenir dan a la casa dinamismos diferentes, dinamismos que interfieren con frecuencia, a veces oponiéndose, a veces excitándose mutuamente.” (Bachelard, 1965: 36). La casa de la infancia no es la misma cuando de niños habitamos en ella que décadas después. De ahí la nostalgia al visitar la casa donde alguna vez habitamos.

2.3. Cuidado, pertenencia y apropiación del espacio doméstico

Entre las narraciones de los entrevistados, encontré como común denominador una relación entre pertenecer, apropiarse y cuidar, que es importante analizar. Así como en la infancia existía una seguridad de que los espacios de la casa familiar nos pertenecían, existen procesos de involucramiento que trascienden los contratos de propiedad con los cuales también aflora el sentimiento de pertenencia.

Líneas arriba se explicó que habitar implica: ser y tener; tener un hábito que se manifiesta en el vínculo cotidiano con un espacio, y que en dicho proceso se va moldeando una identidad. La construcción de esta identidad está ligada a significados que el sujeto le confiere al espacio - en este caso al espacio doméstico que habita- como por ejemplo el sentimiento de apropiación o pertenencia del lugar. Este tipo de apropiación será mencionada repetidas veces en el presente trabajo, por lo cual es importante aclarar que se trata de una pertenencia donde el sujeto identifica el espacio como suyo al mismo tiempo que él se siente parte del espacio (pertenece al espacio).

Pensemos nuevamente en este *tener* que trasciende la posesión material, me refiero a una apropiación simbólica, que no es el derecho de propiedad, sino una apropiación afectiva. De acuerdo con Sergi Valera “cuando el espacio construido y el espacio urbano, rebasan la mera categoría del soporte físico de las actividades y generan un proceso de identificación con los individuos que los viven, se produce una apropiación simbólica de estos espacios, pues permiten a los individuos y grupos establecer una interacción dinámica con el entorno, apropiarse de él y establecer un sentimiento de pertenencia” (Valera, 1996:16)

Por ejemplo, Jacinto actualmente comparte departamento con un amigo en la colonia Escandón, vivió hasta los 17 años con sus padres en la colonia Roma, a esa edad decidió salirse de la casa de su familia porque discrepaba de su padre en varios aspectos. Sin opciones a donde ir, él y sus amigos se juntaban en una cancha pública de basquetbol a pasar juntos todo el día y la noche:

Conocí a unos amigos en la colonia Juárez malvivientes que me llevaron a las drogas y al alcohol...entonces vivía con ellos en la calle, hasta que uno de ellos nos invitó a vivir a uno de sus departamentos en la calle de Lisboa...vivíamos en una cancha de basquetbol que hay

en la colonia Juárez en la calle de Marsella... aproximadamente como año y medio o dos, estuve oscilando entre la cancha o el departamento de mi amigo.

[...] entonces la cancha era como nuestra casa, ese espacio era nuestro...y todavía la cancha está ahí y hay veces que están muchos amigos que hice... obviamente conocí a gente muy mala... y a gente muy buena... sobre todo gente que siempre sus familias han vivido en la Juárez toda su vida... entonces a veces me voy a caminar a la Juárez y todavía hay gente que conozco y nos saludamos y obviamente me meto a la cancha porque está al aire libre ¿no?...cualquier persona puede entrar... y hay veces que me siento ahí y medito.

Sin tener la propiedad legal de ese espacio, los jóvenes que se reunían en la cancha se apropiaron de él, se identificaron con él y como grupo les generó un sentimiento de identificación y pertenencia, que se quedó en sus memorias como un lugar que fue suyo. Incluso para la gente de la colonia o para los transeúntes que pasaban por ahí, ver a los jóvenes en su dinámica en la cancha, les daba una impresión de que ese espacio estaba siendo apropiado por ellos, y quizá por miedo o por desconocimiento, no se sentían con la confianza de entrar a la cancha aunque se tratara de un lugar público:

Tal vez en la noche la gente no se atrevía a meterse porque veía malvivientes. Pero en las tardes nos poníamos a jugar básquet o fútbol, había chicos y jugábamos y la pasábamos muy bien. Bebíamos mucho ahí, había un Oxxo a la vuelta, sigue habiendo un Oxxo a la vuelta de la cancha y bebíamos un chingo ahí.

Este tipo de apropiación simbólica es muy común en los espacios públicos de las ciudades, se encuentra en una constante fluctuación y depende de una variable alta de factores como la hora del día, la inseguridad, la percepción del miedo, el tipo de colonia, la posibilidad de participación de la gente, la apariencia del lugar: limpio, oscuro, vacío o concurrido, etc. De igual manera, como vemos en el caso de Jacinto, es típico de las ciudades que la apropiación simbólica de los espacios públicos se dé como consecuencia de la necesidad de habitarlos por parte de cierto sector de la sociedad que, por las razones que sean, no cuentan con una vivienda a la que puedan o quieran llegar a dormir.

Si Jacinto habitó la cancha haciendo uso de ella, estando ahí, jugando, conviviendo, y pernoctando, esto nos lleva a cuestionarnos si para habitar realmente se necesita una vivienda y si toda vivienda garantiza un habitar. Sobre esta discusión Angela Giglia opina que “aún

en condiciones extremas, en las cuales no existe ninguna seguridad en cuanto a la protección del espacio exterior e incluso cuando se vive en la calle, los seres humanos suelen apropiarse y simbolizar cierta porción de su entorno creando un pequeño ámbito doméstico” (Giglia, 2012: 11). Lo podemos observar en las instalaciones con colchas y cartones bajo los puentes de la Ciudad de México, en las entradas de edificios abandonados o hasta en una banca de parque, las personas *sintecho* buscan y acondicionan espacios inhóspitos para tener un lugar donde habitar.

Por lo tanto, habitar existe a pesar de las características materiales de las construcciones y en cualquier condición en la que nos encontremos, siempre existe la intención de habitar. Entre las primeras preguntas que surgen aquí están: ¿qué es por lo tanto habitar?, teniendo en cuenta el ejemplo de Jacinto: ¿qué es esa búsqueda o necesidad que todo humano persigue por hacerse de un lugar para estar?

Continuando con Giglia, ella propone como respuesta a estas preguntas, que habitar tiene que ver “con la capacidad humana de interpretar, reconocer y significar el espacio. Es ésta una definición de habitar que se basa en la noción de presencia en un lugar. El habitar es la relación de un sujeto —individual o colectivo— con un lugar y en relación con sus semejantes” (Giglia, 2012: 11).

Esta idea marca una de las directrices que queremos tomar para entender en qué consiste habitar, como vemos depende más de las acciones, las prácticas, las representaciones y significaciones en torno al lugar que se pretende habitar, y una construcción con los requisitos de lo que se entiende por vivienda no es la única vía. Como ya se dijo anteriormente no son las construcciones las que determinan las formas de habitar, sino que es por el habitar que se construye. Sin embargo, en un mundo donde la norma es vivir en construcciones, éstas pueden facilitar o no que el habitar ocurra, o pensado de otra manera: es a partir del habitar que un espacio puede convertirse en un lugar habitable, aún si se trata de una construcción diseñada para ese u otro fin.

Volviendo con el concepto de la apropiación simbólica, una acción que propicia que esta se lleve a cabo es el *cuidar*. En el ejercicio de cuidar cautelosa y asiduamente algo, o incluso a alguien, se va generando un vínculo en el cual se siente que eso es tuyo, es parte de ti. En el

caso de un lugar ocurre que ese lugar se empieza a percibir como propio, y en la identificación que nace en este proceso, las personas sentimos también que pertenecemos a ese lugar.

Heidegger relaciona el habitar con cuidar, velar por, o custodiar. Basándose otra vez en el lenguaje, toma el antiguo sajón *wuon* que tiene su raíz en *wuniam* (residir) que significa estar en paz, preservado de daño, cuidar, resguardar (Heidegger, 1951). Al mismo tiempo que el espacio cuida al habitante, el habitante, al habitar, cuida ese espacio y lo que éste contiene, lo procura. Al cuidarlo y trabajar por él, se genera un sentimiento de apego, de pertenencia o identificación con el lugar.

Cuando, por la razón que sea, las personas se sienten involucradas con el lugar donde habitan, se pueden percibir una serie de acciones que se pueden traducir en medidas para cuidar ese lugar; al conjunto de estas acciones las podemos identificar como intentos por establecer un orden. Este orden, dice Giglia, “consiste en establecer ciertos lugares para ciertos objetos y cierto uso para los espacios y negociar con los otros habitantes las reglas y los tiempos de uso de cada espacio dentro de la vivienda” (Giglia, 2012). Esta iniciativa aparece cuando existe un involucramiento con el espacio, es decir una identificación o algún tipo de sentimiento de apropiación del espacio doméstico.

Ocurre, y esto es común escucharlo, que cuando algo le requiere un esfuerzo mayor a alguien, éste valora más ese algo. Al parecer, en el caso de los espacios domésticos ocurre lo mismo, según el nivel de involucramiento las personas se sienten más identificadas con el lugar que habitan y por lo tanto generan un mayor sentimiento de apropiación que también es proporcional al cuidado que le brindará. Se puede percibir esto en alguien que ha ahorrado años para comprar o construir una casa, o en quien trabaja y destina la mayor parte de su salario a la renta de una casa o un departamento, generalmente estas personas se perciben más involucradas en el cuidado de su vivienda y en hacer de ésta un hogar.

Mientras que aquellas personas que, por ejemplo, destinan poco dinero a un espacio que ocupan sólo de dormitorio difícilmente crean un sentimiento de apego a ese lugar. Es el caso de José Antonio, quien rentó una habitación en un departamento cerca de la Universidad, el espacio era muy reducido ya que estaba fraccionado en dormitorios, pensando en estudiantes que pasan ahí poco tiempo de su vida por cuestiones de practicidad:

Ahí llegué porque estaba buscando un lugar para vivir cerca de la universidad, en primer año estaba yendo mucho a Hidalgo, haz de cuenta que tomaba clases de lunes a jueves y el viernes me iba, ya así llegaba hasta el mismo lunes, me iba de viernes a lunes, entonces estaba como medio tiempo. Me era muy cómodo tener un lugar así que no implicara gran responsabilidad para mí. Más que pagar una renta con los servicios incluidos a la casera...

Jacinto en cambio, se ha esforzado por generar un vínculo más estrecho con el departamento donde vive actualmente. El departamento donde pasó su infancia con su familia lo perdieron en el temblor del 2017. Cuando esto ocurrió, él había regresado a vivir ahí con su familia y tras este suceso se mudó al departamento en la colonia Escandón donde vive actualmente. En un principio llegó ahí gracias a que tenía unos amigos que estaban rentando ese espacio y solidariamente lo invitaron a vivir con ellos. Pasado un año la pareja de amigos se mudó a otra ciudad y entonces Jacinto se quedó con el departamento, firmando el contrato a su nombre y pagando los depósitos necesarios. De alguna forma fue como mudarse nuevamente y empezar desde cero, porque también tuvo que invertir poco a poco en muebles pues sus amigos vendieron todo para aminorar los gastos de su mudanza.

Desde que salió de casa de sus padres Jacinto osciló entre la casa familiar, casas de amigos y un departamento, que él describe como “horrible”, en un tercer piso en la colonia Juárez. En su narración se puede percibir que, según la situación y sus experiencias, cada lugar donde vivió tuvo un valor distinto para él y por lo tanto un vínculo particular, que finalmente lo han llevado a valorar el espacio donde actualmente vive:

El departamento que tenía ahí en la Juárez, que el edificio estaba feo y estaban los malvivientes esos, a mí ni me dieron ganas de hacerle nada. De hecho, nos faltó siempre una puerta en un cuarto y le puse ahí una cobija, nunca le puse una puerta.

La percepción estética de ese lugar y la sensación de inseguridad influyeron en la forma desinteresada y sin cuidado de involucrarse con ese lugar. Lo mismo que el esfuerzo que le requería pagar la renta:

[...] la renta en ese lugar estaba en 3000 pesos, no me costó nada. No tenía que pagar luz porque no sé qué “deal” había que no llegaba el recibo. Entonces como no me costó casi nada... pero aquí, que me costó dos depósitos más renta, comprar nuevos muebles [...] Pues

es como mi tiempo y mi vida invertida en este lugar. Y como además perdí mi hogar, perdí mi casa. Necesito formar un hogar... tal vez por eso, por todas esas cosas es que estoy esforzándome tanto por mantener este lugar.

Jacinto siente que ese lugar es suyo, por todo lo que ha invertido en poder rentar el departamento actual, incluso él comparte ese departamento con un amigo, bajo el entendido de que es su departamento, y que el amigo es quien vive en el espacio de Jacinto. Esto Jacinto lo consigue teniendo el contrato a su nombre y sobre todo pagando más renta que el amigo. Pero además hay otras condiciones que hacen que él sienta esa apropiación del lugar. Por ejemplo, pintó y arregló todo el departamento a su gusto, y él eligió y compró los muebles con que cuenta el lugar. Además, ha establecido algunas reglas que le ayudan a mantener un orden y cuidar del espacio:

Es que tal vez, dada la situación, cuando mis amigos me dijeron que se querían ir a vivir a Tijuana, cuando me dijeron que si me quería quedar el departamento obviamente me dijeron que en primera tenía que juntar dos depósitos y la renta del mes. Era un chingo de dinero. Entonces me costó tanto conseguir ese dinero que pues no me voy a quedar el depa y ya voy a hacer un desmadre... como que dices “wey esto puede ser una inversión”. Dos, ellos tenían muebles, y los vendieron todos para hacer una nueva vida allá, y a la fecha en mi depa casi no hay nada. Entonces es... juntar el dinero y también como ver el espacio vacío y eso, no sé como que yo me planteé una meta, “voy a hacer esto, esto, esto y esto”. Por ejemplo, iba a pintar el departamento, ahorita ya terminé de pintarlo, voy a empezar a comprar muebles... si yo no pusiera reglas o eso, no habría como una línea o un hilo conductor que me llevara a cumplir esas metas. Así que tal vez por eso hay reglas. Además, también si yo tengo unas metas con mi casa y eso, obviamente si vivo con gente que no me funcione para llegar a esas metas también me estoy metiendo el pie.

En el caso de Armando de 23 años, quien actualmente vive solo en una habitación en el barrio de Santo Domingo, antes rentaba una casa con tres amigos más, todos pagaban lo mismo de renta ya que la dividían equitativamente y lo mismo que el depósito, y tenían la ventaja de que a todos sus papás los apoyaban económicamente. Explica Armando que a pesar de los roles que cada quién fuera tomando en el grupo, la responsabilidad del espacio no recaía en

ninguno en particular y todos tenían los mismos derechos sobre él. En este caso vemos que existieron otras formas, en su mayoría colectivas de apropiarse del lugar:

Una cosa que intentamos hacer y que funcionó al principio fue que, con amigos de la facultad, e incluso de otras facultades intentamos hacer como un círculo literario. Y las reuniones, todos lo sabíamos, iban a ser ahí. Entonces sí tuvimos como unas cuatro reuniones en las que por la noche los viernes o sábados, llegábamos a discutir textos que habíamos escrito. Entonces primero participábamos todos los que vivíamos ahí, pero justo los que no vivían ahí sabían que llegaban y como eran reuniones por la noche podían quedarse. Entonces esa fue una cosa que hicimos: intento de círculo literario que tenía su sede ahí. Por otra parte aunque suene burdo hicimos muchas muchas fiestas, mucha gente estuvo ahí y sabían que era un lugar al que podían llegar siempre, que era tanto suyo como nuestro.

Para Armando y sus *roomies*, la forma de apropiarse del lugar se daba cuando entre todos hacían uso de él, en convivencias como fiestas u organizando el círculo literario. También, a pesar de que el lugar ya estaba amueblado, hubo algunos cambios que ellos realizaron que hacían que ellos sintieran más acogedor el espacio y sobre todo les hacía sentirse “como en casa”:

Mi cuarto particularmente no tenía demasiados elementos que se pudieran cambiar. Pero el de mi amigo sí... puso posters. Ah! Una cosa que hicimos, puede parecer muy sencilla, pero nos gustaba a todos, es que yo compraba focos que tenían luz blanca pero que también podían tener luces de colores, entonces en las fiestas o en días que queríamos escuchar música y conversar poníamos las luces de colores. También ahora, no durante el tiempo que yo vivía ahí, pero ahora que uno de mis amigos renta con otras personas han comprado muchas plantas. Entonces el lugar se ve muy diferente. Pues también creo que todos llevamos cosas muy importantes, quizá más de las necesarias ahí para sentir que estábamos en esa nueva casa casi tan a gusto como estuvimos en nuestra casa previa. Yo tengo una tortuga y la lleve ahí, entonces la veía y la sentía como si estuviera en mi casa.

Tanto en Jacinto como en Armando se puede observar que existe un interés por participar en el lugar, transformándolo aunque sea mínimamente, esta transformación es también una forma de establecer un orden y el orden es también el establecimiento de un mundo propio.

Recordemos que dentro del simbolismo de la casa ordenar el mundo propio implica cosmizar, organizar el espacio para darle un sentido. No es únicamente limpiar o poner las cosas en su lugar, sino tomar decisiones sobre ese lugar, transformarlo, incorporando los objetos que se desee. Para Angela Giglia (2012) entre ordenar el espacio y cuidarlo existe una relación fundamental, que además tiene una relación con el orden del mundo propio de cada cultura:

Se trata de un sin fin de gestos minúsculos y entrelazados, que hay que entender como prácticas rutinarias y al mismo tiempo como normas que regulan los usos, tanto individuales como colectivos. En otras palabras, el habitar y la domesticación tienen que ver con el establecimiento de un orden cultural (un orden espacial, que es un hecho cultural). Este orden rutinario pero al mismo tiempo cambiante, este orden como hecho externo pero al mismo tiempo internalizado (lo reconocemos fuera de nosotros y al mismo tiempo contribuimos a su producción), nos permite justamente sentirnos en casa, permite que nos sintamos ubicados en un determinado lugar. El orden doméstico tiene que ser constantemente restablecido y recreado (Giglia, 2012: 33).

Otro caso es la experiencia de Xavier con la actual casa de su mamá y su pareja, que en teoría es también su casa y construyeron un cuarto para él, pero que no lo considera completamente suyo, por esta razón él no lo percibe como un espacio con el cual pueda identificarse:

Es muy cabrón no tener un espacio propio, justamente en la dinámica con mis padres me he encontrado en una dinámica en que “esto es tuyo, pero aquí vamos a poner cosas de alguien más”, y “esto es tuyo, pero aquí vamos a hacer un no sé qué”, o “esto es tuyo pero aquí vamos a poner una cama para invitados”, o “esto es tuyo pero aquí vamos a poner un librero o ropero”. Como no tienes algo tuyo tuyo tu modo de ser como persona cambia, siento que tener la seguridad de algo tuyo te ayuda mucho como persona para desarrollarte y desenvolvete, entonces sí creo que sea necesario, en cierta etapa lo necesitas ya claro.

Este sentimiento de no propiedad que tiene Xavier respecto al cuarto que se le asignó en casa de sus padres es resultado del hecho de que no puede hacer un uso exclusivo de ese espacio. Además, esto le genera un sentimiento de desidentificación al tener que obedecer a un orden establecido por alguien más y que no se le permite ejecutar uno propio. Podemos ver en sus palabras que su participación en dicha casa es limitada y hasta cierto punto experimenta una sensación de desubicación, donde el no ubicarse implica estar en un lugar al que no

perteneces, sentimiento que se intensifica si recordamos que la casa representa un centro, un punto de partida, el referente en el mapa mental desde el cual el sujeto se orienta en el mundo.

Como vemos en estos casos, existe una intención de instaurar un orden propio, de llevar a cabo acciones para apropiarse del espacio y pertenecer a él, de poder utilizar el espacio libremente para ciertas actividades así sea la colocación de los muebles o plantas, o cambiar los focos de color. El antropólogo Ernesto de Martino, considera que ordenar es una forma de aterruñamiento, que hace del mundo algo familiar, en qué reconocerse. Para Carla Pasquinelli, ordenar la propia casa es la forma como el sujeto se apropia del mundo, lo interioriza y al mismo tiempo lo coloniza al proyectarle una parte de sí. Dice que en dicha acción “el mundo es reabsorbido en el interior de un proyecto valorizador que lo rescata de su datidad y lo transforma en un cosmos ordenado” (Pasquineli, 2006, en Giglia, 2012: 10). Con *datidad*⁵ se refiere a algo que se presenta como ya dado, y que podemos observar fácilmente que ocurre en los espacios, cuando están las cosas previamente dispuestas, acomodadas de tal forma que le sugieren una manera de ser usadas u ocupadas por las personas. Como puede ser el caso de un departamento que se renta amueblado o cuando se habita bajo el orden impuesto por el dueño o por otro inquilino. En cualquiera de los casos (Armando, Xavier y Jacinto), podemos ver que hacen un esfuerzo por personalizar o de alguna forma transformar, aunque sea un pedazo de su vivienda a su gusto.

Ordenar la casa es también un acto que denota presencia, y todo lo que nos hace sentir presentes refuerza nuestra identidad y conexión con el mundo, con los lugares. Ordenar implica dejar una huella propia en un lugar, una huella con la que se convive todos los días y que hace que uno mismo, así como los demás, reconozcan que ese lugar tiene o despide algo tuyo. Angela Giglia reconoce que es “especialmente en el orden que le damos a nuestro hogar, en donde proyectamos una parte importante de nuestro ser, y en donde intentamos, a través del esfuerzo constante por darle al espacio nuestro orden, plasmar a través de ese espacio y de ese orden, nuestros valores y nuestras visiones del mundo” (Giglia, 2012: 34).

⁵ Datidad, del latín de dato: *datum*; sustantivación del participio de *dare*; dar.

Para concluir este apartado sobre la relación entre el cuidado y la apropiación del espacio doméstico, reitero que en las entrevistas realizadas resalta el cuidado del espacio como una acción consecuente al nivel de involucramiento que se tiene con el lugar que se habita.

Dicho cuidado surge de una responsabilidad que se toma cuando las personas sienten que pertenecen a dicho lugar y viceversa: a partir del cuidado surgen los sentimientos de apropiación y de pertenecer a él, como ocurre frecuentemente en los barrios donde sus habitantes cuidan una calle, la procuran o la construyen y de esa acción constante se va creando un vínculo más fuerte con el lugar, y un sentimiento muy firme de que esa calle les pertenece.

Para Heidegger cuidar es el rasgo fundamental del habitar; pensemos que cuidar, como se dijo anteriormente, es incidir de variadas maneras sobre un espacio, no sólo procurándolo sino transformándolo, acomodándolo. Hagamos una relectura de esta última idea de Heidegger teniendo en cuenta, como veremos en el siguiente capítulo, que el pensador austriaco Ivan Illich consideraba que el lugar donde habitas es “el lugar donde tu existencia modela el mundo” (Illich, 2008). Entonces, si existe un habitar o una lucha por hacerte presente en el lugar, existe una acción donde el sujeto interfiere en el orden del espacio y se hace presente sugiriendo un orden propio, para habitar, el habitante elimina esa impersonalidad del espacio inhabitado y lo dota de su esencia.

2.4. *Homeworld* y *Allienworld*. Tensiones del espacio doméstico.

Las peculiaridades del espacio doméstico se distinguen y se ensalzan gracias a la existencia y confrontación con espacios y circunstancias que percibimos antagónicas, como es, por ejemplo, estar resguardado en la casa versus sentirse desprotegido en la calle. Igualmente relacionamos el espacio doméstico con privacidad, contrario a los espacios públicos que no se perciben como íntimos. A continuación, hablaré sobre estos dos ejemplos de polaridades, de los cuales se derivan otros contrastes que le dan sentido al espacio doméstico como: adentro- afuera, privado- público, familiar- ajeno, conocido- desconocido, agradable- desagradable.

El principal garante de una casa es la protección que ésta brinda respecto del mundo exterior, generando automáticamente un mundo interior donde se refuerzan valores y experiencias, que participan en la construcción de la identidad de los individuos que la habitan. La casa de la infancia representa un buen ejemplo de lo anterior, pues es el espacio que contiene el mundo de lo que empezamos a ser y somos.

Edward Relph dice que la casa es la fundación de nuestra identidad como individuos y como miembros de una comunidad, como un centro irremplazable de significado (Relph, 1976). La casa representa un mundo, donde se exalta y se conserva todo lo que su habitante *es*. Para él la casa funciona a manera de patria, como una reafirmación del origen y la identidad de las personas que la habitan.

Como vimos anteriormente con Mumford y con Eliade, la protección que garantiza la estructura de la casa no sólo es una protección física, sino también una edificación que exalta la identidad de su habitante. Las paredes de la casa son muros que contienen su humanidad, le encapsulan como evitando que se desborde; y el hombre inconscientemente, a través de esta edificación, tiene la seguridad de que se contiene a sí mismo, se siente presente. Contrario a lo que ocurre en la calle o en un espacio público donde la identidad de las personas es difusa y se puede diluir. Explicado de otro modo: cuando las personas están en la calle y conviven con conocidos y desconocidos, o simplemente se cruzan con ellos, están siendo una versión de ellos mismos que no es la misma versión que cuando están solos en sus casas.

Quizá esta sea una de las seguridades que alberga la casa: mientras que en el mundo exterior las personas son para los otros, cuando están en sus casas vuelven a su personaje más sincero, saben que en la intimidad y privacidad de su hogar pueden ser ellos. Dice Bachelard que “físicamente el ser que recibe la sensación del refugio se estrecha contra sí mismo, se retira, se acurruca, se oculta, se esconde” (Bachelard, 1965:125). Todos conocemos la tranquilidad que te brinda el saber que al final del día podrás volver a ese espacio que es tu casa o tu cuarto a experimentar esa sensación.

El mundo exterior, la calle, los espacios públicos, así como los espacios privados inaccesibles y los espacios que son ajenos, son parte de un mundo opuesto; de personajes desconocidos y fronteras dudosas, no es claro dónde empieza y dónde termina. El confrontamiento con la

alteridad, lo público y lo ignoto del mundo exterior, intensifica la imagen de protección y la familiaridad de la casa. Para Bachelard, “los recuerdos del mundo exterior no tendrán nunca la misma tonalidad que los recuerdos de la casa” (Bachelard, 1965: 36), mientras que la casa se piensa como un lugar de intimidad y protección, el mundo exterior, el resto del mundo, se figura como un lugar donde los sujetos están expuestos. Dice Bachelard:

Así, frente a la hostilidad, frente a las formas animales de la tempestad y del huracán, los valores de protección y de resistencia de la casa se trasponen en valores humanos. La casa adquiere las energías físicas y morales de un cuerpo humano [...] la casa nos ayuda a decir: seré un habitante del mundo a pesar del mundo (Bachelard, 1965:78).

Seré un habitante del mundo a pesar del mundo, porque en ello radica la esencia del *habitar*, en buscar o hacerse de un medio, una forma de *estar* en y a pesar del mundo. A pesar de las inclemencias físicas como el clima, pero también las inclemencias que resultan de lo desconocido y de los otros. Construir un refugio implica una guarida que da protección y también que reafirma y distingue a su habitante respecto a *lo otro* y *los otros*.

Entonces, habitar es una acción que tiene implícita la otredad, el *ser-en-el-mundo* está y se sabe con los otros. Como hemos visto, esto ocurre también en el concepto de *lebenswelt*, de espacio vivido y de lugar, ya que todos estos están atravesados por la subjetividad, la cual inevitablemente implica una intersubjetividad, se está sujeto a los otros. Como dice Sartre, el hombre “se da cuenta de que no puede ser nada (en el sentido que se dice que es espiritual, o que se es malo, o que se es celoso), salvo que los otros lo reconozcan por tal. Para obtener una verdad cualquiera sobre mí, es necesario que pase por otro. El otro es indispensable a mi existencia tanto como el conocimiento que tengo de mí mismo” (Sartre, 1945:13). Por lo tanto, todos los significados que el hombre da a los lugares y a su experiencia espacial al habitar están condicionados por la intersubjetividad, por el consenso de los otros. Así deambulamos entre el mundo de nuestra individualidad y el mundo de los otros, lo mismo que entre lo privado y lo público, lo familiar y lo desconocido.

Relacionado con esto, el geógrafo David Seamon tiene un artículo sobre la serie de televisión *Six Feet Under*⁶ donde hace un análisis sobre la vida en el hogar de la ficticia familia Fisher.

⁶ *Six Feet Under* es una serie de televisión estadounidense, su primer capítulo fue lanzado en 2001. La serie gira en torno a una familia que tiene un negocio funerario en la sala y el sótano de la casa familiar. Véase:

Seamon utiliza ese espacio como objeto de estudio para explicar la relación entre lo ajeno y lo familiar, resaltando la dinámica que cada uno de los personajes desarrolla en torno a su vida familiar dentro de la casa y su vida en el exterior. Como marco teórico aparecen las categorías *reacción* y *resistencia* que Haar y Reed, en *Not at Home*, proponen para explicar conceptos como lo *doméstico* y el *hogar*. La *reacción* está relacionada con lo que se mantiene, se refugia en la nostalgia; es lo doméstico como reafirmación de la tradición, representa una estasis, un conservacionismo, se enfrenta casi como una idealización del pasado y un espacio de represión y en cierta manera dependencia. Por otro lado desde la *resistencia* el hogar es un espacio de posible transformación, transformación de una situación presente para conseguir mejorar el futuro, por lo tanto, es un espacio de empoderamiento, autonomía y resistencia al *status quo*.

Para Haar y Reed *reacción* y *resistencia* son situaciones completamente opuestas, pero Seamon señala que estas dos designaciones pueden en muchos casos convivir y ser dos caras de la misma moneda, es decir, que lo doméstico se caracteriza por tensiones que entrañan tanto *reacción* como *resistencia*. Para demostrar esto, hace uso de dos categorías fenomenológicas que nos auxiliarán para entender el entramado de tensiones que constituyen la experiencia espacial doméstica de la vida cotidiana. Seamon se apoya en la interpretación que el filósofo Anthony Steinbock hace de los conceptos de *Alienworld* y *Homeworld* de Husserl. Una posible traducción de estos sería: mundo extranjero y mundo de la casa.

Para Husserl el *homeworld* es la esfera de experiencias y situaciones dentro de la cual cada uno nacimos y maduramos como niños y adultos; y este se encuentra siempre en un tipo de mutualidad con el *alienworld*, que es el mundo de lo diferente y la otredad, de lo que sólo creamos conciencia desde lo ya siempre establecido por el *homeworld* (Seamon, 2016). Anthony Steinbock explica que el *homeworld* tiene un rol central en la construcción de la identidad de lo que entendemos como nosotros mismos. Nos dice que a través de este nos apropiamos de nuestras experiencias y las normas que lo guían determinan nuestra forma de vida. Además, involucra un territorio intersubjetivo y familiar en el cual nos sentimos “como en casa” (Steinbock en Seamon, 2016). El *homeworld* se ha desarrollado a partir de nuestros

Seamon, David. 2016 phenomenology and uncanny homecomings: homeworld, Alienworld and being-at-home in Alan Ball's HBO Television series. Six Feet Under en Boscaljon, Daniel. Resisting the place of Belonging. Uncanny Homecomings in religion, Narrative and the Arts. 2016. Routledge

propios esfuerzos por aprender a habitar, habitar es algo inherente a nuestra naturaleza, pero el “cómo” lo hacemos implica un proceso de aprendizaje (Seamon, 2016: 164), que comienza cuando nacemos.

Por otro lado, el *alienworld* presenta normas diferentes de las que una persona en su *homeworld* da por sentado o constituyen su mundo de vida, y que pueden simbolizar un choque en términos de los valores personales positivo o negativo.

Retomando los conceptos de reacción y resistencia, una situación de *reacción* dentro del *homeworld* - donde se conserva una dinámica aceptada por todos- puede darse cuando se tiene poca injerencia del *alienworld*. Y un ejemplo de *resistencia* es cuando en el hogar familiar se conservan ciertos entendidos de cómo se debe vivir en la casa, hasta que uno de los hijos crece y entra en contacto con otras personas y espacios de manera más profunda, y entonces cuando está en su hogar tiene referencias del *alienworld* para comenzar a cuestionar lo que siempre habían sido normas o costumbres incuestionables dentro del hogar de su familia y que posiblemente no le gustan o ya no le acomodan más. Un ejemplo contrario sería cuando un integrante de la familia es de cierta forma o tiene ciertos hábitos fuera de su casa que nunca tendría dentro de ésta, por contribuir a conservar una estabilidad jamás alterada. Otro caso es en el que se busca conservar las formas que el *homerworld* brinda ya que proporcionan las herramientas y la estabilidad necesaria para desarrollarse en el *alienworld*.

Por ejemplo, la feminista bell hooks (quien por motivos de igualdad racial y de género escribe su nombre con minúsculas) comparte su propia experiencia de crecer en el seno de una familia afroamericana donde el papel de la mujer, en este caso su mamá o su abuela, permeaba positivamente el ambiente del hogar. Para hooks la mujer afroamericana ha sido de suma importancia en convertir el hogar en un espacio de refugio ante el racismo amenazante del mundo exterior al cual hooks se refiere como “la sociedad patriarcal de la supremacía blanca” (hooks, 1990). Pero no sólo las casas representaban un refugio de esta realidad, sino que representaban y representan un espacio de resistencia. Las mujeres a cargo de dichos hogares han hecho de sus casas espacios donde cada integrante puede sentirse un sujeto en vez de un objeto, donde reafirman su identidad y donde pueden restaurar su dignidad negada en el mundo público (hooks, 1990, 41-49). Este es un claro ejemplo del hogar como un espacio de resistencia y apropiación de los valores ahí fomentados para

enfrentar el *alienworld* que en este caso representa un espacio hostil. Hooks describe el sentimiento de seguridad que experimentaba cuando por fin llegaba a casa de su abuela, después de caminar un largo tramo de un barrio blanco de clase baja donde sentía las miradas de odio de los vecinos desde sus pórticos, y que incluso cuando éstos se encontraban vacíos era un espacio que parecía decir “tú no perteneces a este lugar” (hooks, 1990).

De manera que no podía ser en el mundo de afuera donde los integrantes de estas familias aprendieran a amarse y respetarse, por ello, en este caso, la casa se sostiene como un espacio donde es posible descansar y reponerse, pero sobre todo en el cual reforzar y dignificar su identidad; un remanso de aceptación después de enfrentarse a la discriminación del mundo exterior. Por lo mismo, hooks enfatiza que históricamente para la gente afroamericana la construcción de un hogar, aun con sus carencias y dificultades, tiene una radical dimensión política. Y advierte que, la situación contraria es que en tanto la gente no tiene un lugar para construir un hogar, no le es posible edificar una fuerte comunidad de resistencia (hooks, 1990).

Un caso opuesto es la postura de la geógrafa feminista Gillian Rose respecto al espacio doméstico. Para Rose, en su texto *Feminist Geography: the limits of geographical knowledge*, la discusión de la geografía humanística en torno a este espacio ha tendido a responder a una visión masculina de la casa y del lugar (Rose, 1993). Argumenta esto basándose en los valores que geógrafos humanistas le han asignado al espacio doméstico como un espacio de crianza, de seguridad, de protección familiar y hasta libre de conflicto, y que Rose encuentra lejos de la realidad.

Durante la década de los 70s ella y un grupo de geógrafas feministas hicieron la observación de que este espacio idealizado del hogar, para la mujer en realidad representaba el espacio central de su opresión en el cual ella cumplía un papel elemental en la reproducción del sistema capitalista: la mujer tiene hijos que en algún momento serán obreros, su papel es criarlos y cuidarlos. En otras palabras, las amas de casa se encargan del trabajo no remunerado de mantener satisfecha y bien cuidada a la fuerza de trabajo y así reproducir las relaciones sociales del capital. De esta manera, el hogar lejos de ser un espacio de pertenencia como ha sido descrito por Tuan, para muchas mujeres se trata de un lugar de explotación (Rose, 1993).

Para la mujer ama de casa de la que habla Gillian Rose, que está siempre al servicio de los integrantes de su familia, la casa adquiere la forma de un lugar de opresión y de trabajo que reafirma su papel como mujer servicial que la sociedad le ha adjudicado, ella no sólo no liderea un espacio de dignificación y empoderamiento (como en el caso de la casa de la abuela de bell hooks), sino que en ese espacio ella misma se siente desdignificada.

Estos dos casos ejemplifican bien la dialéctica entre *homeworld* y *alienworld* y sus posibles variantes, que claramente pueden ser infinitas y podríamos seguir citando una variedad extensa de experiencias. En el caso de los espacios domésticos compartidos, su interesante singularidad es que *homeworld* y *alienworld* conviven en el mismo espacio. Los estudiantes y personas que se ven en la necesidad de compartir una vivienda para poder cubrir la renta, cohabitan con personas con las que nunca antes han vivido y en muchos casos que ni siquiera conocen, de manera que el *alienworld*, o sea eso que es ajeno y diferente cohabita en la misma casa, está dentro de lo que sería el *homeworld*. Por lo que estrictamente estos espacios domésticos no son totalmente un *homeworld* (un hogar), si no que son una mezcla entre lo íntimo y lo ajeno o público.

En este sentido podemos encontrar algunos paralelismos entre los conceptos de *alienworld* y *homeworld*, y *lugar* y *no lugar*. En el capítulo anterior vimos que un *lugar* es un espacio con significado, un espacio representativo para los sujetos, que se compone de relaciones y de identidad; entonces, de acuerdo con Marc Auge (1992: 83-86) lo contrario a esto es un *no lugar*. Los *no lugares* son espacios de tránsito, de flujo: los hospitales, las estaciones de metro, de autobuses, los centros comerciales, un avión, o cualquier medio de transporte. El espacio del viajero, por ejemplo, en palabras de Auge, es el arquetipo de no lugar, por tratarse de “espacios donde el visitante se siente como espectador sin que la naturaleza del espectáculo le importe verdaderamente”, entonces, la característica de los no lugares es que son espacios no relacionales, en otras palabras están carentes de elementos con los cuales los sujetos puedan sentirse identificados, en muchos casos las personas en los *no lugares* son usuarios más que participantes. Por todo lo anterior para Auge “la sobremodernidad es productora de no lugares”. De la misma manera, los departamentos destinados a compartirse para aligerar la renta y los espacios acondicionados como dormitorios no están hechos con la intención de ser lugares.

El aporte de estos conceptos al tema aquí tratado, es entender el punto donde conviven; al igual que *homeworld* y *alienworld*, el *lugar* y el *no lugar* no se excluyen uno al otro, dice Auge que “*el lugar* y el *no lugar* son más bien polaridades falsas: el primero no queda nunca completamente borrado y el segundo no se cumple nunca totalmente: son palimpsestos donde se reinscribe sin cesar el juego intrincado de la identidad y de la relación” (Auge, 1992: 84). Esta sobreposición del lugar y el no lugar se alcanza a percibir en los espacios domésticos compartidos donde el espacio no termina por ser un lugar con significación para sus residentes. Si bien realizan acciones para personalizar su cuarto o algunos rincones del departamento, varios factores como las limitaciones de propiedad, compartir el espacio, la alta movilidad de sus inquilinos, la falta de historia del lugar o de un pasado representativo para ellos y el saber que no estarán de manera fija ahí, provoca que se perciba también con tintes de un *no lugar*. De manera que los espacios domésticos compartidos son híbridos de lo privado y lo público, lo familiar y lo ajeno, lo representante, lo identitario y lo carente de significado; por lo tanto, vivir en ellos implica una forma peculiar de habitar para sus residentes de la cual hablaré en el siguiente capítulo.

Capítulo 3. Los espacios domésticos compartidos y el intento de habitar en la CDMX

En este último capítulo nos vamos a centrar en el caso particular de los espacios domésticos compartidos: sus características, sus inquilinos, su dinámica y formas de habitarlos. Primero, vamos a conocer el contexto actual de la oferta de vivienda en la Ciudad de México, específicamente la dirigida al grupo poblacional que nos interesa. Después hablaremos más a fondo de las características socio-culturales de este grupo de personas, estudiantes entre los 22 y los 35 años de edad, pertenecientes a la generación denominada *millennial*. En la segunda parte del capítulo, ya que haya quedado claro cómo son estos espacios y por qué se recurre a ellos, nos adentraremos, a partir de sus narraciones, en los detalles de la vida cotidiana de sus residentes, poniendo especial atención en las restricciones y posibilidades que estos espacios les ofrecen, así como a sus sentimientos de comodidad, satisfacción o insatisfacción, y a las relaciones que entablan con los otros residentes con los que comparten el espacio. Lo anterior será para poder definir si ésta forma de vivir en los espacios domésticos compartidos se puede considerar un *habitar ontológico*, el cual debe cumplir, a grandes rasgos, con lo siguiente: tener una libertad de uso y decisión sobre el espacio, y existir una identificación y apropiación simbólica del sujeto hacia el espacio y con sus coresidentes. Y en caso de que un habitar con estas características estuviera imposibilitado, en este capítulo discutiremos por qué puede estar ocurriendo esto. Empecemos por conocer qué tan comunes son estos tipos de viviendas.

3.1. Los espacios domésticos compartidos en la Ciudad de México y sus inquilinos

Según la Encuesta Nacional de los Hogares realizada por el INEGI, los hogares pueden ser familiares o no familiares, los no familiares pueden ser unipersonales, donde sólo reside una persona; o corresidenciales, donde dos o más personas comparten una vivienda sin tener algún parentesco. La cifra de hogares no familiares a nivel nacional ha ido aumentando con el paso de los años, según la encuesta mencionada, en el 2016 el 89.4% de los hogares eran familiares y en el 2017 disminuyó a 88.6%.

En el 2017 la CDMX tuvo el menor porcentaje de hogares familiares (83.4%) a nivel nacional, después de Quintana Roo (80.2%), mientras que en el 2016 su porcentaje era de 84.9%. Lo cual demuestra una tendencia a la baja, siendo cada vez más comunes los hogares no familiares. Entre estos, los hogares corresponsales se popularizan cada vez más, ya que, como consecuencia del aumento del precio de las rentas, se ha convertido en casi una imposibilidad el que una persona sola rente una casa o un departamento en la CDMX, y entonces se recurre a vivir entre dos o más personas con la única intención de distribuir el costo de la renta. Pero el hecho de que las rentas sean altas no es un hecho aislado que ocurrió antes de que subiera la demanda de departamentos para compartir, sino que también la especulación aumentó a partir de este fenómeno.

Lo más común en estos casos es compartir departamentos y no casas, ya que son más baratos y debido al sobrepoblamiento de la ciudad y la exorbitante demanda de vivienda, la ciudad crece verticalmente y es cada vez más inusual vivir en una casa, de hecho la Ciudad de México tiene el índice más bajo de hogares en casa independiente con un 64.9%, mientras que en el resto de las entidades federativas el porcentaje de hogares que residen en casa independiente está por encima del 83.7%.

Las personas entrevistadas para esta investigación han compartido espacios domésticos en departamentos ubicados en diferentes partes de la ciudad: la zona aledaña a Ciudad Universitaria, la colonia Narvarte, la colonia Centro y la colonia Juárez. Lo que tienen en común, es que son zonas de alta demanda, donde el rango de las rentas por habitación oscila de 3, 500 a 7, 000 pesos. Estos departamentos fueron diseñados para ser habitados por familias o cómodamente por parejas, teniendo, originalmente, solo dos o máximo tres cuartos y un baño, en algunos casos dos. El tamaño varía entre los 50 y los 90 m². Las habitaciones tienen medidas entre 4 y 9 m², dependiendo de los departamentos y sobre todo de las remodelaciones que el dueño haya hecho. En el caso de muchos departamentos, la sala la han dividido en una o dos recámaras extras, haciendo cuartos donde prácticamente sólo cabe una cama individual y reduciendo o eliminando totalmente el área común de sala y comedor.

Esta división del departamento en habitaciones ha permitido a los arrendadores obtener mayor provecho de su propiedad. Por ejemplo, en la zona de Copilco, si antes le rentaban todo el departamento a una familia en 10 mil, ahora dividiendo la sala en tres habitaciones

más, rentan cada habitación en 4 mil y eso ya da el doble de ganancia, razón por la cual cada vez son más los dueños que prefieren adaptar los departamentos y rentarlos de esta manera.

Para quien renta bajo esta modalidad esto tiene ventajas y desventajas, que iré mencionando más adelante, por lo pronto en relación a los precios puede llegar a ser más caro rentar una habitación que rentar todo el departamento completo, el promedio de las habitaciones en las zonas con mayor demanda de la ciudad está entre 3,500 y 6,000 pesos. Aunque en zonas como Polanco, Condesa y Santa Fe pueden rebasar los 8,000 pesos.

José Antonio, por ejemplo, rentó una habitación en un departamento a unas cuadras de Ciudad Universitaria donde la dueña dividió la sala de un departamento de 65m², en dos cuartos más. De manera que en esa vivienda se rentaban cinco habitaciones:

Ese departamento era una especie de dormitorios un tanto apiñados. Nada más había un baño para cinco habitaciones, no había un espacio en común [...] era surrealista, te lo juro. No tenía sala, o sea no había áreas comunes más que...bueno, la cocina que estaba bastante austera y limitada.

El departamento que compartió Ana cerca de Miguel Ángel de Quevedo también había sido remodelado por el propietario para rentarlo en la modalidad de dormitorios:

Era un departamento al cual le habían quitado la sala para convertirlo en dos cuartos muy pequeñitos y la curiosidad de este departamento es que todos teníamos baño, eran cinco cuartos con cinco baños y éramos siete chicas compartiendo el departamento.

Tanto Ana como José Antonio coinciden en que la ventaja de rentar un espacio así es que el dueño funciona como administrador y se hace cargo del pago de servicios y de conseguir a las personas que van a vivir ahí. Además, es fácil de conseguir, hay más cuartos disponibles que departamentos y no se les pide requisitos como un aval ni firmar un contrato. Por el contrario, para rentar un departamento se exigen varios requisitos con los que una persona que va a entrar a la universidad, o alguien que viene de otra ciudad no cuentan.

Según el sitio especializado *Propiedades.com*, el cual cuenta con una base de datos inmobiliarios actualizada y accesible por tratarse de una plataforma para comprar, vender y rentar inmuebles, se registró que en el 2013, en promedio, un departamento se rentaba en 11,600 pesos y para el 2017 se cotizaba como media en 19,000 pesos, lo que significa un

alza del 63% en cuatro años. Si el precio medio de los departamentos en renta en el 2019 es de 19,675 pesos mensuales; y el ingreso promedio de la población ocupada en la CDMX en el 2019 es de 7,500 pesos, para un trabajador que gane 9,000 pesos al mes o un profesionalista que apenas alcanza los 7,000 pesos mensuales y desea vivir solo, el panorama es desalentador. Por esto se ha recurrido a compartir la renta entre varios, así sea necesario vivir con un desconocido. Incluso existen muchos sitios web y aplicaciones destinados a contactar a personas en busca de *roomies*, como comúnmente se les llama a las personas que comparten un espacio doméstico sin ser familia o pareja, con el único propósito de aligerar el gasto de la renta y los servicios.

Dada Room es una de las mencionadas plataformas para conseguir *roomies* por internet, como se trata de un fenómeno reciente existen pocos datos recaudados sobre las cifras de personas que comparten vivienda, además de que no se le ha dado la suficiente importancia a este grupo dentro de los estudios de vivienda, como para distinguirlo entre el grupo de hogares corresponsables, que es la categoría dentro de la cual entrarían para el INEGI. Por ello la base de datos del sitio web *Dada Room*, la cual opera desde el 2012, es un referente actualizado que se acerca a la realidad de los números de personas en situación de compartir vivienda en la modalidad *roomie*. Claro que no abarca el total de casos, ya que solo algunas personas utilizan este medio para buscar compañeros de vivienda, otro tanto de personas lo hacen mediante sus propias redes sociales o corriendo la voz entre sus conocidos.

Según un artículo del diario El País, que lleva por título “La CDMX se llena de roomies”, basado en los datos del sitio web *Dada Room*, por cada seis personas que están buscando un lugar hay una que está buscando un compañero para compartir la vivienda y la demanda de los espacios es mayor que la oferta: por cada habitación que se anuncia hay cuatro personas interesadas.

El hecho de que cada vez haya más espacios domésticos compartidos no sólo es resultado del encarecimiento de las rentas, es consecuencia de varias transformaciones económicas, demográficas y socio-culturales del país, así como a nivel mundial. Para entender mejor el contexto, podemos empezar por saber cuál es el grupo poblacional que está más involucrado con esta forma de habitar.

Se ha registrado que las personas entre los 25 y 34 años son el sector poblacional que domina la búsqueda online de inmuebles con el 54% de participación promedio. Dado que un importante porcentaje de este sector busca vivienda cerca de universidades y zonas populares de entretenimiento, las colonias de estas zonas son las más cotizadas y por lo tanto con las rentas más altas. Los jóvenes entre 20 y 35 años por lo general no cuentan con un ingreso que supere el salario promedio, con el cual no es posible rentar un departamento completo, entonces por eso recurren a la alternativa de compartir, además de que son la generación con más disposición a vivir este tipo de experiencia. Por ello también es de destacar que según los datos del sitio web de *Dada Room*, entre los usuarios que utilizan la plataforma en busca de *roomies*, se registra que la mayoría tiene de 20 a 25 años de edad, representando el 42% de las búsquedas, de ahí le siguen personas de 26 a 29 años representando el 33.44%, seguidos del grupo de 30 a 39 años perfilando el 19.59% de las búsquedas y por último personas de 40 años y más que conforman sólo el 2.36% de las personas que buscan compartir vivienda.

Este grupo poblacional entre los 20 y 40 años pertenecen a la generación *millennial* (nacidos entre 1981 y 1996) y a la generación *Z* (1997- 2012) y en comparación a generaciones anteriores, como la de sus padres (quienes a los 22 años estaban comprando una casa, casados y con hijos), es notorio el cambio de ritmo en las decisiones que toman respecto a su vida y su futuro. Vemos, por ejemplo, que actualmente, las personas que adquieren casa lo hacen después de los 30 años de edad, cuando anteriormente se hacía a los 25 años.

De acuerdo con Pews Research Center -una empresa que funciona a manera de banco de información de temas en tendencia que obtienen a través del análisis de la opinión pública y estudios demográficos- las personas que pertenecen a dichas generaciones llegaron a la adultez con un bajo nivel de confianza social y solvencia económica. A pesar de que cuentan con un mayor nivel educativo que las juventudes de generaciones pasadas, la diferencia en cuanto a sus ingresos sí es muy significativa, y no es suficiente como para hacerse de un patrimonio.

Además de la cuestión económica, hay más factores que influyen en la innovadora forma de accionar de este sector de la población, que tienen que ver con sus intereses, preferencias, y formas de percibir el mundo. Muestra de ello es que esta generación está postergando cada

vez más el matrimonio y en muchos casos olvidándolo, aunado a que son mucho más afines a seguir viviendo en casa de sus padres, sin sentir la necesidad de formar una familia ni de vivir con sus parejas. Pamela Olvera, directora de *Dada Room*, explica que una encuesta realizada a todos sus usuarios, que como ya se mencionó están en un rango entre 20 y 40 años, arrojó el dato de que el 39% prefiere vivir con un *roomie* que con su pareja. Según los resultados de la misma encuesta este grupo generacional es consciente de que no podrá jubilarse anticipadamente y de que su vida productiva se extiende hasta los 70 años, dice Olvera que “en este contexto, los planes de vida como casarse y tener familia pasan a ser algo que aún ven bastante lejano y prefieren concentrarse en lograr sus ambiciones profesionales, académicas, de negocios y de autodescubrimiento, por lo que formalizar sus relaciones al vivir en pareja no se convierte en una prioridad”. Relacionado con lo anterior las estadísticas de la misma plataforma indican que el rango de edad de mexicanos que buscan *roomie* va en aumento y, coincidentemente, datos del INEGI revelan que los mexicanos jóvenes aspiran cada vez menos a casarse: mientras que del 2010 al 2012 hubo un aumento anual de matrimonios, a partir del 2013 empezó a descender la cifra y del 2014 al 2017 el decremento fue de 20 mil anualmente.

Claro que, según la edad y los ingresos buscan compartir casa en variadas modalidades, de acuerdo con lo que se acomode más a sus posibilidades y preferencias. Por ejemplo, María cuenta que después de que llegara su tía a cohabitar con ella, buscó otro lugar donde vivir y se mudó al primero que encontró sin importarles mucho los detalles de ese espacio, esa fue la primera de cuatro viviendas que ha compartido. María platica cómo sus exigencias para elegir donde vivir han ido cambiando con el paso del tiempo:

En ese momento estaba dispuesta a vivir en cualquier lugar con cualquier persona con tal de tener más independencia y pagar poco, tenía 19 o 20 años, la verdad mis prioridades eran otras, o sea no eran ni la limpieza, ni la tranquilidad, en realidad era muy divertido, creo que para todos los que vivíamos en ese depa...porque éramos como 5... estaba muy chido, y eso que ahí nos conocimos...pero teníamos la misma edad y ondas parecidas...ahorita jamás volvería a vivir así, esos lugares están pensados para personas así...como nosotros en ese entonces, vivíamos en un espacio muy pequeño, 5 personas!, cuatro compartían cuarto...estaba amueblado con lo básico pero en muy malas

condiciones... entonces no me imagino a un señor o a una señora viviendo ahí... ni siquiera a un treintón de posgrado que ya puede pagar algo más decente con su beca...

El testimonio de María confirma que el mercado de los departamentos compartidos se beneficia y es resultado de las condiciones económicas y sociales en las que vive la generación actual de jóvenes y jóvenes adultos. Y también es destacable notar que, si bien se ofrece y se percibe como una buena solución a un problema de vivienda de este sector, no es precisamente lo que este grupo de personas desea, sino que como ya se ha mencionado, es la opción que tienen:

Ahora tengo 32 años y sigo compartiendo depa, pero ya en condiciones muy diferentes... pero sí, claro que preferiría vivir sola, o en un lugar más grande, pero aquí en esta ciudad está difícil, tendría que conseguirme otro trabajo, yo soy maestra, entonces... no se, otro tipo de trabajo donde me paguen mejor implicaría trabajar más horas no?, y no quiero sacrificar mi tiempo, o sea terminaría en ese círculo que ya todos conocemos de trabajar y ganar más pero nunca tener tiempo para gastar ese dinero, ni para vivir tu vida vaya. Así que ...pues sí, a veces me pregunto cómo hacerle para vivir sola, o pienso en irme a vivir a otro estado u otro país... pero... tampoco tengo muy claro qué onda con mi futuro, sé que a estas alturas a muchos les espanta escuchar eso [risas], pero pues no, no tengo planes muy claros a futuro como la mayoría de la gente de mi edad...supongo...y ahorita estoy bien.

Puede que esta sensación de María sobre el “futuro no tan claro” no sea algo tan inusual entre las personas de esta generación, ya que les tocó una época distinta a la de sus padres, en la que lo que se quiere se percibe como algo un tanto utópico dados los recursos disponibles. Es probable que muchas de las personas que comparten vivienda bajo este formato prioricen otros aspectos de su vida como el trabajo, su formación académica o sus relaciones, entonces no tienen inconveniente en vivir de ese modo, o en sacrificar ciertas comodidades. El hecho de que ahí estén bien no quiere decir que ese tipo de vivienda sea el espacio con el que siempre soñaron o que sea un objetivo alcanzado, en realidad todos los entrevistados coinciden en que es un lugar provisional que, aunque no tengan claro donde vivirán después, saben que no es ahí donde quieren estar siempre y que, en muchos casos, preferirían no compartir vivienda.

Julieta de 27 años lleva cuatro meses compartiendo departamento por primera vez, ella cuenta que independizarse de sus padres ha sido complicado ya que no ha encontrado un trabajo con el cual pueda pagar una renta, y no quería irse a vivir a un lugar pequeño con muchos desconocidos, sin embargo, encontró una opción donde comparte con pocas personas conocidas un espacio grande y entonces se pudo mudar:

Ahorita estoy muy bien en donde vivo porque es una vecindad que tiene depas que parecen casas, son muy grandes porque tienen dos pisos, entonces todo el piso de arriba es mi cuarto-estudio, y solo convivo con mis roomies cuando bajo a la cocina o la sala, porque también tengo baño para mi solita. Y tuve suerte de que la renta está muy barata.

Realmente fue por eso que me salí de casa de mis padres, porque antes había vivido con amigos pero casi casi de puro paro porque no me alcanzaba para pagar una renta y siempre volvía a casa de mis papás. Si me urgía ya tener mi propio espacio pero ha sido difícil independizarme... ahorita que ya conseguí un mejor trabajo y una renta barata pues no me duele tanto que la mitad de lo que gano sea para pagar este lugar que sí me gusta mucho. Así que sí pienso quedarme aquí un buen rato hasta que algo importante cambie en mi vida... no sé. Pero sí sé que no me voy a quedar aquí para siempre y que en algún momento me gustaría no tener que depender de roomies.

Así como Julieta, muchas personas de su edad que comparten vivienda han tenido complicaciones para independizarse y algunos no lo ven como una urgencia. Según el estudio realizado por *Dada Room*, la CDMX es la ciudad donde los jóvenes tardan más en independizarse siendo la media 30 años 1 mes. Según Pamela Olvera los datos muestran una relación directa entre el tiempo que tardan en independizarse y el precio de las rentas, al igual que Julieta, muchos no quieren o no pueden destinar más de la mitad de un salario en una renta, entonces prefieren quedarse en casa de sus familiares y ahorrar o gastar el dinero en otras cosas.

De cualquier manera, el deseo de independizarse de la casa familiar se encuentra entre los motivos más comunes que tienen las personas para rentar un espacio compartido, aunque logren hacerlo a edades posteriores a lo que la sociedad estaba acostumbrada. Julieta explica que esta es la razón por la que ahora comparte vivienda:

Bueno, me quería salir de casa de mis papás porque quería tener libertades que cuando vives con tus papás no tienes, o que a lo mejor tienes pero te la pasas dando explicaciones o contestando preguntas que ya no quisieras responder. Acá, aunque comparto el espacio, nadie me pregunta por qué llegué a la hora que llegué, ni con quién. Aquí puedo invitar a quien yo quiera y no me siento bajo el dominio o la mirada de alguien que tiene más autoridad sobre la casa, porque al final la casa de mi familia es mi casa, pero sobre todo es la casa de mis papás, o sea ellos mandan, no es posible transgredir ese espacio, viviríamos en conflicto constante.

Otro caso es el de Vicente quien decidió salir de casa de su familia para evitar el trayecto desde Xochimilco hasta Ciudad Universitaria, hasta el momento ha compartido 5 veces vivienda y regresado un par de veces a casa de sus papás, lo cual, como también podemos ver en el caso de Julieta, es muy común (Según el Diario el Financiero 46% de los mexicanos que salen de casa de sus padres regresan, y 58% en el caso de los hombres):

La primera vez que yo me salí tenía como 20 o 21 años y me fui con un amigo que vivía en Coyoacán. Era músico. Estuve nada más como medio año con él. Y ya me regresé. Eso también lo he hecho, siempre regreso a casa de mis papás. Pero esa fue la primera experiencia que tuve con roomies.

La razón por la que Vicente ha decidido cambiarse de casa es una de las más comunes: para aminorar la distancia de los traslados cotidianos. La distancia puede ser dentro de la misma ciudad, personas que buscan un lugar cercano a sus escuelas o trabajos y que quieren ahorrar tiempo y dinero en transporte. O personas que llegan a la CDMX de otras entidades federativas o países por razones de trabajo o estudios.

Siete de los diez entrevistados para la investigación decidieron cambiarse de casa por este motivo. Ana vivía en Teotihuacán y cuando entró a la UNAM se mudó a un departamento a 10 minutos de la Universidad:

Empecé a rentar porque entré a la universidad. O sea, mi hermana entró primero a la UNAM, y ella fue la que les pidió a mis papás que le ayudarían rentando un lugar más cerca porque desde Teoti era mucho tiempo y dinero, ya había rentado antes por Santocho (colonia

Pedregal de Santo Domingo) pero mi mamá ya no quiso rentar ahí por malas experiencias...bueno y renté aquí cerca de metro Copilco.

Como vemos con el testimonio de Ana, en muchos casos los papás son los que se hacen cargo de este gasto económico, que no todos pueden cubrir, razón por la cual muchos estudiantes desertan o si no viven en la CDMX no consideran su oferta universitaria como opción. Y aún viviendo en la CDMX la situación es complicada para quien tenga que realizar traslados extensos. Una persona que ocupa cuatro horas (tiempo total de ida y vuelta) en trasladarse diario, gastaría casi 13 años de su vida en transportarse, si consideramos 76 años como esperanza de vida (Arenas y Juárez, 2016). Y en el aspecto económico tenemos que en el 2014 el gasto diario de un residente de la ZMVM oscilaba los \$57.46 (en el Estado de México). Multiplicado esto por 365 días da un gasto de \$20 805, correspondiente a 309.2 días de salario mínimo (Arenas y Juárez, 2016). Y esta es la situación de muchas personas: de acuerdo con el INEGI diario entran a la CDMX un millón 600 mil trabajadores del Estado de México y 355 mil 896 estudiantes.

Raúl es de Cuautitlán Izcalli y junto con tres amigos del mismo rumbo comenzó a rentar un departamento cercano al metro Miguel Angel de Quevedo cuando los cuatro entraron a la UNAM y donde todavía reside:

De Cuautitlán a acá por el tráfico me hubiera hecho dos horas para llegar y dos de regreso, entonces eran cuatro horas perdidas, entonces como mis papás habían ahorrado dinero para mi carrera, como la UNAM es gratis pues me dijeron “si quieres vete a vivir por allá” y coincidió que conocí a uno de mis roomies un año antes de entrar a la UNAM.

Similar es el caso de Armando y sus dos amigos, quienes también tenían que hacer tardados recorridos para llegar a la UNAM, el vivía con su familia rumbo al Ajusco, en un inicio los tres tenían planeado estudiar en una escuela de música por la misma zona, frente al parque la Bombilla, entonces les pareció buena idea compartir una casa cerca:

Los tres vivíamos muy lejos de las escuelas. Porque yo vivo de Six Flags hacia arriba, sobre la carretera Picacho-Ajusco. Uno de ellos vivía por Azcapotzalco y el otro vivía en Neza. Todos a más de una hora sin problemas. Entonces quisimos rentar en Santo Domingo para que las dos escuelas nos quedaran cerca y así pudiéramos hacer todo [...] Total que

empezamos a rentar. Después de ese año me di cuenta de que era algo muy complicado y ahora rento solo.

Cabe destacar, recordando el simbolismo de la *casa* y el *hogar*, que cuando Armando habla de la casa de sus papás, se refiere a ella como el lugar en el que *vive* en el momento presente, aún cuando está platicando que el lugar en el que actualmente reside es otro. El dice “por que yo vivo de Six Flags hacia arriba”, dejando ver que, para él, esa es realmente su casa, y una parte de él está ahí, porque es la casa de su infancia, o la casa del seno familiar, donde se ha construido y permanece su referencia de *hogar*. Y en tanto punto de origen, espacio central y de unión con el mundo, para Armando esa casa permanece como el lugar en el que *vive*.

A propósito de esto, otra curiosidad del lenguaje que es común escuchar, es que las personas que comparten departamento con amigos o desconocidos, en sus conversaciones siempre se refieren a ese espacio como “el depa”, y a la casa de sus papás como “mi casa”. Pareciera que al decir “el depa” existe una connotación utilitarista, se cosifica a la vivienda, como quien se refiere a un mueble, a un espacio que sirve para residir, y que no es suyo porque es provisional y no hay un lazo de identificación. En cambio, cuando dicen “mi casa”, se entiende que se habla de un lugar que perpetuamente es suyo (aunque ya no vivan ahí), principalmente porque ese es el lugar al cual ellos sienten que pertenecen, casi como decir “mi pueblo”, “mi barrio” o “mi país”.

Retomando las causas relacionadas con la distancia, además de los casos ya mencionados, Xavier y José Antonio vivían en Veracruz y Querétaro respectivamente, y Miguel en El Salvador, a los dos primeros también los apoyaron sus padres y Miguel tenía una beca de sus estudios de maestría. Sin estos apoyos difícilmente hubieran podido estudiar y pagar una renta, ya que no existen dormitorios o viviendas destinadas exclusivamente a estudiantes de la Universidad, que la misma universidad o el gobierno subsidien.

En la Ciudad de México aún no existe una forma de vivienda pensada desde su origen para este sector de la población, que no vive ni en pareja ni en familia y que no puede pagar un departamento sin juntar esfuerzos con otros. Y hasta el momento se siguen adaptando espacios, que originalmente tenían otros fines, para rentar entre *roomies*. Como la rutina entre un grupo de *roomies* es distinta a la de una familia, ha comenzado a haber problemas entre los vecinos de los edificios y complejos habitacionales donde cada vez más departamentos

se rentan para compartir. Y, por otro lado, los dueños de los inmuebles no vacilan en seguir elevando las rentas de sus viviendas, haciéndolas incluso inaccesibles a familias y contribuyendo al proceso de gentrificación de las colonias más cotizadas por estudiantes y jóvenes profesionistas o trabajadores. Así las colonias que son “invadidas” por departamentos con *roomies*, es decir por nuevos habitantes que no reconocen la historia ni la identidad del barrio al cual están llegando, van perdiendo a sus habitantes antiguos y con ello se van convirtiendo en espacios con escasa vida social, sin organización vecinal, ni comunicación, carentes de “personalidad” y tradición.

Las construcciones de viviendas en la CDMX, desde un inicio, han estado pensadas para familias. Sin embargo, cada vez es más común ver departamentos que se anuncian como espacios para parejas, pero esto es debido principalmente al hecho de que los espacios son cada vez más reducidos. Es interesante ver cómo se han ido adaptando las viviendas a los recursos y a las tendencias de ciertas clases sociales, del gobierno y de las constructoras, pero no a lo que realmente la población necesita.

En la Ciudad de México las primeras viviendas similares a departamentos tuvieron lugar en las vecindades, las cuales fueron la solución para dotar de vivienda al sector más desfavorecido de la población durante el crecimiento demográfico del siglo XIX, pero que realmente fueron adaptaciones de conventos y palacios antiguos construidos desde la época de la Colonia.

Más tarde, a mediados del siglo XX, la solución fue la construcción de Unidades Habitacionales. Fueron pensadas como solución al acelerado crecimiento demográfico que presentó la Ciudad de México a partir de 1940, aunado a que, tras el milagro mexicano, el gobierno y la opinión pública coincidían en que el futuro del país estaba en las ciudades, la Ciudad de México, fue un claro ejemplo de urbanización y foco del negocio inmobiliario: “las miles de familias que migraron a ella buscando condiciones más dignas de vida trasladaron consigo sus necesidades, lo cual atrajo el interés de políticos y empresarios” (Arenas y Juárez, 2016:74).

Los grandes proyectos que se dieron en los siguientes veinte años, como el Conjunto Urbano Nonoalco-Tlatelolco, el Centro Urbano Presidente Alemán o el Centro Urbano Presidente Juárez, si bien han desencadenado críticas considerables, comparados con los proyectos de

vivienda actuales, todavía rescataban las necesidades de un habitar más digno, tanto en el interior (espacios más amplios) como en el exterior de las viviendas, contemplando espacios para la recreación social y con una mayor preocupación paisajística y estética. Entre las críticas que tienen los proyectos de esa época está el hecho de que quienes tuvieron acceso a los créditos para obtener esta vivienda fueron principalmente trabajadores del aparato estatal, dejando a una gran cantidad de la población excluida de la vivienda formal (la amplia porción de ciudad edificada en la irregularidad es indicativo de esto), así la principal crítica ha sido su doble función: por un lado habitacional y su propósito propagandístico, es decir, su función política (Arenas y Juárez, 2016: 77).

En realidad, aquí apenas comenzaban a enturbiarse las cosas en torno a la vivienda en la ciudad. A partir de 1990, con la introducción de México en el Tratado de Libre Comercio con América del Norte, la crisis de 1995, y la expansión y fortalecimiento del sistema capitalista mundial como telón de fondo, se abandonó el concepto de las grandes unidades habitacionales y se sustituyeron, primero, por desarrollos con dimensiones reducidas tanto en los departamentos como en el espacio público, y posteriormente por desarrollos periurbanos que aprovecharon las reservas territoriales creadas gracias a la reforma constitucional, al artículo 27 constitucional, que permitió la desincorporación del suelo de las tierras ejidales (Arenas y Juárez, 2016: 78). Estos cambios en la resolución del problema de vivienda tendían a beneficiar al sector privado por encima de las necesidades del sector público, y en los años que siguieron esto fue cada vez más evidente. El destino de los créditos del INFONAVIT, así como la oferta de vivienda básica demostraban que las políticas de vivienda ya no tenían como prioridad el interés social.⁷ Concluye el urbanista Alonso Arenas que “el derecho constitucional a la vivienda de 1983 se ha transformado en una cuestión económica; en un sistema de mercado, tal derecho es difícilmente exigible y su omisión genera desigualdad” (Arenas y Juárez, 2016: 79).

⁷ Por un lado, mientras que en 1980 el infonavit destinó 83% de sus créditos a población con ingresos de hasta dos salarios mínimos, en 1990 este índice descendió a 23%. Y en cuanto a la oferta y demanda, en el 2003 una vivienda básica (con superficies menores a los 31 m²) representaba 40.9% de quienes demandaban vivienda de interés social, pero la oferta solo ascendía 0.2%; para el resto de los rangos, la oferta era mayor a la demanda

Con la sustitución de los grandes proyectos habitacionales subsidiados por el estado y empresas privadas, por la creación de edificios de inmobiliarias para uso habitacional, poco regulados, el resultado fue que “los verdaderos beneficiarios no fueron los habitantes - quienes recibían un apoyo para adquirir un producto que comprometería su calidad de vida y economía familiar futuras- sino los promotores que lograban colocar un mal producto en el mercado gracias a los subsidios” (Arenas y Juárez, 2016: 79), prueba de esto son los edificios con menos de 3 años de antigüedad que colapsaron en el terremoto del 2017 .

Desde entonces la ciudad creció acelerada y verticalmente, por una cuestión de espacio, pero principalmente de presupuesto, los departamentos fueron construyéndose con áreas más reducidas, así como equipamiento y materiales de peor calidad. En 1980 las viviendas económicas construidas promediaban los 58m², para 2006 descendió su superficie promedio a 42.4m² y más tarde, en el 2011 el INFONAVIT redujo la superficie mínima para ofrecer financiamiento de 55 a 38m² (Arenas y Juárez 2016: 79).

Los efectos del neoliberalismo se tornaron cada vez más evidentes en torno a la provisión de vivienda. Desde los últimos años del siglo XX a la fecha, los créditos hipotecarios de los beneficiarios han sido canalizados por el estado a siete empresas que producen casi la totalidad de vivienda de interés social. El éxito de dichas empresas se debe a que participan en toda la cadena de dicho sector (adquisición de suelo, obras de infraestructura, construcción de la vivienda, promoción comercial, etc.), además emplean plantas de producción de concreto *in situ*, abaratando la fabricación de pequeñas viviendas de dudosa calidad, gracias a todo esto, y al apoyo del gobierno de la ciudad y al federal, se han convertido en grandes especuladores del suelo con participación en las áreas centrales del país (Olivera, 2016).

En el blog de la plataforma inmobiliaria *Lamudi*, especializada en bienes raíces, se publican Reportes del Mercado Inmobiliario Residencial anuales, basados en los datos que el mismo portal almacena. En el reporte del 2019 se lee lo siguiente:

Las rentas en la Ciudad de México, aunque se encuentra en el primer lugar de las ciudades más caras para vivir, están al alcance de la mayoría de sus habitantes ya que existen departamentos con alquileres mensuales alrededor de 5 mil pesos hasta departamentos premium de 80 mil pesos al mes. Otra manera que han encontrado los capitalinos para vivir

en zonas cercanas a universidades y centros de trabajo son los cuartos en renta que ofrecen todas las comodidades con gastos compartidos.

Pero, el hecho de que exista un rango de precios de renta tan amplio no implica que su distribución y oferta sea equitativa, según los datos del mismo reporte, sólo el 19% de la oferta de vivienda en la CDMX es de interés social y se encuentra en la periferia.

Los inmuebles que actualmente se ocupan como espacios domésticos compartidos, así como el precio de las rentas, la oferta y la demanda, lo mismo que las decisiones que toman las personas en busca de vivienda, tienen como trasfondo todas estas cifras y este proceso de urbanización de la ciudad, que sirve conocer para ampliar el panorama en el que está inmerso el caso que nos interesa. A continuación, veamos cómo toda esta realidad influye en la forma como habitan quienes comparten vivienda.

3.2. Uso y apropiación en los espacios domésticos compartidos.

Angela Giglia encuentra dos formas de habitar en la ciudad que dependen de la planeación y construcción de las viviendas. Una es la racionalista, la cual, como las unidades habitacionales, se basa en las visiones de la arquitectura funcionalista moderna, en las cuales existe ya un orden y una propuesta de habitar que no tiene posibilidad de cambios; y la otra es la progresista que se deriva de la autoconstrucción y siempre tiene posibilidad de transformación, está asociada a distintas formas culturales de habitar.

Los departamentos compartidos están dentro del tipo de vivienda racionalista, son espacios que sugieren una forma de habitar, la distribución y composición de su arquitectura establecen predeterminadamente cómo se debe usar el espacio. Para Angela Giglia en este tipo de vivienda “el espacio construido expresa de manera muy elocuente las visiones de algunos –los autores y ejecutores del diseño- acerca de lo que son o deberían ser los usos y las necesidades de los otros, los habitantes” (Giglia, 2012). Esto último define una característica clave de la vivienda y de la forma de habitar en la ciudad: los habitantes no son libres de construir su vivienda ni de crear o descubrir la forma de habitar que ellos quieran.

Cuando en 1984 Ivan Illich da una conferencia frente a estudiantes de arquitectura sobre la vivienda en las ciudades, considera que el mundo ha dejado de ser un lugar habitable. Ivan

Illich distingue dos tipos de habitar, el habitar vernáculo y el habitar de los alojados. El primero implica una forma de habitar en la cual dicha acción iba moldeando la vivienda: “Habitar era permanecer en sus propias huellas, dejar que la vida cotidiana escribiera las redes y las articulaciones de su biografía en el paisaje” (Illich, 2018: 464), existía una libertad de acción y de creación.

El habitar de los alojados es el modo actual de habitar en las grandes ciudades donde los ciudadanos son protegidos del Estado, “debidamente registrados como consumidores de alojamientos protegidos por la legislación mediante contratos de locación o préstamos hipotecarios” (Illich, 2018: 466). No residen donde ellos deciden o en algo que puedan crear y transformar libremente, sino dónde y cómo se les permita, así, explica Illich: “el alojamiento asigna a la gente casilleros como residencia. Se planifica, construye y equipa para ellos. Ser admitido a residir mínimamente en su propio alojamiento constituye un privilegio particular; sólo los ricos tienen el espacio para cambiar de lugar una puerta o para clavar un clavo en la pared” (Illich, 2018: 446).

En la forma del alojado siempre está presente una imposibilidad, imposibilidad de tomar libremente decisiones sobre el lugar donde está viviendo, y con ello se ve obstaculizada la posibilidad de que se genere una apropiación simbólica que como hemos visto hasta ahora juega un papel fundamental en la idea del habitar, al cual podemos denominar habitar vernáculo según lo expuesto por Illich y que más allá de la connotación que tiene en relación a culturas tradicionales, o a viviendas rurales, aquí se va a conceptualizar como un habitar del habitante y no del alojado.

Recordemos que cuando hablamos de apropiación, esta es independiente de la propiedad legal, implica una apropiación simbólica que involucra más profundamente al sujeto con el lugar que habita. En opinión de Lefebvre "...habitar, para el individuo o para el grupo es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio” (Lefebvre, 1975: 210).

Dice Jacinto: *se siente bien feo estar invirtiendo en algo que no es tuyo. Se siente bien feo pagar tanto dinero en un lugar que ni estás. Porque yo casi ni estoy en la casa porque me la paso trabajando, siempre estoy en la agencia y eso. Entonces pues yo llego a dormir, me despierto bien temprano, me baño y me voy. Los fines de semana pues estoy un ratito y me*

voy... o sea me gusta salir a pasear y eso que casi ni estoy en mi casa. Se siente bien feo y a veces se siente que estás tirando tu dinero, pero pues es lo que tengo, es la única opción que tengo de un lugar donde vivir, así que intento que el espacio, aunque no sea mío sea lo más acomodado a mi.

Para las personas que rentan un departamento en la ciudad el sentimiento de apropiación es discordante porque por un lado existe el apego, aunque sea mínimo al lugar que es su espacio doméstico con su privacidad, sus objetos y sus límites que lo separan de lo público y lo ajeno. Existe un sentimiento de apropiación derivado de que ahí puede establecer sus propias reglas. Y de un contrato que le concede el derecho al uso del inmueble, lo cual le brinda ciertas seguridades, como por ejemplo que el dueño no puede entrar a él sin avisarle previamente. Pero al mismo tiempo el arrendatario es consciente de su acotada libertad sobre el inmueble y su ficticio derecho de propiedad.

Cuando le pregunté a Xavier si entre sus planes a futuro figura comprar o construir su propia casa, me respondió en seguida que sí, por la siguiente razón:

[...] porque buscarme y hacerme mi espacio propio fue complejo, sabía que el espacio no era mío porque era rentado, porque sé que es mío y puedo confiar en él pero si me lo piden ya no es mío. Puedo poner un poster, pero no puedo tumbar mucho la pared colocando grapas... confianza y no confianza. Y sí creo que eso afecta a cierto... desarrollo de la persona.

El departamento donde vive Xavier con su novia, lo rentan completo desde hace 4 años y el contrato está a nombre de uno de ellos. Desde entonces lo han compartido con una o dos personas más. Entre él y su novia deciden con quién más vivir y administran todo lo referente a ese espacio. Ellos llevaron sus propios muebles y tienen arreglado el lugar a su gusto, pero saben que no pueden hacerle ningún cambio a la construcción sin el consentimiento del dueño. Esto por mencionar una entre varias de las limitaciones de rentar una vivienda, pero que en el caso de los espacios domésticos compartidos que se rentan por habitación, pueden ser más: prohibido llevar visitas, prohibido tener mascotas, prohibido organizar reuniones, horas de llegada establecidas, no tener la posibilidad de decidir con quién vivir, ni tener control de quién entra y sale del departamento.

Ana, José Antonio y Miguel, quienes vivieron en departamentos que se rentaban por habitación, cuentan que el dueño podía llegar cualquier día y entrar al departamento con sus llaves sin avisar, así fuera para vigilar que todo estuviera en orden o para mostrar las habitaciones a algún interesado en rentar ahí:

Ana: Sí él entraba cuando quería y nos regañaba si teníamos sucio el departamento...Es que en su contrato no decía arrendamiento, decía préstamo. Entonces sí era totalmente libre, y sí le llegué a decir que eso a mí me parecía muy incómodo.

Después de vivir un año en esos dormitorios, Ana se cambió con su hermana y dos de sus co-residentes a otro departamento. Buscaron un departamento que pudieran rentar completo para tener más comodidad, sobre el dueño de este departamento cuenta que él no cuenta con llaves y si va tiene que avisar antes:

El casero que tenemos ahora va a cobrar la renta, pero no se mete al depa, sólo va a cobrar la renta, es muy alivianado [...] Él siempre nos ha dicho lo que pase dentro del departamento mientras no moleste a los vecinos no es su asunto. Y a parte está la complicidad entre nosotras de que no sabe que está Mili, porque eso si, tenemos prohibido tener mascotas y Mili es mi gatita. Pero bueno, es muy alivianado y no impone las reglas, ni nos está diciendo “el departamento está muy sucio”.

Como vemos, en el caso de los departamentos que se rentan por habitación, además de las reglas y limitaciones comunes de rentar una vivienda, se suma el hecho de que el control, organización y administración recae en el dueño, lo cual le da la posibilidad de entrar al espacio cuando él lo desee. Esto los inquilinos no lo cuestionan, y aunque pueda resultarles incómodo saben que es parte de cómo funcionan esos lugares y si quisieran que eso fuera de otra manera la única posibilidad sería cambiarse a otro lugar. Esto es debido a que se trata de la propiedad privada de alguien, y esta es una de las curiosidades de la propiedad privada, el dueño puede hacer lo que quiera con ella, y siempre está protegido por el hecho de que es su propiedad, entonces al entrar en la propiedad privada de alguien automáticamente estás bajo sus “dominios”, entonces cuando se transgreden las reglas siempre es, como lo hace Ana con su gatita, a escondidas del dueño y bajo la complicidad de los otros inquilinos. Derivado de esto los inquilinos de estas habitaciones conciben ese lugar más que como una vivienda, como un hospedaje.

Los dormitorios son espacios a los cuales las personas pueden llegar, dormir y realizar sus actividades cotidianas, sin participar en la gestión o transformación de ese espacio, ni echar raíces, ni formar parte de la memoria del lugar. Estos casos pueden parecer una clara ilustración de la propuesta de Illich sobre pensar en el ciudadano como un alojado.

No existe una identificación con el lugar por parte de los inquilinos, porque muy poco del lugar les representa. Retomando el tema de las reglas, estas no se respetan ni se toman en serio porque no las pusieron ellos, ni son acordes a sus necesidades, a sus formas de vivir o a lo que ellos quieren.

José Antonio cuenta que en los dormitorios donde vivió la regla principal era no llevar visitas, pero todos hacían caso omiso:

Ahí sólo podían vivir Hombres, era la regla, solo hombres y en teoría no podían entrar parejas pero las llevaban todos los días. Una regla rota, digo, de las que puso la casera, pues que la verdad eran reglas absurdas. Como le pides a la gente... no sé... cómo le pides a jóvenes que no hagan su vida, en esos aspectos, pero bueno.

También Miguel explica que las reglas de convivencia, de uso y acceso al inmueble las estableció el casero, nunca se las comentó, pero las dejó escritas en un cartel que pegó en algún lugar visible de la casa. Además, en este caso, como medida de control y para corroborar que se obedecían las reglas instaló una cámara dentro del departamento:

Había un como... una especie de cartel pegado de las reglas y terminó en la basura, literalmente terminó en la basura... yo un día lo agarré así, lo hice bola y lo tiré a la basura [risas]... eso pasó con ese papel [...] el espacio común era deprimente, era como de dos por dos con una luz blanca horrible. Y a parte el propietario del departamento se sentía en la potestad de poner una cámara de vigilancia en la parte donde entraba la gente, para que no lleváramos visitas indeseadas [...] nosotros las llevábamos de todas formas, nos valía, una vez volteamos la cámara hacia atrás, para que...es decir... sí, estábamos hartos de esa situación porque a parte una compañera, tenía su cuarto enfrente de la cámara, es decir, la puerta de su cuarto estaba a la par de la puerta de la entrada que era donde apuntaba la cámara.

La luz blanca horrible que menciona Miguel, independientemente de si era agradable o no, habla de un espacio adecuado y ambientado al gusto de alguien que no habita en ese espacio, y que busca acondicionar el lugar de la forma más práctica y no precisamente de la más acogedora. Los dormitorios siempre están amueblados, igual que muchos departamentos que se rentan para compartir entre *roomies*, lo cual es una ventaja para quienes no tienen muebles, pero también un impedimento para quien quiera acondicionar el lugar a su gusto, o simplemente para concebir el espacio como un lugar acogedor, por ejemplo Ana platica que el lugar común del departamento lo utilizaban muy poco, sólo se sentaban en la mesa del comedor porque era difícil acomodarse en la sala debido a que estaba amontonada con muebles del dueño:

El espacio común lo utilizábamos para comer, aunque el primer semestre realmente comíamos mi hermana y yo en nuestro cuarto. Y convivíamos muy poco con las otras chicas, si hacíamos tarea la hacíamos también en nuestro cuarto y salvo que mi hermana tuviera alguna entrega comíamos en el comedor. De hecho, las gemelas también comían en su cuarto y Oralia también, las otras chicas casi no estaban entonces ese primer semestre casi no compartimos el comedor.

[...] Ya en el segundo semestre empezamos a agarrar más confianza entonces salíamos al comedor y el comedor era el punto de reunión. A parte estaba lleno de muebles, no podías estar en otro lado realmente, porque la mesa era enorme y estaba rodeada acá y acá de muebles viejos. No los podíamos abrir y... cosas así, no inspiraban mucho. Como que sí o sí te tenías que sentar en la mesa.

Y aunque el espacio no sea lo suficientemente reconfortante, Ana y sus cohabitantes preferían hacer la mayor parte de sus actividades de casa en sus habitaciones, ya que era el lugar sobre el cual tenían más derechos y sentían más suyo. Las personas que viven en el lugar no tienen el derecho de transformarlo a su gusto, ni de modificar nada sin pasar antes por la autorización del dueño que no vive ahí, y que tampoco concibe ese inmueble como una vivienda sino como un negocio al cual lo mejor es invertirle lo menos posible.

Si el inquilino realiza algún cambio tarde o temprano tendrá que revertirlo y volver a dejar el lugar en su estado original, para evitar ese doble trabajo los inquilinos optan por no concebir ese espacio como un espacio de creación o de manifestación de sus ideas:

Miguel: la cámara no sólo era una agresión a la privacidad sino a la libertad que tiene cada quien de producir su espacio, o sea de... si quiero tal color de pared le cambio el color a la pared, o si quiero como... una vez lo comenzamos a pintar y hasta los focos los cambiamos de color, ya no era blanco sino que pusimos uno rojo y otro azul. Y entonces se enojó bastante ese tipo y así ese tipo de cosas, es decir, ese tipo de situaciones que pasan cuando las personas son bien aprehensivas con lo que tienen y con lo que capitalizan.

Dice Illich que “El alojado vive en un mundo fabricado. No es libre de hacerse un camino sobre la autopista ni de hacer hoyos en sus muros. Atraviesa la existencia sin inscribir en ella su huella”. Para Illich preguntar ¿en dónde vives? debería ser lo mismo que “en qué lugar tu existencia moldea el mundo”, esta capacidad, o mejor dicho posibilidad, de moldear es el verdadero habitar del cual también habló Heidegger, cuando defendió el habitar como algo que se construye y que se piensa.

De manera que el habitar, para que no sea el del alojado, requiere libertad para cuidar, organizar, limitar, transformar, construir y usar un espacio para que exista una identificación y una apropiación del lugar. Por lo tanto, en todo habitar existe un proceso permanente de apropiación. La cámara de vigilancia que mencionó Miguel, por ejemplo, es un mecanismo de control que impide que exista dicho proceso, difícilmente alguien que se siente vigilado en un espacio tan íntimo como lo es la casa, sentirá la libertad para desarrollar la forma como quiera relacionarse con ese espacio.

Igual que en las calles, en un banco, en un centro comercial o incluso en una Universidad, la cámara instalada en los dormitorios donde vivía Miguel instaure en los sujetos una conciencia de saberse todo el tiempo vigilados, lo cual limita la libertad de sus acciones y sus decisiones, así como su capacidad creativa. La cámara no sólo vigila, también disciplina como explica Foucault (2003: 200):

“El que está sometido a un campo de visibilidad, y que lo sabe, reproduce por su cuenta las coacciones del poder; las hace jugar espontáneamente sobre sí mismo; inscribe en sí mismo la relación de poder en la cual juega simultáneamente los dos papeles; se convierte en el principio de su propio sometimiento. Por ello, el poder externo puede aligerar su peso físico; tiende a lo incorpóreo; y cuanto más se acerca a este límite, más constantes, profundos, adquiridos de una vez para siempre e incesantemente prolongados serán sus

efectos: perpetua victoria que evita todo enfrentamiento físico y que siempre se juega de antemano.”

Así, aquel que instala la cámara -el dueño- evita relacionarse con sus inquilinos para no lidiar con situaciones incómodas, ni reclamos o propuestas. Coloca dicho dispositivo como un recordatorio de la presencia de su ojo controlador, como un recordatorio de que en ese lugar aquellos que son vigilados no son libres de hacer lo que quieran o decidan, porque ese lugar no les pertenece. Volvemos al mismo punto, lo que se vigila al poner una cámara en los dormitorios no es “el sano desarrollo de las relaciones sociales”, sino el uso que se le da a la propiedad privada de aquel que vigila.

Este caso puede estar repetido en muchos dormitorios más de la ciudad, y aún cuando no existan cámaras, existen otros elementos que funcionan como recordatorios del orden, como el hecho de que en cualquier momento el dueño pueda entrar por la puerta. Pero no solo existen mecanismos de control en el caso de los dormitorios, también en cualquier vivienda donde su habitante tiene derechos y prohibiciones que se acercan más a las de un alojado, como ocurre con los espacios domésticos compartidos.

Los espacios domésticos compartidos, sus facilidades para adquirirlos y sus condiciones para habitarlos, están impregnados de situaciones que corresponden a una lógica mayor: la lógica que guía el proyecto de la Ciudad de México. Este proyecto, según los autores de *Un habitar más fuerte que la metrópoli* quienes firman con el seudónimo de Consejo Nocturno (2018: 8), conlleva una problemática que consiste en “la *puesta en infraestructura* de todos los espacios y los tiempos en el mundo para la construcción de un megadispositivo metropolitano que anule por fin toda perturbación, toda desviación, toda *negatividad* que interrumpa el avance *in infinitum* de la economía”.

Es decir, la ciudad funciona como un gran dispositivo de reproducción del sistema económico regente: todos sus espacios y sus ritmos están configurados para facilitar la producción y el consumo, lo mismo está ocurriendo con la vivienda. En palabras de Illich, las construcciones destinadas a espacios domésticos en las ciudades son “casilleros en los que se pone la fuerza de trabajo durante la noche, lista para ser transportada a su empleo”, espacios que se ocupan sólo como dormitorios para descansar de la jornada laboral y volver a ella a la mañana siguiente. Su intención es primeramente funcional: pequeños cubos que

condensan lo que algunos consideran el espacio necesario para alojarnos y garantizarnos un pedacito de suelo, “nichos existenciales que permitan cubrir todas *nuestras* necesidades” (Consejo Nocturno, 2018).

La vivienda es reflejo del momento histórico que se está viviendo durante su planeación y construcción. El momento en que la vivienda empezó a modernizarse, o mejor dicho a planificarse acorde a la idea de lo que debía ser el hombre moderno, coincide con la frase del famoso arquitecto Le Corbusier: *la casa es una máquina de habitar*, plasmada en su libro *Hacia una arquitectura*, donde establece sus postulados arquitectónicos para la reconstrucción de Europa en el periodo de entreguerras (1918-1939). Fascinado por la practicidad de las recientes máquinas modernas como los aviones y los automóviles, pensó que la vivienda debía resolverse de la misma manera, como algo práctico, funcional, útil, obedeciendo a los principios del racionalismo arquitectónico y que de la misma forma que estas máquinas, las cuales comenzaban a fabricarse en serie, la casa tenía que expresar la potencia que la industrialización había ejercido hasta entonces (Nuviala, s.f.).

Le Corbusier con esta frase propone una nueva relación entre el hombre y la máquina, con la cual expresa que al sujeto de la ciudad le corresponde una forma nueva de habitar: “la vida moderna exige, espera, un nuevo plan para la casa y para la ciudad” (Le Corbusier, 1923: XX), la de la máquina como casa. Por ello, en el libro mencionado, explica que las viviendas a partir de ese momento debían de ser correspondientes a la imagen de la época, sin fachadas elaboradas, con “paredes tan lisas como las planchas metálicas y con ventanas y puertas iguales que en las fábricas” (Le Corbusier, 1923: XX). De lo cual, resalta hasta la fecha, una intención evidente de convertir la vivienda en un espacio de acondicionamiento hacia una forma de vida que se adapte a las necesidades del sistema económico regente, un espacio de alienación, con lineamientos muy claros y establecidos sobre cómo debe ser usado, sobre cómo se debe vivir.

La metrópoli es un espacio que desapruueba o dificulta cualquier acto de apropiación y autogestión de los espacios, así como de gestión colectiva de los mismos, se empeña en dificultar su uso en cualquier manera que no sea la establecida. Giorgio Agamben, en su texto *Profanaciones*, habla de una pérdida del uso de las cosas, de los espacios, de una imposibilidad de tener una experiencia. Esto ocurre en la ciudad cuando, por ejemplo, sus

espacios hostiles impiden involucrarnos en ella, hacer uso de ella: calles sin banquetas, sin sombras ni bancas en donde descansar o detenerse, kilómetros de accesos privados o centros comerciales mostrando en sus aparadores productos que nunca vamos a comprar, espacios diseñados solo para consumir, eliminando la posibilidad de cualquier otro tipo de actividad.

A esto Agamben le llama *museificación*. Esto no es exclusivo de las ciudades, “todo puede convertirse hoy en Museo, porque este término nombra simplemente la exposición de una imposibilidad de usar, de habitar, de hacer experiencia” (Agamben, 2005: 110). Pero sin duda, la metrópolis es el gran aparato que personifica esta condición.

Así como el museo es un lugar donde no puedes hacer uso de lo que hay ahí, ni del espacio mismo -y en todo caso si se lleva a cabo un uso es uno ya impuesto- la ciudad ofrece formas de “habitar” en ella como experiencias previamente planeadas, estipuladas y definidas, no hay lugar para crear o descubrir formas nuevas y diferentes de vivir. La vivienda y con ella el habitar se han convertido en una mercancía más, un dispositivo más como un celular, una televisión o una autopista, donde sólo existe una posibilidad de uso.

Dice Consejo Nocturno (2018) que, así como ocurre con el resto de las cosas en el sistema mercantil de equivalencias, lo que los poderes metropolitanos nos ofertan, es hacer intercambiables todos los lugares que podían guardar algún tipo de habitabilidad. Con la mercantilización de los espacios de la ciudad, se pierde todo tipo de creatividad para relacionarse con el territorio y con los *otros*, la diversidad cultural que se desprende de la relación con la tierra se extingue a cambio de la homogenización del cemento y los aparadores de la urbe.

La prioridad de la ciudad es la producción y el consumo, el habitar pasa a segundo plano, en palabras de Consejo Nocturno:

Bajo la metrópoli los humanos experimentan constantemente una destrucción de todo habitar. [...] desconocen todo habitar (qué otra cosa podríamos esperar de lo que es por definición inhóspito?) y, por el contrario, son ellos quienes resultan *habitados*, invadidos y ocupados por las fuerzas extranjeras de un programa metropolitano de endocolonización y gestión absolutas en donde la vivienda, el trabajo, el entretenimiento, el gimnasio, el restaurante, todo se exhibe detrás de un cristal, ya no para comercializar productos o

servicios, sino experiencias, que en cuanto mercancías destruyen, sin embargo, la posibilidad de toda experiencia. (Consejo Nocturno, 2018)

El negocio de bienes raíces ha encontrado un fructífero nicho en las viviendas compartidas, llegando a su máxima expresión con las empresas de co-living. El producto que ofrecen es una habitación en una casa, edificio o vecindad amueblada donde se comparte la cocina, el baño, la sala y a veces la azotea, está dirigido a personas que estén interesadas en una estancia larga o indefinida en la Ciudad de México, a un precio alto a cambio de ciertas comodidades y una “experiencia de vida” de elite, de acuerdo con lo que la persona moderna modelo requiere. Existe un administrador que resuelve cualquier problema ya sea del departamento o entre los *roomies*, en la página web de una de estas compañías llamada *Covive* dice que el pago por la habitación incluye servicios, limpieza semanal, vigilancia, cuarto de lavado, amenidades, conserje, agua purificada, jabón y papel higiénico. En la misma página se lee:

Ser parte de la red *Covive* es mucho más que pertenecer a un modelo cómodo y agradable de compartir vivienda. También significa acceder a un mundo de experiencias comunitarias muy especiales, como catas de mezcal y viajes en grupo a pueblos mágicos, por mencionar algunas. Además, *Covive* tiene alianzas con establecimientos cercanos, en donde los habitantes de la red tienen atractivos descuentos.

La vivienda se ofrece como un artículo más, como un paquete de vacaciones todo incluido o un boleto para un parque temático, y habitar se ha convertido en “una experiencia de vida” descrita en un catálogo. Como las habitaciones más baratas en un co-living se ofrecen en 11,000 pesos, se ha convertido en un servicio dirigido principalmente a extranjeros, que vienen a trabajar o estudiar.

Pero, aunque ha sido muy criticado en los foros de gente que busca roomies y un lugar para vivir, sí hay mexicanos que pagan por el servicio de co-living, pues después de todo se acomoda a lo que están buscando y a lo que quieren. Compartir una vivienda en cualquiera de sus formatos, en tanto vivienda compartida y no proyecto en común, es una vía para facilitar otras prioridades que las personas tienen en ese momento y administrar una casa se convierte en un obstáculo. Es por eso que no existe un proceso de apropiación simbólica respecto al lugar, ni tampoco se puede hablar de un habitar que no sea el del alojado. Pero esto es porque desde un principio la intención de compartir ha sido esa: solucionar una

necesidad básica que se ha encarecido significativamente en la ciudad, pero que no supone un proyecto más importante que el trabajo, la profesión, el entretenimiento etc.

En un artículo de la revista *Entrepreneur* titulado “Co-living, la nueva tendencia social y laboral”, hablan de esta modalidad de vivienda como una herramienta para facilitar el trabajo más que como una herramienta para facilitar el habitar o para vivir, que en teoría en eso consiste una casa. En el artículo el cofundador de Homie.mx (una plataforma para rentar viviendas sin aval) dice:

Si nos apegamos tal cual al concepto de co-living, podemos decir que esta forma de vida refleja la libertad para laborar sin estar sujetos en un lugar en específico, que hasta el momento se demuestra un aumento en la productividad de los empleados y en ocasiones una mejora en el estado de ánimo que presentan día con día (Greenham, 2017).

Así como lo indica la frase popular “el tiempo es dinero”, la idea de la productividad ha llegado hasta los hogares. En la ciudad el tiempo es valorizado en términos de productividad, y le ofrece al ciudadano cada vez más facilidades para invertir el menor tiempo posible en los labores de la casa, tiempo que se traducen en mayor y mejor productividad, además ¿quién tiene ganas de llegar a hacerse cargo de los deberes domésticos después de ocho horas laborales? El habitar entonces queda desplazado en un mundo donde la prioridad es vivir para producir y consumir, y donde todo lo que te distraiga de tu objetivo individual debe ser ignorado, o mejor aún solucionado por alguien que te cobre por hacerlo.

En torno a las limitaciones y utilidades de vivir en un espacio doméstico compartido y su relación con una lógica mayor del megadispositivo que es la ciudad, se puede concluir que el uso limitado que tiene un inquilino de un espacio doméstico compartido es sacrificado por la comodidad del desapego que tiene hacia el lugar, el cual es resultado de la falta de compromiso que tiene con él debido a que no es suyo y mantenerlo no le exige esfuerzo alguno más allá de pagar una renta. Todo esto se traduce en un desvinculamiento con el espacio, un habitar del alojado. El sentido ontológico del *habitar* casi poético del cual hablan Heidegger, Illich y Bachelard, se convierte en algo antagónico a las condiciones que la ciudad ofrece para habitar.

Para Raffestin la territorialidad actualmente se trata de un intento (fracasado) de habitar en

un mundo globalizado y monetarizado, cuyos códigos, modelos y realidades simuladas se están convirtiendo en las únicas formas de organización, en los principios mediadores predominantes del *ser-en-el-mundo* humano (Raffestin en Klauser, 2011).

3.3. La dificultad de corresidir: los otros y el intento de habitar.

Como acabamos de ver, el modelo económico-social global y de la Ciudad de México dibuja una tendencia en el modo como se habita y en la oferta de vivienda correspondiente a los espacios domésticos compartidos. De la misma forma influye también en las relaciones sociales que se llevan a cabo en ellos, pero estas relaciones sociales también están compuestas de experiencias individuales y muy particulares que emergen de la vida cotidiana desarrollada en cada vivienda. Dice Milton Santos que “cada lugar es, al mismo tiempo, objeto de una razón global y de una razón local, que conviven dialécticamente” (Santos, 2000: 267), si nos acercamos más a esta escala de lo local, encontraremos otras leyes humanas permeadas de una subjetividad que en el día a día moldean la experiencia de vivir y compartir estos espacios, “el orden local funda la escala de lo cotidiano y sus parámetros son la co-presencia, la vecindad, la intimidad, la emoción, la cooperación y la socialización con base en la contigüidad” (Santos, 2000: 270).

Para Tuan nuestra conexión con los otros es un componente esencial en el valor que le atribuimos a los lugares. Las experiencias de las personas compartiendo espacio doméstico dependen casi en su totalidad de la interacción con sus cohabitantes, como afirma Lefebvre: “Los bienes muebles e inmuebles que constituyen el habitar envuelven y significan relaciones sociales” (Lefebvre, 1975). Dichas relaciones sociales en el caso que nos interesa tienen como punto común que se originan de un interés económico; tanto la relación entre arrendador y arrendatario, como la relación entre los cohabitantes, y en la mayoría de los casos se mantienen como tal, como relaciones económicas.

Por lo tanto, en un principio no existe un interés común por gestionar un espacio en conjunto, sino que cada inquilino se encuentra en la misma situación que su cohabitante de facilitarse un lugar donde vivir o dormir y su único compromiso con el lugar es pagar la renta. Entre ellos no se asumen involucrados con el espacio como grupo, al único que consideran

verdadero responsable de él es al dueño, y con él se resolverán los problemas que surjan, si es necesario. Si no es necesario las quejas se dejarán pasar o habrá un intento de resolverlo entre los involucrados desgastándose lo menos posible. En otros casos, como cuando se renta el departamento completo la responsabilidad recae sobre el que tenga el contrato a su nombre, o quien se asuma como líder.

Cuando el dueño del departamento mantiene una participación constante, como ocurre en el caso de los dormitorios, se observa que el desapego entre los cohabitantes es mayor, ya que existe un “encargado del orden” que, aunque no vive ahí es una autoridad presente, y todos son conscientes de que la última palabra sobre ese espacio la tiene él, tanto así que él decide quién vive ahí. Entonces los inquilinos no encuentran sentido en tratar de organizarse entre ellos, ni siquiera de establecer reglas de convivencia, porque consideran que cualquier problema lo puede resolver el casero si se quejan con él. Es lo mismo que ocurre con las figuras de autoridad y control del orden de la ciudad con relación al desinterés del ciudadano por resolver entre los involucrados sus propios problemas. Por eso en los casos donde un grupo de personas toman el control de su colonia o su localidad la policía federal o estatal sale sobrando, ya que se vuelve evidente que esta está totalmente desvinculada de los problemas de la comunidad.

Pero para que entre varias personas tomen el control de un lugar tiene que existir la iniciativa de hacerlo, esta iniciativa debe estar inspirada en algún sentimiento de identificación con ese espacio o con ese grupo social. En un espacio compartido como los dormitorios, no existe ninguna de estas dos identificaciones, la figura del casero como persona en la que recae el poder no es cuestionada, ni tampoco es del todo incómoda, porque no está presente. Y como no existe esta identificación suficiente ni con el grupo ni con el espacio, cualquier intento de organización termina por disiparse. José Antonio cuenta que uno de sus cohabitantes un tiempo fungió de líder en el departamento, lo cual por un tiempo funcionó, pero después cada quien volvió a actuar a su conveniencia porque era más sencillo para ellos, en vez de tener obligaciones por un bien común que era mejorar la convivencia:

Este chico al poco tiempo de llegar al depa notó que ahí todo era un desastre, llegó muy propositivo y se convirtió en una especie de líder en cuestiones administrativas y también en cuestiones sociales, o sea llegó a haber buena convivencia y, ahí sí, yo diría que en buena

parte gracias a él. Pero después como que los demás comenzaron a ver más por su lado, ya no se empeñaron en fortalecer esos vínculos y la cosa se fue desmoronando, la convivencia llegó un punto en que era terrible. Todo el mundo estaba peleado.

Otro factor que dificulta la convivencia entre los corresidentes de departamentos que se rentan por habitación es la distribución y composición del espacio: al instalar más habitaciones el espacio común queda muy reducido y en algunos casos nulificado cuando los únicos espacios comunes son la cocina y el baño. Si no hay sala ni comedor ni algún espacio de dispersión para sentarse a platicar la construcción de las relaciones se ve mermada. Lo mismo que ocurre en una colonia donde no hay vida vecinal debido a que no hay espacios agradables en la calle para pasear o sentarse a convivir.

Este también es el caso de Miguel, el departamento de dormitorios donde vivió sí tenía sala, pero no era lo suficientemente grande como para poder usarla todos cómodamente, y menos si en un principio eran desconocidos:

Cada quien tenía su propio cuarto y lo común era nada más como la cocina, una salita que estaba ahí, pero eeh... digamos que eso no permitía mucho la relación social, es decir, si se fue forjando una relación social fue por decisión propia, pero... no era como un verdadero habitar, sino que era nada más como rentar un espacio personal bajo las reglas de una persona que es la propietaria. Y entonces, de alguna manera eso no... pues no cuajaba todas las relaciones que queríamos entablar con todas las personas...

Las características del espacio no propiciaban que se generaran situaciones de convivencia, aún así Miguel y sus cohabitantes se fueron conociendo y dejaron de ser desconocidos, entonces sintieron más confianza para usar ese espacio aunque fuera muy pequeño para hacer reuniones, invitar personas. Ya no era incómodo compartir un espacio tan pequeño porque dejaron de ser desconocidos. Un mismo espacio adquiere matices muy distintos dependiendo del tipo de relaciones que se lleven a cabo en él.

Pero el caso de Miguel es uno entre muchos, la percepción de los sujetos en torno a lo conocido y lo desconocido es muy ambivalente, los dos conceptos pueden describir a una misma persona. Mencioné en el capítulo anterior los conceptos de *alienworld* y *homeworld*. Estos dos mundos, que normalmente se caracterizan por tener cada uno su espacialidad

contrastante: el lugar del *homeworld* es el hogar, la casa donde se vive, y *alienworld* es el mundo que se desarrolla en el exterior, en la calle, el trabajo o en la casa del vecino.

En el caso de las viviendas compartidas estos dos mundos pueden coexistir en el mismo espacio. Por un lado, cada uno de los inquilinos de una vivienda de este tipo, tiene sus propias tradiciones y costumbres, su propia visión del mundo que ha forjado hasta el momento, y que tiene que ver con su infancia o lo que construyeron en sus familias, todo lo que les hace ser ellos. Y por otro lado las circunstancias los llevan a convivir también con el mundo particular de cada uno de sus cohabitantes, es decir con el *homeworld* de cada uno y, que, al ser casi desconocidos, representa un *alienworld* para los otros: cuando llegas a tu casa y te encuentras con tus cohabitantes que son personas sin alguna relación contigo, algo del mundo exterior y ajeno se mantiene en tu casa.

Los corresidentes que empezaron siendo desconocidos, a partir del “buenos días” de todas las mañanas comienzan a figurar como “alguien”, alguien con quien se vive. En muchos casos puede ser el inicio de una futura amistad, pero en otros casos nunca llegan a ser tan conocidos y en otros nunca dejan de sentirse como desconocidos.

María platica que entre las veces que ha compartido espacio doméstico, hace unos años compartió departamento con dos estudiantes extranjeras, su experiencia ilustra la variedad de sentimientos e impresiones que surgen en torno *al otro*, desconocido y ajeno, a la hora de compartir un espacio doméstico:

Como 8 meses compartí depa con dos extranjeras que contacté vía una amiga que teníamos en común, pero yo no las conocía. Ese es el detalle cuando tienes que vivir con roomies, muchas veces te va a tocar vivir con personas totalmente desconocidas. Yo siempre he procurado vivir con personas que por lo menos sean conocidos de conocidos, como para tener una referencia no?, no vaya a ser un psicópata!... pero pues es igual, ya a la hora de compartir el espacio sientes esa como... extrañeza que se siente por un desconocido, pero en el espacio que se supone que es tu casa, pero bueno, te adaptas.

Entonces en ese sentido cuando viví con las extranjeras que eran totalmente desconocidas para mí la cuestión del respeto era una ventaja, y más que ellas eran alemanas o suizas (nunca entendí bien), pero pues ya sabes: súper respetuosas, discretas, educadas. Entonces

para mi eso estaba muy chido, que no se metieran para nada con mi vida, no me hacían plática, solo la necesaria, no me preguntaban qué hice ayer...nada. Pero eso me gustaba, sentía mucha privacidad, o sea como que el hecho de que fueran desconocidas las hacía pasar más desapercibidas... y no teníamos que ponernos de acuerdo para nada porque ellas eran muy ordenadas con todo, como que tenían muy desarrollado el sentido común, entonces funcionaba.

Luego el hecho de que fueran extranjeras... eran como doblemente más ajenas a mí, aunque ellas hablaban muy bien español yo siempre tuve la impresión de que... como que manejábamos distintos lenguajes. O sea, tanto así que cuando yo hablaba por teléfono con mi familia o amigos, yo sentía que si hablaba rápido y con muchos mexicanismos ellas no entendían lo que estaba diciendo [risas] y eso me gustaba porque sentía más privacidad también. Y según yo a ellas les pasaba algo parecido porque hablaban súper fuerte en sus videollamadas en su idioma porque sí, ahí sí yo no entendía un carajo, entonces sé que eso les permitía hablar libremente [risas].

Entonces sí me gustaba esa relación impersonal que teníamos, de “sólo lo necesario” ... pero ya después no, después se volvió incómodo, muy incómodo!, pues por eso terminé yéndome. [...] No se bien como describir la sensación... o sea después de un tiempo sentía mucho su presencia en el depa, y me incomodaba sentir las ahí todo el tiempo y que fueran como dos entes desconocidos, y como que siempre quería evitar la incomodidad de encontrarlas en el pasillo o al abrir la puerta porque al final eran desconocidas y pues eso, se volvió muy incómodo compartir casa con dos desconocidas de 8 meses, como que pesaban...es que no... no sé, ya me desagradaban mucho y eso que la relación seguía siendo la misma que cuando llegué ahí, pero ahora los silencios eran muy incómodos, todo... fue raro...

Como platica María el otro siempre es un choque, es un reflejo, es un igual y es un distinto, su existencia jamás pasa desapercibida, aunque se le ignore. Y el espacio juega un papel crucial en este choque, porque no se hace conciencia del otro hasta que nos encontramos en el mismo espacio. De ahí que para Milton Santos “La proximidad que interesa al geógrafo no se limita a una mera definición de distancias. Tiene vinculación con la contigüidad física

entre personas en una misma extensión, en un mismo conjunto de puntos continuos, viviendo con la intensidad de sus interrelaciones” (Santos, 2000: 270).

Podemos pensar en el espacio como un recurso, no sólo la tierra, también unos metros cuadrados de concreto o hasta un sillón, el espacio implica un recurso emocional también, todos necesitamos un espacio para desarrollarnos, para realizar cualquier actividad, y cuando en un mismo espacio hay más de una persona ese espacio o ese recurso se puede ver amenazado, amenazado de transformarse, de ser percibido de otra manera. Una banca no es la misma banca si estamos solos que si hay alguien sentado en el otro extremo, tu interacción con la banca cambia, aunque sea mínimamente. Entonces, en el caso de un espacio que es nuestra casa, por el significado que engloba ese lugar, es todavía más intensa la presencia de *los otros*, y por lo tanto de esto depende la forma como se percibirá y se usará ese espacio.

Probablemente, aunque María en un principio sentía la libertad de llevar a cabo su vida en ese departamento sin que nadie la molestara, al mismo tiempo era consciente de la presencia de las otras dos personas con las que nunca logró intimar y el saberlas ahí le generaba una impresión contraria a lo que se espera de un lugar de intimidad como es la casa. El *allienworld* estaba muy presente, quizá no en su cuarto, pero sí en el resto del departamento, y eso no le permitía sentirse totalmente “en casa”.

María cuenta que aunque hablaran el mismo idioma ella y sus *roomies*, había un lenguaje que no compartían y las separaba, una forma de comunicación que trascendía al idioma y les hacía sentirse distintas, ese algo es el punto en el que no existe empatía con *el otro*, no existe un punto de identificación, sino lo contrario y eso lo convierte en un extraño. Algo que resulta extraño no es familiar, no entra en el mundo del *homeworld* y lo transgrede. Entonces, el sentimiento de “estar en casa” también depende de las personas con las que convivimos, de la comunicación que podemos establecer con ellos y qué tan cercanos o afines se perciban.

La siguiente cita de Descombes es muy útil para reforzar cómo la relación con la alteridad es pieza clave en la sensación de “estar en casa”:

¿Dónde el personaje está en su casa? La pregunta no se refiere tanto a un territorio geográfico como a un territorio retórico (tomando la palabra retórica en el sentido clásico, sentido definido por ocios retóricos como el alegato, la acusación, el elogio, la censura, la recomendación, la admonición, etc.). El personaje está en su casa cuando está

a gusto con la retórica de la gente con la que comparte su vida. El signo de que se está en casa es que se logra hacerse entender sin demasiados problemas, y que al mismo tiempo se logra seguir las razones de los interlocutores sin necesidad de largas explicaciones. El país retórico de un personaje finaliza allí donde sus interlocutores ya no comprenden las razones que él da de sus hechos y gestos ni las quejas que formula ni la admiración que manifiesta. Una alteración de la comunicación retórica manifiesta el paso de una frontera, que es necesario con toda seguridad representarse como una zona fronteriza, un escalón, más que como una línea bien trazada. (Descombes 1987:179 en Auge, 1992)

Rebasar la zona fronteriza del otro, para quienes comparten espacio doméstico como María, es difícil porque no existe el interés de hacerlo, pues, como mencioné anteriormente, el único punto en común es pagar la renta de ese espacio, es una relación económica sin miras a transformarse.

De tal manera que, en estas formas de habitar, los sujetos conservan una sensación de que no están en una vivienda que sea completamente suya, ni completamente íntima, donde puedan ser completamente ellos. Ir al baño, a la cocina o a la sala implica el encuentro con los otros, con quienes no existe la suficiente confianza para entablar naturalmente una conversación, ni la comodidad suficiente para ignorarlos.

Otro ejemplo es la experiencia de Vicente compartiendo departamento en la colonia Narvarte con dos chicas. Una de ellas era dueña del departamento y trabajaba en otra ciudad, por lo que usualmente solo estaban Vicente y la otra chica que era bióloga. Cada quien tenía su habitación, el cuarto de la dueña tenía baño, y el otro baño lo compartían Vicente y la bióloga. El departamento contaba con una sala y un comedor, además de la cocina, estos eran los lugares de uso común, que Vicente prefería utilizar sólo cuando estaba solo:

El espacio común cuando estaba ella en la casa, lo llegaba a usar muy poco. No sé por qué no me daban ganas. Como que no me gustaba usar la sala cuando ella estaba [...] cocinaba muy poco porque cocinar implicaba tener que platicar con ellas. Y eso a mí no me gustaba. O sea a veces en las mañanas me estaba cagando de hambre... y tenía yo mi propia despensa pero escucharlas a ellas que estaban ahí...yo decía "ay wey es que no quería decir ni a dónde fui ayer, ni contarles qué pedo, ni nada" no quería hablar con nadie, no me daban ganas, y menos como en la mañana y a veces solo me salía así de "adiós", y me iba a

desayunar a otro lugar aunque tuviera que pagar... sólo por no convivir. Pero ella sí, su ideal, y sobre todo de Ingrid, que era muy maternal, era como: “pues vamos a desayunar todos y yo hago esto y tal.”

Esta fue la última vez que Vicente compartió departamento, su experiencia estuvo marcada siempre por el hecho de que las personas con las que compartía eran desconocidas:

Eran dos chavas que no conocía previamente, las conocí así buscando en internet que se rentaba un cuarto y al principio fui porque estaba chida la casa y porque solo estaba una chava, pero ya después llegó la otra y fue como... ahí fue como el problema un poco más grande. Que ya éramos más y sí era un departamento muy pequeño, y yo compartía baño con una de ellas y ese era como el pedo.

Aunque Vicente disfrutaba mucho de estar solo, él cuenta que también algo importante en su vida es convivir con sus amigos y platicar. El hecho de que no quisiera convivir con sus *roomies* tenía que ver con que él no había decidido vivir con ellas porque tuviera una buena relación con ellas, pues eran desconocidos, sino que vivía con ellas para solucionar una necesidad, entonces entrar en la dinámica de conocer a dos personas en un espacio donde lo que él quería era estar solo y ya no hablar con nadie, le resultaba una idea tediosa.

Además, antes de compartir este departamento, Vicente llevaba un año viviendo en la casa de Xochimilco de su familia. Bajo el acuerdo de que arreglaría algunos detalles de la casa para posteriormente ponerla en renta, solo él la habitaba. Cuando tuvo que cambiarse a compartir en la colonia Narvarte él estaba muy acostumbrado a vivir solo, a disponer de todo el espacio, a tener privacidad y sobre todo no tener que compartir el espacio ni organizarse con nadie. Razón por la cual le resultó todavía más difícil el cambio.

Lo que más complicó su estancia en el departamento fue tener que compartir el baño con una de ellas y también el tamaño del departamento que propiciaba que absolutamente todo se escuchara, entonces tan solo abrir y cerrar las puertas generaba un ruido que lo despertaba en la noche:

En la noche era un pedo porque tu ya te querías jetear y como la casa era pequeña, abrías una puerta y se escuchaba todo. Y aunque cerraras quedito daba la impresión de que azotabas la puerta por una cosa de la acústica [...] entonces tú ya estabas jetón y escuchabas

la puerta. Y otra vez te ibas a dormir y paz!, cada 15 minutos. Yo sí me quedaba como “qué pedo con esta morra, que tiene?” [...] y ella estaba muy despierta como a la una de la mañana, y a esa hora yo ya me quería dormir porque al día siguiente me gusta más bien levantarme temprano y eso era un pedo porque a las 2 de la mañana pras!

Otro factor era el tema de la limpieza, cada quien tenía su propia concepción de orden, lo mismo las visitas y las fiestas influyeron en que no se llegara a sentir cómodo, aunque nunca tuvo ningún conflicto directamente con ellas, como discusiones o alzarse la voz:

Otro pedo también es que ella invitaba amigos a cada rato, y eso también era una joda porque pues sí te da asco, tú sabes cómo quedan los baños de las fiestas, y como era el único baño que estaba abierto pues todo el mundo cuando había fiesta pasaba a mear y guacarear ahí. [...] Todo el tiempo necesita tener a sus amigas ahí cerca, entonces buena parte del tiempo que me tocó estar siempre iba una amiga suya o varias amigas. Entonces sí llegó a aplicar que un día por ejemplo lunes, de pronto se escuchaba gente en las escaleras y llegaban a la casa. En lunes!, pero igual yo la acusé con la dueña y ya no lo volvió a hacer... Como que se quedó de regla no más fiestas entre semana.”

Lo mismo que en otros casos, de esta anécdota resalta que nunca tuvieron discusiones porque los problemas no se trataban entre las personas involucradas, dice Vicente que en la mayoría de los casos él era muy tolerante y no decía nada, y el día que una de ellas organizó una reunión entre semana, él prefirió decirle a la dueña del departamento para que ella hablara con la otra chica que había organizado la reunión, en vez de decirle a ella directamente para ahorrarse un momento incómodo.

Algo similar ocurría cuando había que hacer alguna reparación o solucionar un problema del funcionamiento de la casa. Parte de las complicaciones de compartir baño entre Vicente y su *roomies* tenían que ver con que la bomba del excusado no tenía suficiente potencia para realizar la descarga exitosamente, y el problema así se mantuvo debido a que era muy complicado solucionarlo, pues debía pasar por varios filtros:

Era un pedo arreglar cualquier cosa en esa casa porque todo tenía que pasar por el papá de la morra, le tenías que avisar para que él a su vez trajera a la gente que él consideraba, con la que siempre ha trabajado, entonces ya desde ahí era un pedo. Y era un pedo porque

cada quien estaba siempre en su pedo con sus cosas, entonces siempre estábamos muy ocupados, la morra estaba estudiando doctorado y yo con todo el rollo de titularme y luego de hacer el proyecto entonces nunca estábamos en la casa, sólo en la noche, y pues para que fueran a arreglarla siempre nos pedían que alguien estuviera en la casa...y además ya cuando por fin fue el plomero a arreglar su dictamen fue horrible.

Esta circunstancia de no poder tomar decisiones sobre el lugar sin tener que pasar antes por otros (los dueños), además de propiciar una falta de involucramiento debido a que se resalta la no propiedad, también fomenta una dificultad para organizarse entre los involucrados, o más que una dificultad representa un pretexto para no hacerlo. Como menciona Vicente, no existe la confianza para decirle al otro qué cosas le molestan, o para tratar de llegar a un acuerdo. Y en todo caso se aprovechan los casos donde existe una figura con más autoridad o responsabilidad sobre el lugar para recurrir a ella cuando algo no está funcionando.

Armando, por ejemplo, que sí había podido elegir con quién vivir, reconoce que a pesar de que sus *roomies* eran sus amigos y los conocía previamente -lo cual consideraba una ventaja- fue complicada la convivencia entre ellos, y esa fue la razón por la que prefirió cambiarse a una habitación en un edificio donde rentaban muchos otros cuartos estilo dormitorios con una cocina y baño compartidos. Explica que en el año que vivieron juntos sólo una vez se dieron el tiempo para hablar sobre la organización de la casa:

Si, una vez dijimos “vamos a sentarnos a hablar”, y entonces ya hablamos y dijimos los errores que creíamos que tenía cada quien, reconocimos los propios, nos propusimos varias cosas. En un breve periodo de tiempo pues si funcionó, pero también en un tiempo llegó como la resignación. Porque él y yo pues éramos como los más responsables, no responsabilísimos, pero nos esforzábamos por hacer de comer, por lavar los trastes de vez en cuando, arreglar el cuarto. Pero el otro compañero que estaba desde el principio, le costaba mucho trabajo. Era muy flojo en ese sentido. Y a menos que uno de nosotros le dijera algo, no hacía nada por sí mismo. Y pues había pláticas que teníamos mi amigo y yo, que decíamos “es que tampoco tenemos que pedirle nada porque ya sé que no lo va a hacer”.

Entonces, la dificultad para poner en práctica una distribución equitativa de las tareas de la casa, y batallar con que a veces uno de sus amigos se retrasara con la renta, o que a veces no la pagara, comenzaron a ser motivos suficientemente fuertes para buscar otro lugar donde

vivir. Y aunque ahora está en una forma más impersonal de vivienda, con más restricciones de espacio y de libertades, se siente más cómodo de no tener que lidiar con los hábitos de otros y ser responsable sólo de su cuarto:

Donde vivo ahora para mí está más cómodo, intento siempre tener limpio y ordenado. Ah porque además cuando vivía con ellos si cocinaba para mí cocinaba para todos, me era un poco difícil cocinar sólo para mí. Y de manera silenciosa esperaba que él hiciera lo mismo, que si cocinaba para él lo hiciera para todos, pero no lo hacía. Entonces ahora cocino para mí, limpio para mí, está todo ordenado...y eso me gusta. Pero la otra casa también tenía muchas ventajas. Por ejemplo, como tocábamos en una banda, la batería cabe ahí y podía tocar ahí, ensayábamos ahí. Pero en mi cuarto pues es imposible porque además rento con otras personas a las que no les hablo y pues es un edificio más grande, siempre hay gente. A veces uno quiere su espacio, para sí, pero otras veces también te gusta la compañía. Y muchas veces en este cuarto pues hay momentos en que sí me siento solo, y echo de menos que hubiera gente.

Como vemos, en muchas de las historias de los entrevistados existe la idea de preferir vivir solo o incluso bajo las reglas y administración de alguien más con tal de no tener que lidiar con el esfuerzo de organizarse con los otros, es decir, les resulta más práctico una forma de vida donde no esté amenazada su individualidad.

Una vez más esto no es un rasgo aislado, ni completamente personal. La Ciudad de México, en tanto proyecto urbano capitalista, es un dispositivo que funciona en sentido contrario a la idea de comunidad. La forma como funcionan los espacios domésticos compartidos, así como otros tipos de espacios domésticos, en gran parte son un reflejo de ello. Las ciudades, con su proteccionismo estatal, sus “facilidades” para el fomento del consumo y la capitalización de todo bien, así como la escasez de espacios de integración social y de recreación, entre otras medidas reguladoras, fomenta y siempre prefiere la individualización antes que cualquier intento o germen de organización social independiente.

Illich considera elemental que exista una actividad comunitaria para que el humano realmente *habite*, para él habitar implica apropiarse del lugar de una forma colectiva, y los formatos postmodernos individualistas son uno de los obstáculos que según él impiden que la ciudad sea un lugar habitable, según Illich “que nuestro mundo se haya vuelto inhabitable

es una consecuencia manifiesta de la destrucción de los ámbitos de comunidad” (Illich, 2018: 467).

La ciudad es una fábrica de *individuos*, no de colectivos, bajo las políticas de alojamiento y resguardo de sus ciudadanos, estas medidas proteccionistas de doble filo, lo que han conseguido es privar a los grupos sociales de su capacidad de organización, volviéndose dependientes de una figura paternalista que lo resuelva todo. De acuerdo con Illich “la sociedad industrial es la única que se esfuerza por hacer que cada ciudadano sea un elemento que hay que abrigar y por lo tanto está dispensado del deber de esta actividad comunitaria y social que llamo el arte de habitar” (Illich, 2018: 466). El ciudadano se ha tornado en un individuo inútil, al cual le reconforta y se siente abrigado cuando le dicen cómo hacer las cosas: “Metrópoli es por tanto *institución total*: oferta total de servicios para minusválidos existenciales” (Consejo Nocturno, 2018).

Es incluso una ironía de las ciudades, sobre todo de una tan poblada como la Ciudad de México, que sus habitantes se encuentren siempre tan cerca unos de los otros y mantengan una comunicación casi nula, sobre todo cuando se trata de ayudarse o cooperar en algo; o extraña también el hecho de que existan tantas personas que dicen sentirse solas. Las grandes ciudades se caracterizan por abrigar una masa alienada y desinvolucrada, “en las existencias metropolitanas lo que predomina son modos distantes de socialización sin convivialidad, experimentados, por ejemplo en el interior de un vagón del metro donde no cabe un solo cuerpo más, o a cielo abierto en el flujo de peatones que caminan hombro con hombro evitando estorbarse” (Consejo Nocturno, 2018: 28).

La ciudad prioriza las relaciones económicas hasta un punto tal que nulifica cualquier posibilidad de empatía o asociación entre las personas, se trata más bien de una disociación del ciudadano ante todo, “que haya millones de átomos aglomerados bajo la metrópoli en absoluto significa que se susciten millones de encuentros entre ellos” (Consejo Nocturno, 2018), y esto no describe únicamente una escena de desconocidos de las calles, sucede en los espacios públicos así como en los privados y los domésticos.

La indiferencia hacia los otros es una de las varias características de la ciudad de las cuales se permea la forma como vivimos, y que fácilmente se puede leer en los relatos de los alojados en estos espacios compartidos cuando narran la dificultad para organizarse, para

establecer reglas o repartirse tareas. Lo cual no es de sorprender en una sociedad donde no se ha enseñado a sus integrantes a crecer juntos, a crear redes de organización, a ser autónomos, sino todo lo contrario, a ser dependientes e individualistas.

La experiencia de Miguel es un buen ejemplo, él cuenta que junto con sus cohabitantes del primer departamento donde vivió (los dormitorios), decidieron buscar un departamento que pudieran rentar completo, para tener más libertades y utilizarlo a su manera, de la manera que en teoría ellos decidieron en conjunto. Entonces dejaron ese departamento que se rentaba en forma de dormitorios, para rentar un departamento en la misma zona bajo el típico contrato de arrendamiento. Lo curioso fue descubrir, una vez que tuvieron más libertades (en comparación a su vivienda anterior) para administrar el espacio y poner sus propias reglas, que ahora era más difícil entenderse. En los dormitorios cada quien era responsable de su habitación, pues era el único espacio de la casa que sentían como suyo; y el espacio común, más que de todos, era de nadie, porque en todo caso era del casero, lo cual les libraba de tener responsabilidades sobre el lugar, y entonces nadie transgredía el espacio de nadie. Antes si no se respetaban las reglas del espacio común nadie lo tomaba personal porque las reglas las puso el casero, incluso se unían para romperlas y sentir una especie de rebelión hacia esa autoridad. Por ejemplo, las visitas que tuvieran en el lugar anterior no afectaban a los demás porque estas se quedaban en la sala, la cocina y el baño, donde era un territorio de nadie, representaban una posibilidad de conocer a alguien nuevo, de socializar, y no una amenaza para su espacio como en cambio sí ocurría cuando rentaban todo el espacio entre todos. Bajo esta nueva circunstancia irónicamente la convivencia y el establecimiento de las reglas se complicaba.

Cuando en el nuevo departamento tuvieron la libertad de establecer sus propias reglas y organización, la libertad se tornó en un conflicto porque ninguno quiso tomar la responsabilidad en conjunto de acordar cómo se iba a gestionar ese espacio, y como cada quien hacía lo que quería, esa libertad terminó por separarlos. Además de que salirse de los dormitorios y rentar un departamento bajo contrato implicó pasar a otro tipo de relaciones económicas por la vivienda:

La cosa es que varias situaciones nos hicieron decir “no, sí necesitamos nuestro propio espacio para hacer lo que nosotros queremos”, pero eso implica pagar más, o no

necesariamente pagar más pero sí tener compromisos jurídicos, tener como una especie de record crediticio por ejemplo...pero nosotros somos virginalmente financieros o financieramente virginales. Entonces este man que es amigo mío le pidió a sus papás que fueran avales y mi otra compañera también, y cosas por el estilo, entonces ya también implica otras relaciones de dominación verdad?, así como que... “ah si soy aval tuyo pero tenés que estudiar”... es decir no tenés que andar en otras cosas que no te corresponden o en otro tipo de exploraciones que no te corresponden verdad?, entonces ya es otro tipo de dominio, nos salimos de un dominio pero nos metemos en otro entonces es como “uaaaaaagh”!!, raro...

Como podemos ver, la libertad que se tiene en este tipo de espacios rentados nunca es completa, se depende de muchos factores que entorpecen un uso total del lugar, y sobre todo que imposibilitan cualquier tipo de apropiación con el lugar y el grupo. Cuando Miguel y sus amigos pasan, como él dice, “de un dominio a otro tipo de dominio”, lo que ocurre es que, aunque se ganan otro tipo de libertades, como tener un departamento completo donde nadie los está vigilando, ellos deciden con quién vivir, a qué hora llegar, etc., aún así el departamento no les pertenece, el dinero con el que pagan la renta probablemente no es completamente suyo (a algunos los apoyan los papás), y en el contrato también aparece el nombre de uno de sus padres como aval, por lo cual, en el uso de esa vivienda tienen un compromiso con más personas de las que desearían.

Aunque pueda parecer poco trascendente, esta repartición de esfuerzos y contratos, también deslinda de compromiso a los inquilinos con el departamento. Todos saben que ese departamento no es suyo y que no vale la pena involucrarse demasiado, o llegar a grandes acuerdos con sus corresidentes para conseguir algún tipo de orden u organización. Algo parecido experimentaron todos los entrevistados, en ninguno de los casos entre los corresidentes hubo suficiente iniciativa ni interés por organizarse y establecer algunos lineamientos para llevar a cabo su coreidencia, cuando les pregunté al respecto prácticamente todos hicieron alusión al “sentido común” como figura organizativa de la casa y parámetro de discernimiento entre lo permitido y lo prohibido en la convivencia con los otros.

Por ejemplo, Jacinto es quien administra el departamento que actualmente comparte con un amigo, explica que ahí él ha establecido dos reglas: no fumar y no fiestas entre semana, considera que de ahí en fuera su amigo sabe qué cosas están permitidas. Cuando él llegó a vivir ahí mismo con sus otros amigos que le ofrecieron un cuarto tras el temblor, cuenta que nunca se habló de ninguna regla:

Me acuerdo que cuando yo llegué a vivir ahí mi amigo Allan me dijo “wey pues es fácil, si tienes sentido común puedes vivir aquí”, y me acuerdo mucho de esa frase porque eso es cierto. O sea, mientras que sigas como estatutos básicos de convivencia yo no tengo ningún problema.

Sin embargo, el sentido común es algo muy relativo y no universal, en realidad pocas veces es común. En el caso de José Antonio, cuando vivía en los dormitorios, nunca lograron llegar a un acuerdo sobre la limpieza de la cocina y el baño, aun cuando uno de los inquilinos intentó liderar al grupo, terminó por ser imposible debido a la indisposición de algunos integrantes:

El baño yo lo llegué a limpiar alguna vez, luego había unos que todo el tiempo estaban quejándose de que estaba sucio pero... no eran responsables de lo que ellos mismos ensuciaban. Por ejemplo, iban a cocinar y dejaban hecho un desastre y no les importaba porque le tocaba a otro limpiar la cocina.

La indisposición para organizarse y gestionar entre todos un espacio se debe a varias situaciones que ya se han ido mencionando, y resumiré a continuación:

Por un lado, está el hecho de que el objetivo que persiguen (de sus vidas como personas singulares) se puede ver entorpecido por este nuevo proyecto - del espacio en común- que a nadie le interesa porque consideran que es más práctico pagar cada mes una renta, y quizá un servicio de limpieza antes que tener que involucrarse más y perder el tiempo que invierten sólo en ellos mismos, resolviendo todo lo necesario desde su individualidad. Esto último es reflejo de la forma como Consejo Nocturno describe la dinámica social en la ciudad: “predicando un *sálvese-quien-pueda*, todos y cada uno se valen de sus medios para ganarse su existencia, participando de manera individual e indiferente en la misma actividad social que los demás”, y que para nada se concibe como un proyecto en común (el de la misma

vivienda). Incluso algo que les gusta a quienes viven bajo este formato y consideran parte de lo que están pagando: no tener que responsabilizarse o involucrarse de más, pagan por la facilidad y comodidad de vivir en algo muy parecido a un hotel. Las formas de vida, así como la misma arquitectura actuales, fomentan la carencia del hábito de la comunalidad, vemos por el contrario que “las distintas opciones de vivienda que se ofrecen son lugares idóneos para la inmunidad y, con ello, son cunas de atomización: dan lugar al sujeto *idiot*a, contento consigo mismo por haber sustituido todo principio de comunidad por el principio de comodidad” (Consejo Nocturno, 2018).

Por otro lado, otro factor por el cual se dificulta el desarrollo comunal es que los inquilinos de este tipo de espacios domésticos se sienten muy poco identificados con el lugar por las siguientes razones: uno, que el lugar no es de ellos, y aunque la gente puede llegar a sentir que la casa que habitan es suya aun cuando estén rentándola, en estos casos el sentimiento de pertenencia es difuso porque recae o se reparte entre muchos involucrados que entre ellos no comparten el mismo sentimiento de identificación por el espacio. Dice Consejo Nocturno (2018: 29) que “la metrópoli reúne lo separado, pero lo reúne *en cuanto separado*” (Consejo Nocturno, 2018, 29), y esto ocurre en estos espacios compartidos, entre los cohabitantes no tienen un pasado en común, una historia en ese lugar que los una como grupo e impregne de valor el lugar, no hay una identidad compartida por el lugar.

Incluso los vecinos perciben así a los nuevos habitantes que llegan a vivir a las colonias o a las Unidades Habitacionales por períodos cortos. Miguel platica que él percibía eso cuando vivió en los dormitorios:

Era un quinto piso en una unidad habitacional... igual era de gente muy conservadora, muy... o sea muy privada dentro de su propio espacio... había pues, había también gente que había pasado viviendo ahí mucho tiempo y que probablemente había heredado su departamento, pero que ahora no se dedicaba a nada más que pues a vagabundear por ahí, a vigilar. Pues era gente que se sentía mucho más parte de ese espacio, y que veía a los que llegaban así sólo a rentar como personas cíclicas, cíclicas o invasores que no sabían nada de la existencia social de ese lugar, o de los verdaderos problemas de ese lugar.

Y de la misma forma vemos que ocurre a mayor escala en la ciudad, colonias nuevas o transformadas donde no existe un pasado en común, la gente no se conoce y no hay interés

por crear lazos sociales. De acuerdo con Milton Santos “cuando el hombre se enfrenta con un espacio que no ayudó a crear, cuya historia desconoce, cuya memoria le es ajena, ese lugar es la sede de una intensa alienación” y agrega que “la memoria colectiva es considerada como una argamasa indispensable para la supervivencia de las sociedades, el elemento de cohesión que garantiza la permanencia y la elaboración del futuro” (Santos, 2000: 279).

El hecho de que en los espacios domésticos compartidos no exista una memoria colectiva está relacionado con otra de las características que complican los lazos entre los cohabitantes, que es que su estancia es momentánea, durará unos meses o tal vez años, pero todos saben que están de paso. Giglia explica que:

Los sujetos sociales contemporáneos con frecuencia se caracterizan por una alta tasa de movilidad. Esto ya es un hecho significativo, pero no es completamente nuevo. El dato nuevo es que un número cada vez mayor de sujetos tiende no sólo a viajar, sino a localizarse, a anclarse como se ha dicho eficazmente, en más de un lugar. El otro lugar no es sólo la meta del viaje, ya no implica necesariamente la mudanza definitiva o el regreso, el otro lugar se transforma en una segunda patria, un lugar en el que se hacen inversiones afectivas y materiales sustanciosas, al cual se pertenece y en el cual se vive, pero no para siempre. El lugar de origen, de procedencia, seguirá siendo frecuentado, se regresa a él, pero ahora, lejos de ser la patria perdida y recobrada, pasa a ser, por así decirlo, el otro lugar del otro lugar (Signerolli, 2008: 43-60 en Giglia, 2012: 14).

La falta de pasado y de futuro con relación al lugar les hace asumirse como un ocupante transitorio, no tienen proyectos, sueños o fantasías respecto a ese espacio, como dice Alicia Lindón (2005) “seguirán siendo migrantes sin interés en participar en la memoria del lugar”.

Así vemos que la pérdida de significado de los lugares es una de las carencias sociales preferidas para los interesados en la capitalización del territorio. La homogeneización de los espacios urbanos, así como la proliferación de los *no lugares*, son transformaciones que propician el desarraigo de las personas a escalas mayores de la ciudad. Existen dos términos que explican bien este proceso: uno es la *atopía* que está muy relacionado con la situación del desinvolucramiento descrito líneas arriba de los inquilinos de departamentos compartidos. La *atopía* describe un fenómeno típico de las periferias dormitorio donde los habitantes sólo utilizan su vivienda o habitación para llegar a dormir, implica la ruptura del vínculo arcaico entre la historia humana y el anclaje terrestre (Lindón, 2005), para Angelo

Turco “proclama el desfallecimiento del hombre-habitante que, privado de cierta suerte de su sustancia cultural, se siente desarmado frente a los procesos de degradación de la territorialidad” (Turco,2000: 289, en Lindón 2005).

Bastante similar a este concepto está el de *toponegligencia*, acuñado por Yi Fu Tuan, para describir el proceso que vive un número, cada vez mayor, de individuos que no experimentan una relación de pertenencia hacia el lugar donde viven, dice que se trata de una “alienación del hombre que acaba considerando los lugares como objetos con los que sólo cabe una relación de consumo o de contemplación superficial y sustituye así gradualmente el sentimiento de *topofilia*, reprimiendo uno de los impulsos más íntimos del ser humano” (Tuan, en Yory 1999: 61). A partir de estas definiciones y con lo expuesto en torno a los espacios domésticos compartidos se puede deducir que el *habitar* en dichos espacios está mermado por una carencia de significado territorial (apropiación simbólica) y el debilitamiento de los lazos sociales. Por el contrario “*Habitar es devenir ingobernable*, es fuerza de vinculación y tejimiento de relaciones autónomas”, y desafortunadamente las formas disociadas de la ciudad se normalizan cada vez más de manera que hemos olvidado o nunca hemos conocido otras formas de vivir.

Sin embargo, existen casos de personas y grupo de personas, que contra todo pronóstico han logrado esquivar esta tendencia alienante, defendiendo su derecho a habitar dignamente, rescatando los lazos sociales comunitarios y buscando apropiarse de un lugar, lo más autónomamente posible. En muchos casos donde la propiedad de la tierra está en juego, les ha representado una lucha a la cual han entregado parte de sus vidas o incluso se ha convertido en el motor de su vida. Citaré tres ejemplos a continuación:

Un primer caso es el de la ZAD de Notre Dame des Landes donde el gobierno tenía planeado construir el tercer aeropuerto más grande de Francia en 200 ha de un ecosistema de humedales con especies endémicas. Para lo cual debían expropiar la tierra a campesinos y población local. Ecologistas, activistas, anarquistas y campesinos se unieron para defender ese pedazo de tierra y en la defensa ocuparon el espacio, levantando en el 2015, entre cabañas, granjas y aldeas, 60 “lugares de vida” donde actualmente todavía residen y trabajan esa tierra que lograron apropiarse.

Otro caso es el de la casa de artes y oficios Chanti Ollin, este es un ejemplo de propiedad colectiva en la Ciudad de México. Este edificio abandonado, ubicado a unos metros de avenida Reforma y del Bosque de Chapultepec, fue apropiado al finalizar la huelga del 99 por hombres y mujeres en defensa de la educación gratuita. Sus habitantes vivían y sostenían la casa de una manera autónoma, sembrando en la azotea lo que consumían para sus alimentos, horneando pan, construyendo baños secos y apoyándose de otras organizaciones e intercambiando recursos y conocimientos con otros compañeros. El agua, por ejemplo, la obtenían realizando tequio con un habitante de la colonia Magdalena Contreras. Entre los habitantes tomaban decisiones para la casa y organizaban talleres y eventos en el espacio. En el 2016 fueron violentamente desalojados y hasta la fecha siguen luchando por recuperar el espacio que durante más de diez años habían trabajado y defendido.

Otro ejemplo muy interesante, que merecería una tesis de geografía, es el caso del Frente Popular Francisco Villa, el cual surge como una alternativa de organización social para las personas que no tienen los medios económicos suficientes para adquirir una vivienda. Se consolidó como consecuencia de desalojos e invasiones, consiguiendo defender otras formas de adquisición de suelo, fuera de las convencionales, y de manera colectiva. Y a partir de créditos que adquieren en grupo han logrado construir más de 5 mil viviendas con las consideraciones necesarias para que satisfagan un habitar digno en la urbe (suficiente iluminación, viviendas de tamaños que no propician el hacinamiento, áreas verdes y de recreación, etc). Su propósito es acceder a la propiedad de una vivienda a través de otros medios que no son los que el mercado inmobiliario propone, asegurándole a la gente un patrimonio y evitando de esta manera que pasen la mayor parte de sus vidas rentando una vivienda que nunca será suya.

En todos estos casos los involucrados deciden en conjunto sobre los asuntos de la vida cotidiana, y así las decisiones que se toman están más cercanas a las necesidades de los integrantes de las viviendas. Con ello se construyen sujetos con la capacidad de asumir colectivamente la gestión de sus propios asuntos, y esto les genera un sentimiento de identidad colectiva y de arraigo al territorio pues están formando un hogar, que finalmente se traduce en una fuerte comunidad de resistencia.

Como se ha demostrado, el esfuerzo de las personas involucradas en estos tres casos no recayó en un sólo individuo, fue gracias a la organización colectiva que consiguieron su objetivo. El ser humano es un ser gregario que disfruta de la compañía de los otros, que le gusta compartir con los suyos. Por lo tanto, valdría la pena trabajar en plasmar esas relaciones en el espacio, ya que convivir es compartir espacio. Aprender a producir espacios en común, y tener en cuenta la importancia que tiene el espacio sobre las relaciones podría ser un paso para tejer redes más sólidas y solidarias en la sociedad.

Finalmente, no debemos quedarnos con la idea de que el sujeto de la ciudad contemporánea que comparte espacio doméstico impersonalmente, es un ser desvinculado de todo lazo social y territorial en su *habitar*. Cuando le pregunté a Jacinto cuál consideraba que era el lugar ideal para vivir, me respondió lo siguiente:

Creo que el mejor lugar para vivir es un lugar donde si estás con alguien, que quieras a esas personas. Es la mejor forma de tener un hogar... tal vez el espacio como tal no es tan importante yo pienso que un lugar donde estás y las personas que están ahí te interesan y tú les interesas es un buen lugar para vivir.

En el habitante de la ciudad persiste el deseo por vivir en un lugar que sea de su agrado, que él elija y que pueda compartir con alguien que él decida. Las características de la ciudad son las que dificultan que ello ocurra. Pero si observamos cautelosamente se van construyendo y encontrando otras formas de conseguir y mantener esos lazos, con la gente y con el espacio. La forma como se habita actualmente en las ciudades está constantemente transformándose, y en sus varias transformaciones se van formando nichos de adaptación o de resistencia, que pueden incluso ser micronichos como una habitación donde las personas logran habitar.

No podemos pensar que todo habitar en la ciudad está perdido. Reinventándose y actualizándose, el sujeto moderno en tanto semi-nómada o semi-migrante tiene también posibilidades hacia la creación de nuevos espacios y nuevas formas de habitarlos. Dice Santos que “en un mundo en movimiento, la realidad y la noción de residencia del hombre no se disipan. El hombre habita tal vez menos o mucho menos tiempo, pero habita: aunque sea desocupado o inmigrante” (Santos, 2000: 279).

Por su circunstancia pasajera en los dormitorios o espacios domésticos compartidos, el cohabitante y el alojado, tienen en común con el inmigrante la semilla para crear nuevos espacios y nuevos vínculos con él, que pueden estar contenidos también de fuertes significados, o que pueden resignificar los espacios que van construyendo en y a costa de la ciudad. Así lo expresa Santos sobre el poder que tiene el migrante de producir espacio:

Los inmigrantes traen consigo todo un caudal de recuerdos y experiencias creado en función de otro medio, y que poco les sirve para la lucha cotidiana. Necesitan crear una tercera vía de entendimiento en la ciudad. Sus experiencias vividas quedaron atrás y la nueva residencia obliga a nuevas experiencias [...] Obligados a olvidar, su discurso está menos contaminado por el pasado y por la rutina. Tienen el privilegio de no utilizar de manera pragmática y pasiva lo práctico-inerte (procedente de otros lugares) del cual son portadores [...] El lugar nuevo le obliga a un nuevo aprendizaje y a una nueva formulación. [...] Cuanto más inestable y sorpresivo es el espacio, tanto más sorprendido será el individuo, y tanto más eficaz la operación de descubrimiento. La noción de espacio desconocido pierde la connotación negativa y gana un acento positivo, que proviene de su papel en la producción de nueva historia (Santos, 2000: 280).

Ciertamente, como dice Santos, el habitar no se disipa en los espacios domésticos compartidos, sus inquilinos encuentran momentos y rincones donde consiguen habitar. Obviamente la idea de casa y de hogar se ve distorsionada en estos lugares, y por ello da lugar a una *desterritorialización*. En un mundo donde existe una creciente acumulación de sujetos en espacios limitados, se llegó al punto de compartir casa con desconocidos. La casa que se percibía íntima y privada ahora es también lugar de encuentro con lo externo, lo desconocido, lo ajeno, lo extranjero.

Si habitar implica un proceso de territorialización, en el caso del habitar contemporáneo de los espacios domésticos compartidos, podemos hablar de una desterritorialización, no como una acción contraria sino como una transformación de lo que se espera de las formas de habitar un espacio doméstico. Guattari explica lo siguiente sobre la desterritorialización:

El territorio se puede desterritorializar, esto es, abrirse, en líneas de fuga y así salir de su curso y se destruye. La especie humana está sumergida en un inmenso movimiento de desterritorialización, en el sentido de que sus territorios *originales* se rompen ininterrumpidamente con la división social del trabajo, con la acción de los dioses

universales que ultrapasan las tablas de la tribu y la etnia, con los sistemas maquínicos que llevan a atravesar, cada vez más rápidamente, las estratificaciones materiales y mentales. (Guattari y Rolnik, 1996: 323 en Herner, 2009)

Pero se trata de una desterritorialización donde la reterritorialización no es absoluta, es decir no se está haciendo una verdadera transformación que invite a una forma totalmente nueva o beneficiosa de habitar, sino simplemente *otro* habitar, un habitar de sujetos desterritorializados.

Por un tiempo en sus vidas para estos sujetos la casa no será totalmente casa, pero de la misma forma, para *el habitar* actual y futuro el espacio será cada vez menos fijo y permanente. El habitar junto con el espacio y los lugares están siempre en una constante transformación y reinvención.

Conclusiones

Como punto de partida, ubicamos el estudio del espacio doméstico en el campo de la geografía humanística y de las geografías de la vida cotidiana. Esto debido a su contenido subjetivo, ya que fue a partir de la experiencia de los sujetos que se buscó conocer estos espacios.

Sabemos que, el hogar y la casa son lugares que tienen un significado existencialmente importante en la vida de los seres humanos, su carga simbólica, tanto en la práctica como en el imaginario, ha acompañado a la humanidad en toda su historia por tratarse del sitio básico de su reproducción.

En las entrevistas a profundidad que se realizaron a diez personas que están o estuvieron en la situación de compartir vivienda, se observó que existen momentos claves en sus vidas, eventos cruciales que influyen en la manera como conceptualizan o perciben los espacios domésticos, especialmente en lo referente a la casa, la comodidad, la familia y el hogar. Por ello esta investigación cualitativa se nutre de los recuerdos y del lenguaje de los entrevistados.

A lo largo de sus vidas las personas pasan por diferentes viviendas que van obteniendo distintos valores en sus recuerdos según sus circunstancias y sus experiencias presentes y pasadas. Y todas están impregnadas de lo que cada quien percibe por hogar y casa, conceptos que se diferencian de la vivienda por tratarse de algo más que de una edificación. Además de los significados personales, donde por ejemplo la infancia tiene un papel primordial, existe también un simbolismo en torno a estos conceptos que compartimos colectivamente, se observa que ligadas a estos lugares del habitar están las ideas de: abrigo, protección, refugio, familia, privacidad, intimidad, núcleo, vientre, seguridad, etc. Y observamos también, que ya en la realidad, no en todos los casos coinciden estos adjetivos con los lugares que se habitan, pero sí persisten como un ideal.

Hablamos sobre la cualidad que tienen los espacios domésticos compartidos de en un mismo espacio contener valores relacionados con el hogar y al mismo tiempo contener valores que son lo opuesto. Me explico, según Husserl, cada persona experimenta un mundo de lo

familiar (*homeworld*) y un mundo de lo ajeno o desconocido (*allienworld*), el primero son los valores aprendidos y experiencias acumuladas principalmente en la infancia y en el nicho familiar, constituyen una parte importante de la identidad de las personas; y el segundo representa el encuentro con lo extraño, el otro, aquel que no es parte de tu familia o de su grupo. Trasladando estos conceptos al espacio una forma muy simplista de representarlos sería el hogar y la calle. Para alguien que comparte un espacio doméstico con desconocidos, o incluso con amigos que tienen hábitos y costumbres distintas, en su espacio doméstico conviven *allienworld* y *homeworld*. Estos lugares pretenden ser para sus inquilinos el lugar de descanso e intimidad, al mismo tiempo que en ellos se encuentran con *los otros*, y con las limitaciones de un lugar que no es suyo, ni es completamente acogedor como se supone que sería un hogar.

Todas las personas necesitan y buscan un lugar en donde desarrollar sus vidas, los lugares tienen esa propiedad, les proporcionan a las personas un espacio para efectuar algo. Los lugares del habitar son espacios donde las personas llevan a cabo sus vidas cotidianas, en ellos desenvuelven sus hábitos, y dichos hábitos reflejan un “modo de ser”. Por lo tanto, al habitar, las personas están reafirmando y expresando eso que son, su identidad. De ahí que, según Heidegger, Illich y Agamben, los autores en los cuales nos basamos para la interpretación de estos conceptos, *habitar* sea una categoría cultural y también ontológica.

El humano al habitar se reproduce a sí mismo, construye y se reconstruye, transforma, cuida, cultiva y cosecha. Además, desarrolla y plasma libremente en el espacio sus tradiciones y costumbres, su forma-de-vida, es una acción que le demanda creatividad y por ello habitando crea y refuerza una identidad.

El habitar ontológico, para las formas de vivir actuales, se considera como un habitar vernáculo, rural, o antiguo que difícilmente se puede llevar a cabo bajo los proyectos y políticas de una megalópolis. Ciertamente, en el caso que este trabajo tiene como objeto de estudio, los espacios domésticos compartidos entre corresidentes, no propician que sus inquilinos se perciban involucrados en un habitar de este tipo. Esto debido a las siguientes razones:

Debido a la alta demanda y la baja oferta de vivienda, así como a la especulación inmobiliaria, las zonas más cotizadas de la ciudad cuentan con rentas que jóvenes y

estudiantes difícilmente podrían pagar solos. Por lo tanto, requieren compartir una vivienda con alguien más y repartirse el pago de la renta. Dado que esto último es el motor y único interés para vivir juntos, la relación entre ellos -y con el espacio- es completamente económica. Entonces de aquí se derivan dos complicaciones que caracterizan la forma como se habitan estos espacios: por un lado, está la relación económica entre los inquilinos y por otro la relación económica de cada uno con el espacio.

Rentar el espacio implica que el que habita no es dueño de ese lugar. Por lo tanto, existen muchas limitaciones sobre lo que el inquilino puede hacer en esa vivienda; los contratos de arrendamiento, o acuerdos bajo los cuales los inquilinos pueden ocupar la vivienda, en muchos casos son muy estrictos sobre el uso del lugar, existen muchas prohibiciones y limitaciones, no es posible una transformación o personalización del lugar y esto entorpece el involucramiento con el mismo. Lo cual se acentúa todavía más en los espacios domésticos que se alquilan como dormitorios, donde sólo se tiene un uso total (aunque no libre) y privado de una habitación, pero que está inmersa en un ambiente que se percibe ajeno. Las circunstancias bajo las cuales se vive en estos lugares sólo son aceptables para los inquilinos porque contemplan ese espacio como una vivienda de paso, en la cual residirán poco tiempo, idea que también propicia que nunca se genere un sentimiento de arraigo, identificación o apropiación del espacio.

En cuanto a la relación que se construye entre los habitantes ocurre, paradójicamente, que, en la dinámica de compartir el espacio entre varios, en vez de generar un apego colectivo hacia el lugar, los sentimientos de pertenencia, arraigo y responsabilidad se dispersan y disipan entre todos los involucrados, de manera que existe un entendido de que el lugar se comparte entre todos, pero es de nadie. Lo cual conlleva a que difícilmente se construya una identidad colectiva en torno al lugar, o una iniciativa de organización o gestión colectiva del espacio.

La gestión o administración del espacio está a cargo del dueño y en casos más extremos él mismo sugiere las reglas de convivencia. Convirtiendo a los inquilinos, y para la tranquilidad de la mayoría, en individuos al amparo y “gubernanza” de una autoridad consensuada e invisible, la cual le resta responsabilidades y autonomía al inquilino, algo muy parecido a lo que es un ciudadano. Este deslindamiento de responsabilidades es reflejo de la

sistematización mercantil que dirige a la ciudad, donde la prioridad es la producción y nunca la organización cooperativa, de hecho, esta última, diría Lefebvre, paraliza las iniciativas del capitalismo, por lo que este sistema siempre ha promovido las formas individualistas de vivir, desarticulando cada vez más la integridad social. Por su parte, las relaciones mercantilistas están carentes de significados o valores, no fomentan la creatividad, ni la libertad de acción y organización.

Podemos concluir de lo anterior, que la oferta de vivienda compartida en la ciudad, imposibilita que se desarrolle un *habitar ontológico* como el que proponen Heidegger, Illich y Agamben. Recordemos que para Agamben habitar es “crear, conservar e intensificar hábitos y costumbres, es decir, modos de ser”, lo cual implica una apropiación de espacio, aunque sea simbólica, y un proceso de identificación con este que repercuta en la identidad de su habitante.

En el caso de los espacios domésticos compartidos, lo que realmente se está compartiendo es el pago de la renta, no se comparte la propiedad del lugar, ni la responsabilidad o diligencia para mantenerlo, pues el único requerimiento para su uso es cumplir con el contrato económico. Entonces la vivienda se maneja como una mercancía más, bajo esta lógica lo que se comparte es un pedazo de espacio inerte, como un estacionamiento o una bodega, un contenedor de la vida cotidiana.

Una de las consecuencias más evidentes del “fenómeno *roomie*” es que, debido a la ya comentada oferta insuficiente de vivienda, los dueños de las viviendas se ven tentados a subir los precios de sus propiedades sin ninguna reglamentación, y sacando provecho de la disposición, principalmente de los jóvenes, para compartir el espacio doméstico, encuentran la mina de oro en convertir sus departamentos en dormitorios, para lo cual desalojan a las familias que los habitaban. Esto ha sido un detonador del proceso de gentrificación de las colonias de la CDMX, lo cual provoca una pérdida de identidad y debilita el entretejido social.

Un proyecto interesante para la ciudad podría ser incluir en los planes de vivienda a este sector de la sociedad que se ve en la necesidad de compartir espacio doméstico. Pensar en construcciones que no sean destinadas y hechas a la medida de las familias o parejas, sino a otras formas menos convencionales de vivir que han ido proliferando en la ciudad y a causa de la misma ciudad.

Otra consecuencia de las formas de vida que propician los espacios domésticos compartidos es la formación de individuos que encajan perfectamente en una masa social, irónicamente, cada vez más aglomerada pero más atomizada. La cercanía con el otro no es suficiente para que se le reconozca. En las dinámicas de co-residentes nadie considera que el espacio sea suyo ni “nuestro”, sino que el espacio resulta para cada quien un producto más que facilita la vida. Así que estos espacios paralelamente con la ciudad no fomentan la organización social y mucho menos autónoma.

Recordemos también que en la definición de Heidegger de habitar, según su etimología, está la palabra cuidar, cuando el humano paga por un espacio (una renta), parece que considera que ese pago justifica ya todo el uso que pueda hacer de ese lugar, y por uso en este caso se entiende gasto, gastar ese lugar sin nunca restaurarlo, mantenerlo o invertirle nada extra, porque todo eso ya “está incluido en el precio”, esto es claramente otro rasgo de la falta de identificación, apropiación, y desinvolucramiento de los co-residentes de un espacio dormitorio, no se percibe ningún intento de cuidar el lugar. Por eso dice Illich que aquel que habita deja sus huellas en el espacio mientras que las marcas del “alojado” se consideran manchas, signos de desgaste que se tienen que resanar una vez que se va.

Para los inquilinos de este tipo de viviendas, estos lugares yacen entre lo público y lo privado, y entre la permanencia y lo pasajero, algo parecido a un hotel. Un hotel no es habitable, no es una casa, no es un hogar, es un lugar donde se paga para pasar la noche, un espacio que te brinda alojamiento por un tiempo. Parecido a un hotel, los espacios domésticos compartidos son espacios que no merecen mayor involucramiento por parte de sus inquilinos, ni entre ellos ni con los vecinos, espacios donde no se piensa a futuro, ni se proyecta nada en ellos. Por lo mismo es fácil despedirse de ellos, e incluso la mayoría de sus habitantes, siempre tienen en mente mudarse a otro lugar, o en el futuro hacerse de un verdadero hogar, todos se saben de paso. De manera contrastante, existen quienes sí habitan un espacio con una historia de la cual forman parte, por que lo han cuidado, lo han trabajado o hasta han luchado por él, este espacio no se cambia tan fácilmente, pues cuando un lugar realmente se habita no se abandona con tanta ligereza, como diría Eliade, no es fácil abandonar el propio mundo.

Por todo lo anterior se concluye que una forma digna de habitar, requiere de autonomía e identificación con el espacio. Es decir, que sea un espacio al cual se le puede dar un uso libre

y por lo tanto esto permita un involucramiento real del habitante que, en el caso de los grupos sociales, solo se puede dar mediante la colaboración.

Otra de las reflexiones finales fue que, aunque en la investigación profundizamos sobre las razones por las cuales un *habitar*, en su versión más romántica, se ve frustrado en los espacios domésticos compartidos por las formas de la vida que la ciudad propicia; el que se halle frustrado no significa que está nulificado, ni tampoco que no se distingan otras maneras o intentos de habitar. En las narraciones de los entrevistados es posible observar cómo todos llevan a cabo acciones que se pueden traducir como un involucramiento con el lugar donde viven, acciones rutinarias como limpiar, establecer reglas entre sus co-residentes, arreglar el espacio a su manera y transformarlo un poco, aunque sea poniendo un póster en la pared de su cuarto. También es claro que se desprenden sentimientos de seguridad o de resguardo y de privacidad, al mismo tiempo que tensiones entre lo privado y lo público, o lo personal y lo ajeno, que resultan en nuevas y complejas formas de percibir el espacio doméstico y de involucrarse con él, así como formas distintas y sui géneris de habitar. Por lo tanto, en ningún caso el ser humano deja de significar el espacio y de buscar “su lugar” en él.

Podemos ver que en esta categoría del habitar existe un amplio abanico de posibilidades para el campo de la geografía humanística, pues al tratarse de un vínculo entre el sujeto y el espacio donde se manifiestan variadas formas de vida, es un laboratorio de sentimientos, emociones, representaciones, imaginarios, apegos, deseos, repulsiones, y experiencias del sujeto que nos ayudan a comprender desde la subjetividad ese extraño objeto de estudio que es el espacio.

Por otro lado, la vida en la ciudad supone un interesante mundo a descubrir y descifrar todavía, interesante por sus contradicciones y por sus vacíos en el terreno de los significados antropocósmicos en torno al espacio, pero al mismo tiempo por sus resistencias y sus indicios de humanidad. Además, es un campo importante por comprender ya que la vida en la ciudad determina el rumbo que está tomando el mundo entero, y una de sus características es que homogeniza la vida, mientras que el libre “arte de vivir” vuelve único cada estilo de vida.

Es evidente que queda mucho por descubrir sobre la subjetividad en los espacios urbanos, y sobre el quehacer geográfico en torno a ella, así que seguirá siendo un reto para esta ciencia

abrirse a nuevos métodos y reinventarse para desentrañar todo eso que esconden los rincones de las ciudades.

Y finalmente considero que estudiar lo que está ocurriendo con las formas como estamos habitando es crucial, ya que se trata de un acto primordial en la vida de cada sujeto; pues refuerza y moldea su seguridad, estabilidad y el sentido de su presencia en el mundo.

Bibliografía

- Agamben, G. (2005). *Profanaciones*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Agamben, G. (7 diciembre 2018). Conferencia Habitar y Construir. [Traducción de la conferencia publicada en el sitio web de la editorial Quolibet]. Recuperado de: <https://artilleriainmanente.noblogs.org/post/2019/07/12/habitar-construir/>.
- Arenas, R. (1997). *El mundo alucinante*. Barcelona: Tusquets editores.
- Arenas, A. y Juárez, A. (2016). Los grandes desarrollos habitacionales en la ciudad de México: ¿proyectos habitacionales o proyectos políticos y económicos?. *Revista Bitácora Arquitectura*, (32). pp. 74- 83
- Auge, M. (1992). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Bachelard, G. (1965). *Poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, G. (2014). *La tierra y las ensoñaciones del reposo. Ensayos sobre las imágenes de la intimidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Barinas Salcedo, J. A. (2014). Aportes a la geografía humanística para la comprensión de lugares de miedo. *Perspectiva Geográfica*, 19, (2). pp. 241-258.
- Buttner, A. (1976). *Grasping the Dynamism of Lifeworld*. p. 278 En *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 66, No. 2, Jun. pp. 277- 292.
- Cassin, B. (dir) (2018). *Vocabulario de las filosofías occidentales: diccionario de los intraducibles*. México: Siglo XXI Editores.
- Cassirer, E. (1977). *Antropología filosófica. Introducción a una filosofía de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Consejo Nocturno (2018). *Un habitar más fuerte que la metrópoli*. España: Editorial Pepitas de calabaza.
- Collignon, B. (2010). *Domestic spaces and cultural geography*. En Mercatanti, L. *Percorsi di geografia. Tra cultura, società e turismo*. Italia: Pàtron. pp.131-142.
- Creswell, T. (2004). *Place: an introduction*. USA: Blackwell Publishing.

- Dardel, Eric. (1952). *La Tierra y el hombre*. México: Editorial Siglo XXI.
 - Delgado, O. (2001). *Geografía, espacio y teoría social*. En Montañes, G. et al. Espacio y territorios. Razon, pasión e imaginarios. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Pp. 39-66.
 - Eliade, M. (1998). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Paidos.
 - Estébanez, J. (1982). La geografía humanística. *Anales de Geografía de la Universidad Complutense*. 2, (11). pp. 11-31.
- Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/AGUC/article/view/AGUC8282110011A>
- Follesdal, D. (1990). *The Lebenswelt in Husserl*. En Hyder, D y Rheinberger, H. (coord) Science and the life-world. California: Stanford University Press, Stanford.
 - Foucault, M. (2003). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Argentina: Siglo XXI Editores.
 - Giglia, A. (2002). Para comprender a Bourdieu, sobre su teoría y práctica de la entrevista. *Revista Trayectorias*, IV, (10). pp. 27- 41.
 - Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura: Perspectivas teóricas y de investigación*. México: Anthropos Editorial, UAM.
 - Gillian, R. (1993). *Feminist Geography: the limits of geographical knowledge*. Cambridge, UK.
 - Gómez, J. (1997). El retorno a una ética de la vida cotidiana. En Villaverde, A. *Pensar la vida cotidiana: actas III. Encuentros internacionales de filosofía en el camino de Santiago* (pp 25-36). Universidad de Santiago de Compostela.
 - González, G. (2013). La casa arquetípica y su representación en el arte contemporáneo. *Revista Res Mobilis*, 2, (2). pp. 106-119
 - hooks, b. (1990). Homeplace (a site of resistance). En *Yearning: race, gender and cultural politics* (pp. 41-49). Boston: South End Press.
 - Heidegger, M. (1951). *Construir, pensar y habitar*. [Artículo en web. Recuperado de <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>]
 - Herner, M. (2009). Territorio, desterritorialización y reterritorialización. *Revista Huellas*, 13, pp. 158-171.
 - Hiernaux, D. y Lindón, A. (2006). *Tratado de la geografía humana*. Editorial Anthropos. México: UAM

- Hiernaux, D. y Lindón, A. (2010). *Los giros de la geografía humana*. Editorial Anthropos. México: UAM.
- Husserl, E. (1949). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Illich, I. (2018). *Obras reunidas, vol. 2*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Klauser, F. (2011). Thinking through territoriality: introducing Claude Raffestin to Anglophone sociospatial theory. *Revista Environment and Planning D: Society and Space*, 30, pp. 106-120. Recuperado de <http://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1068/d20711>
- Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones Península.
- Lindón, A. (2003). *Territorialidad y género: Una aproximación desde la subjetividad espacial*. [En proceso de impresión].
- Lindón, A., Hiernaux, D., Aguilar, M. (2006). *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. México: Anthropos Editorial.
- Hiernaux D. y Lindón, A. (2004). Desterritorialización y reterritorialización metropolitana: la ciudad de México. *Revista Documents d'Anàlisi*, 44, pp. 71-88.
- Martínez, M. (2005). Subjetividad y cultura, una mirada freudiana. *Revista Reflexiones*, 84, pp 61-77.
- Mumford, L. (1960). *La ciudad en la Historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Ed. Pepitas de calabaza, España.
- Olivera, P., Imilan, W. y Beswick, J. (2016). Acceso a la vivienda en tiempos neoliberales: un análisis comparativo de los efectos e impactos de la neoliberalización en las ciudades de Santiago, México y Londres. *Revista INVI*, 31, pp. 163-190.
- Ortega, J. (2000). *Los horizontes de la geografía*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Pinilla, R. (2005). Vivienda, casa, hogar: Las contribuciones de la filosofía al problema del habitar. *Revista Documentación Social*, 138, pp. 13-24.
- Raffestin, C. (2012) Space, territory, and territoriality. *Revista Environment and planning D: Society and Space*, 30, pp. 121-141.
- Relph, E. (1976). *Place and placelessness*. London: Pion Limited.

- Reed, C. (ed.), (1996). *Not at Home: The Suppression of Domesticity in Modern Art and Architecture*. Londres: Thames and Hudson.
- Rincón, J. (2012). Territorio, territorialidad y multiterritorialidad: aproximaciones conceptuales. *Revista Aquelarre*, 22, pp. 119- 13.
- Santos, M. (2000). *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Seamon, D. (2013). Phenomenology and uncanny homecomings: homeworld, Alienworld and being-at-home in Alan Ball's HBO Television series. Six Feet Under. En Boscaljon, D. *Resisting the place of Belonging. Uncanny Homecomings in religion, narrative and the arts*. (155- 168). UK: Routledge.
- Schulz, N. (2012). Genius Loci: Towards a phenomenology of architecture. En *Introducing Architectural Theory. Debating a discipline*. New York: Editorial Korydon Smith.
- Seamon, D. y Lundberg A. (23 marzo, 201). Humanistic geography [artículo en web]. Recuperado de <http://onlinelibrary.wiley.com/>
- Taylor, S. y Bogdan, S. (1984). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paidós.
- Tuan, Y. F. (1974). *Topofilia*. New Jersey: Prentice Hall.
- Tuan, Y. F. (1997). *Space and Place. The perspective of experience*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Tuan, Y. F, (1999). *Who am I. An autobiography of emotion, mind and spirit*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Valera, S. (1996). Análisis de los aspectos simbólicos del espacio urbano. Perspectivas desde la psicología ambiental. *Revista de Psicología Universitas Tarraconensis*, 18, pp. 63-84.
- Villanueva, L. (2009). *La tradición estética y literaria en la geografía cultural contemporánea*. Tesis de licenciatura. UNAM. Ciudad de México.
- Villanueva, L. (2014). *El cuerpo como espacio sagrado*. Tesis de maestría. UNAM. Ciudad de México
- Yory, C. (1999). *Topofilia o la dimensión poética del habitar*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Recursos en red

- Bialik, K. y Fry, R. (14 febrero, 2019). Millennial life: How young adulthood today compares with prior generations [artículo en sitio web].

Recuperado de <https://www.pewsocialtrends.org/essay/millennial-life-how-young-adulthood-today-compares-with-prior-generations/>

- Camhaji, E. (3 abril, 2017). La Ciudad de México se llena de 'roomies'. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2017/03/31/mexico/1490988466_703428.html

- Covive [pagina web] <https://covive.mx/comunidad/>

- Dada Room. (6 julio, 2018). Millennials viven en departamentos compartidos y se mueven en bici [artículo en blog]. <http://www.dadaroom.com/blog/millennials-viven-en-departamentos-compartidos-y-se-mueven-en-bici/>

- Dada Room. (14 febrero, 2018). Millennials prefieren vivir con roomies que con pareja. [artículo en blog]

- El financiero. (30 julio, 2018). ¿A qué edad dejan el nido los millennials en México?. Recuperado de <https://www.elfinanciero.com.mx/empresas/a-que-edad-se-independizan-los-millennials-en-mexico>.

- Greenham, J. (5 diciembre, 2017). Co-living, la nueva tendencia social y laboral. [artículo en página web] Recuperado de <https://www.entrepreneur.com/article/305513>

- INEGI. (2017) Encuesta Nacional de los Hogares. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enh/2017/doc/enh2017_resultados.pdf

- INEGI. (12 de febrero de 2019). Comunicado de prensa 104/19. Estadística a propósito de matrimonios y divorcios en México. Recuperado de https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/aproposito/2019/matrimonios2019_Nal.pdf

- Lamudi. Reporte del mercado inmobiliario 2019. <https://www.lamudi.com.mx/Reporte-del-Mercado-Inmobiliario-Residencial-CDMX-2019/>

- Secretaría del Trabajo y Previsión Social. (Mayo 2020). Información laboral. Recuperado de <http://www.stps.gob.mx/gobmx/estadisticas/pdf/perfiles/perfil%20distrito%20federal.pdf>

- Propiedades. (20 Diciembre, 2019). Valores de departamentos en renta. Recuperado de <https://propiedades.com/valores/df/departamentos-renta>